

LOS PASOS QUE ME LLEVARON A TI

SARAH RUSELL



**LOS PASOS
QUE ME
LLEVARON A TI**

Primera edición.

Los pasos que me llevaron a ti

©Sarah Rusell

©febrero, 2026

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Carolina

—Corre, corre, tía, voy a llegar tarde —le dije a Lorena.

Lorena es mi mejor amiga y no de estas que son de toda la vida; llegó mucho más tarde a ella.

La conocí un día en un centro comercial. Yo iba buscando un regalo para mi hermano, porque su cumpleaños estaba próximo, y ella iba buscando un vestido porque tenía una fiesta con sus compañeros de clase.

El caso es que entré en el baño y la vi llorando y, claro, yo que soy de las que cuando ve a alguien mal siempre quiere ayudar, no pude evitarlo.

En ese momento Lorena lloraba con ganas. Ya sabéis que, con dieciséis años, todo nos parece un mundo y le damos importancia a cosas que, con el paso de los años, nos damos cuenta de que eran minucias, pero, como he dicho antes, eso lo vemos cuando crecemos; en esos momentos, para nosotras, es como si el mundo se fuese a acabar.

Pues eso, que me la encontré llorando en el baño y a punto de darle un ataque de ansiedad.

Cuando conseguí que se calmara un poco y que me dijera qué era lo que le había pasado, me dijo que había visto al chico que le gustaba desde hacía mucho tiempo con novia, pero con novia de verdad.

Lo sé, una chiquillada, pero era lo que había en ese momento.

El caso es que la convencí para que pasara la tarde conmigo, dando vueltas, y que me ayudara a buscar el regalo de Rubén.

Rubén es mi hermano, pero de él os hablaré más adelante.

Ese día empezó mi amistad con Lorena; le pedí que me diera su número de teléfono para preguntarle cómo iba en los siguientes días.

Así fue como, poco a poco, nos fuimos haciendo amigas, cogiéndonos cariño y conociéndonos.

Hoy en día es una de las personas más importantes de mi vida y de ese día han pasado diez años.

—No puedo correr con estos zapatos. —Me paré un momento para mirarle los pies con una ceja levantada.

—¿A quién se le ocurre ponerse unos zapatos con un tacón de doce centímetros para andar deprisa por el centro de la ciudad? —le pregunté, y no sabía si reírme de ella o llorar porque me iba a hacer llegar tarde.

—Antes muerta que salir de casa sin tacón. —Lorena era de todo, menos sencilla.

Vamos, que somos las mejores amigas, pero no tenemos nada que ver la una con la otra.

—Hasta que un día te rompas un tobillo y no los puedas utilizar en mucho tiempo. —La cogí de la mano, tirando de ella para que aligerara el paso.

—Me vas a arrancar el brazo. —Hizo el intento de soltarse—. Caro, que no puedo ir más rápido —se volvió a quejar.

—¿Te quieres quedar por alguna cafetería a esperarme? Te lo digo de verdad, no me importa que lo hagas. —Tampoco era plan que se dejara los

morros en el suelo—. Lore, te puedes quedar; si total, no creo que tarde mucho, esta terminará siendo como las demás —dije con un poco de bajón, pero no pensaba tirar la toalla.

—¿De verdad que no te importa que me quede? —Sabía que se había ofrecido a acompañarme para darme un poco de apoyo.

—No me importa, te lo prometo. —Le di un beso en la mejilla—. Mira, allí hay una cafetería, espérame mientras te tomas un café.

—Suerte, estoy segura de que esta vez te van a coger. —Cruzó los dedos, deseándome lo mejor.

—Yo también lo creo. —Le guiñé el ojo y eché a correr, ya que iba muy justa de tiempo.

Y llegar tarde a un *casting* no daba muy buena impresión que digamos; bueno, a un *casting* o a cualquier otro trabajo.

Creo que ha llegado la hora de presentarme.

Me llamo Carolina, aunque mis amigos más cercanos me llaman Caro. Tengo veintiséis años y desde que era bien pequeña siempre había soñado con ser actriz.

De siempre me ha encantado interpretar papeles; recuerdo que, de niña, cuando veía una película, siempre me ponía a imitar a los actores que aparecían en la pantalla, ya fuese llorando, gritando o haciendo cualquier gesto que hacían ellos.

No era tonta y sabía que llegar a ser como cualquiera que salía en la gran pantalla era como si te tocara la lotería; vamos, sinceramente, tenía muchas más posibilidades de que eso pasara a que me cogieran para un mísero papel, pero, como la esperanza es lo último que se pierde, aquí seguía yo, intentándolo una y otra vez.

Por desgracia, en ese mundo o tenías padrinos o te comías los mocos de todos; no había mucho término medio, y yo no me quería comer los mocos

de nadie ni resignarme a quedarme al margen, así que cada vez que había un *casting*, lo daba todo de mí, con uñas y dientes y sin guardarme nada.

Cuando llegué al lugar donde nos iban a hacer las pruebas, había una cola de chicas que, un poco más, daba la vuelta a la manzana.

Por la pinta que tenía, esto iba para largo. Lorena se iba a cansar de esperarme y tampoco la quería tener sentada toda la mañana en esa cafetería perdiendo el tiempo.

Carolina: *Lore, esto va para largo, así que si te quieres ir no hay problema, después te llamo y te cuento.* —Le puse un emoji con un beso.

Lorena: *Nena, de aquí no me muevo ni, aunque me paguen. No sabes los dos maromos que se han sentado a mi lado* —me respondió con un emoji de una cara con la baba caída.

La sonrisa se me salió sin querer; con Lorena era imposible no reírte y mira que cuando nos conocimos no paraba de llorar, en fin.

Levanté la mirada del móvil y le iba a decir hola a la chica que había delante de mí, ya que no paraba de mirarme, pero cuando me fijé bien en ella, vi que me miraba con cara de asco.

Le devolví la mirada con una ceja levantada, como preguntándole si tenía algún problema.

—¿Tienes algún problema? —le pregunté, porque otra cosa no, pero dar rodeos no iba conmigo; siempre he preferido ser directa.

—¿Sabes que vienes a un *casting* y no a mendigar? —Esa tía era tonta o se lo hacía.

—¿Perdona? —Me crucé de brazos—. ¿Qué le pasa a mi vestimenta?

Me había puesto unos vaqueros estrechos de caderas y las perneras sueltas, de esos que tanto se llevaban ahora. En la parte de arriba, una

camiseta blanca, básica, con el cuello en pico y unas deportivas de vestir blancas.

Sinceramente, me veía bien, teniendo en cuenta que venía a interpretar un papel de niñera; vamos, que era un papel secundario.

Sin embargo, ella venía como si fuese a ir a una gala. Desde luego que las personas cada vez estaban peor.

Con lo tranquila que se vive cada uno yendo a su vida y no metiéndose ni criticando a los demás.

—No le pasa nada. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. Para mí, mucho mejor que vengas así.

—Tienes razón —le contesté con ironía—, porque yo vengo a que vean mi talento, porque si quisiera enseñar las tetas, me hubiese presentado a otro tipo de casting. —Las chicas que había cerca rieron con mi comentario.

Mira que yo no era de meterme con nadie, pero si me buscas la boca sin motivo alguno, ten en cuenta que te voy a responder, así que donde las dan, las toman.

No hizo falta que le dijera nada más; con un golpe de melena se giró mirando hacia delante.

No le di más vueltas, porque las personas como esa chica no merecen ni un segundo de mis pensamientos.

Lorena: *¿Cómo vas?* —me preguntó un rato después.

Carolina: *Quedan tres chicas y me toca* —le respondí con una carita de aburrimiento—. *¿Todavía sigues en la cafetería?* —quise saber, para ir a su encuentro o irme para casa.

Lorena: *Con las vistas que tengo, no me voy ni en broma.*

Carolina: *Pues que te aproveche; de todos modos, cuando termine, te escribo por si todavía sigues o te has ido.* —Guardé el teléfono en el bolso tipo bandolera que llevaba.

Al final estaba yendo mucho más rápido de lo que pensaba; sí que había muchas chicas, pero por lo que parecía, los encargados del casting las estaban despachando rapidito.

Cuando llegó mi turno, no me dio tiempo a decir ni una sola frase; vamos, que me dieron con las puertas en las narices diciendo que no era lo que buscaban para el papel, que la chica que lo había hecho justo antes que yo era perfecta para el papel.

Salí de allí y me comía la rabia; malditos viejos verdes que veían unas tetas y se quedaban tontos. Qué asco, de verdad.

Llegué a la cafetería y un poco más me salía hasta humo de las orejas.

—Uy, esa cara no dice nada bueno —me dijo Lorena cuando vio mi expresión.

—Qué asco de tíos; bueno, este no era un hombre, este era ya un viejo en toda regla. —No me corté en decirlo en voz alta, me daba igual quién me pudiera escuchar—. Ven dos tetas y se les cae la baba.

—¿Pero qué ha pasado? —Observé que miraba de reojo hacia una mesa que había cerca, pero yo estaba tan cabreada que ni me molesté en seguir la dirección de su mirada.

—Nada, que por lo visto para que me cogieran para este papel tenía que ir vestida como para otro tipo de película —resoplé—. Coño, que es para un papel de niñera, que si quiero enseñar las tetas hago un casting de actriz porno. —Qué a gusto me había quedado al soltarlo.

—No te veo yo mucho en ese papel —dijo muerta de risa.

—Antes muerta, era un decir. De verdad, es que me ha dado asco el viejo verde ese.

—¿Y no le has dicho nada cuando ha dado a entender eso? —me preguntó sin creérselo.

Sonreí sin poderlo evitar al recordar la cara que habían puesto los encargados del casting y el director de este.

—Uy, esa sonrisa me dice mucho.

—Solo le he dicho que se metiera el papel por donde no le da el sol y antes de irme le he hecho una peineta. —Contuve una carcajada; Lorena no, ella la soltó—. Estoy segura de que estoy totalmente vetada en esa productora. —Me encogí de hombros—. Algún día me darían una oportunidad.

—Bueno, ya verás que antes de que te des cuenta lo conseguirás. ¿No te vas a pedir algo?

—Lo siento, he quedado con mi hermano para comer —le dije levantándome—. ¿Quieres venir con nosotros?

—No puedo, he quedado con mis padres, hablamos después, dale recuerdos de mi parte.

Me despedí de ella y me dirigí al restaurante donde había quedado con mi hermano.

Capítulo 2



Carolina

Vi que mi hermano estaba sentado en una mesa y que estaba de espaldas a la entrada, así que fui hacia él y le tapé los ojos con las manos.

—¿Quién soy?

—Si te dieran un euro por cada una de las veces que siempre me haces lo mismo, no tendrías que volver a trabajar en la vida. —Sentí cómo las comisuras de su boca se levantaban con una sonrisa.

—Pero como tengo un hermano que no me los da, no me queda otra que seguir haciéndolo. —Me incliné a un lado para darle un beso en la mejilla.

—No te puedes quejar, cuando siempre te compro todo lo que me pides. —Me senté en una silla frente a él.

—El hermano con dinero eres tú, yo soy una muerta de hambre que la mayoría de los meses sobrevive gracias a la caridad de su hermano. —Negó con la cabeza, resoplando.

—Tú podrías tener el mismo dinero que yo si no fueses tan cabezota. —Rubén trabajaba para la empresa de mi padre.

Era una gran empresa y estaba muy bien posicionada dentro del sector de la tecnología, que era a lo que se dedicaban.

El problema no era ese. Si yo aceptara, mi padre me podría resolver la vida y no tendría que trabajar si no quisiera o, por lo menos, no estaría trabajando de camarera en una cafetería. Pero como hace años me dijo que, si seguía queriendo ser actriz, no contara con el dinero de la familia, pues eso estaba haciendo.

Aunque pocos días después vino a buscarme porque estaba arrepentido, como había dicho mi hermano, yo era demasiado cabezota y orgullosa, así que le perdoné esas palabras, pero no acepté dinero de la familia.

Al poco tiempo me busqué un piso que me pudiera pagar con mi sueldo de camarera. El piso era una ratonera —lo digo por pequeño, no por sucio—, pero era para lo que me daba mi sueldo, eso sí quería seguir comiendo.

Oye, que no estaba tan mal. Para mí sola me sobraba con lo que tenía y, sí, seguía teniendo muy buena relación con mis padres, pero manteniéndome por mí misma.

—Gracias, pero vivo muy bien con lo que tengo y no se lo debo a nadie —dije orgullosa—. Eso sí, sigue invitándome a comer de vez en cuando, que mi sueldo no da para este tipo de restaurantes. —Nos reímos.

—Carolina, sabes que papá te podría comprar una casa y darte dinero, aunque no trabajes para la empresa. Aquello lo dijo porque le fastidió mucho verte llorar por la frustración que sentiste al no pasar las pruebas de aquel casting. —Tenía razón, pero me dolió tanto que me dijera que no me iban a coger nunca, que eso no se lo perdoné, aunque cada vez estaba más convencida de que la tenía.

—Lo sé, pero te prometo que vivo bien y que no me hace falta, por lo menos por ahora.

Ya me había planteado muchas veces que jamás iba a cumplir mi sueño, sobre todo porque los años iban pasando y cada vez tenía menos posibilidades, teniendo en cuenta que para los papeles que yo podría interpretar estaban escogiendo a chicas mucho más jóvenes que yo.

Tenía cojones que, con veintiséis años, en muchas ocasiones me sintiera como una auténtica vieja. En fin, que más me valía haber soñado con ser abogada; estaba segura de que eso lo podría haber conseguido sin complicaciones.

A todo esto, tengo que decir que nunca dejé de estudiar mi carrera. Me preparé para dirección de empresa, porque quería tener algo para el día de mañana y, por cómo pintaba la cosa, lo más seguro es que terminara trabajando en ello, sobre todo si quería tener algo más que una ratonera donde vivir.

—Sabes que te apoyo y que me encantaría que vivieras de tus sueños, por no decir que estoy seguro de que serías una gran actriz, pero hay que ser realistas: cada año que pase lo vas a tener mucho más difícil. —El camarero se acercó para tomarnos nota.

—Gracias por creer en mí, hermano —le contesté con sarcasmo—. Si mi propia familia no cree en mí, ¿cómo lo van a hacer otros? —Apoyé el codo en la mesa para sostener mi barbilla con la mano.

—Creo en ti, ya te lo he dicho, pero sabes tan bien como yo que, por desgracia, en esa industria, si no tienes un buen padrino, es muy difícil que destagues, y no porque no lo hagas bien. —Estiró la mano sobre la mesa para coger la mía.

»Escúchame bien y sé razonable: trabaja con nosotros en la empresa mientras sigues haciendo castings. Sabes que no tendrías ningún problema para salir a hacerlos, pero por lo menos estás ganando más dinero y puedes vivir más cómodamente.

—Te prometo que me lo voy a pensar. Solo te pido que no des por hecho que lo voy a hacer. —Me daba rabia que tuviera razón, no por tener que dársela ni por trabajar en la empresa de mi padre.

Mi rabia era por no haber cumplido mis sueños. Supongo que no podemos tener en la vida todo lo que deseamos; a fin de cuentas, en el resto de las cosas había tenido mucha suerte.

Tenía unos padres que me querían, una amiga que lo era todo para mí, por muy especial que a veces pudiera llegar a ser, y un hermano que me adoraba tanto o más que yo a él.

Rubén era seis años mayor que yo y tenía su vida casi resuelta, tanto que en pocos meses se iba a casar con la mujer de sus sueños.

Los dos seguían siendo jóvenes, pero como ya llevaban varios años de novios, habían tomado la decisión de casarse.

Sonia, así se llama mi cuñada, era la secretaria de mi hermano en la empresa, pero no penséis que era la típica relación de jefe y empleada, porque no era su caso.

Ellos se conocieron fuera de la empresa, se hicieron amigos y, como ella no pasaba por una buena situación económica, mi hermano le ofreció la posibilidad de trabajar para él.

O sea, que la química entre los dos ya estaba muy presente antes del trabajo; lo que pasó es que se veían mucho más a menudo y dieron el paso.

Ahora que estaban a punto de casarse, Rubén le había dicho que no hacía falta que siguiera trabajando. En cambio, Sonia le contestó que ella no pensaba quedarse en casa con los brazos cruzados, que le gustaba su trabajo y que no pensaba dejar el puesto libre para que llegara una lagarta y le quitara a su hombre.

Me hizo mucha gracia cuando me lo contó.

La verdad es que mi hermano no había podido elegir mejor a su chica. Eso sí, cuando mi cuñada se cabreaba, lo mejor era desaparecer disimuladamente y dejar a Rubén con todo el chaparrón.

Siempre me decía que lo traicionaba cuando pasaba algo así; mi respuesta era simple: tú te las buscas, tú apechugas.

—¿Por qué no ha venido Sonia? —le pregunté; normalmente siempre solíamos comer los tres juntos.

—Ha ido a recoger a su hermano al aeropuerto. —Me puse rígida al pensar que el hermano de mi cuñada regresaba a la ciudad después de años fuera.

—No sabía que regresaba tan pronto, creía que vendría más cerca de la boda. —Intenté disimular mi tono de voz.

—Pues no, por lo visto ha vuelto para quedarse definitivamente. —El hambre se me quitó por completo.

Cuando conocí a Héctor, me pareció el hombre más atractivo del mundo. Bueno, a ver, tampoco nos pasemos; estoy hablando de mi gusto en específico, porque para gustos, colores.

El hecho es que me gustó mucho, demasiado para ser exactos. Era un morenazo de metro ochenta y pico; digo la medida porque era la que yo más o menos había calculado; tampoco es que lo hubiera medido, ni mucho menos preguntado, pero como yo era alta, pues más o menos lo decía comparándome con él.

Pues eso, un morenazo alto, con músculos donde los debía tener. Eso sí, nada de esos que solo ves brazos y hombros; no, él estaba definido: se le veían unos brazos marcados, una cintura estrecha y yo diría que, debajo de la ropa, escondía unos buenos abdominales.

Y no podía dejar atrás el color de sus ojos. Los tenía de un azul que, cuando lo mirabas, parecía que estabas viendo el cielo un día de verano totalmente despejado.

El caso es que me pillé por ese hombre porque, cuando lo conocí, él sí era un hombre; en cambio, yo era una niña de dieciocho años. Teniendo en cuenta que es once años mayor que yo, era normal que no me mirara más de dos veces.

Sobre todo porque traía a su lado a una mujer que le podía quitar el sentido a cualquier hombre.

Me enamoré de él como una adolescente desesperada por verlo y él, en ninguna de las ocasiones en las que coincidimos, me miró como si viera a una mujer; sus miradas eran como si mirara a la simple cuñada de su hermana.

Así que, por mi bien y por mi salud mental, dejé de ir a cenas con ellos. Siempre tenía algo que hacer o me ponía mala; sé que eran excusas baratas, pero a mí me valían para no verlo.

Y ahora que llevaba cinco años sin hacerlo, no me quedaba otra que enfrentar esa obsesión que tuve con él, sobre todo teniendo en cuenta que nos quedaban muchas comidas y cenas por delante con las dos familias.

—¿No se había casado y vivía allí con su mujer? —le pregunté como quien no quiere la cosa.

—Se me había olvidado decírtelo, se ha separado. —Nos trajeron la comida, le dimos las gracias al camarero y siguió contándome—. El motivo no lo sé; Héctor es demasiado hermético y no le gusta hablar de su vida privada. Solo sé lo que me ha contado Sonia.

No hablamos más de su cuñado; total, no tenía sentido que me fustigara pensando en ese hombre.

A lo mejor tenía suerte y estos cinco años le habían pasado una mala pasada y se había convertido en el primo hermano de *Shrek*.

Capítulo 3



Héctor

Cinco años me había tirado fuera de España para volver ahora casi con el rabo entre las piernas, pero me había prometido que esto no se iba a quedar así.

Que no es que me hubieran obligado a regresar ni mucho menos, ni tenía que huir por haber hecho algo malo; simplemente necesitaba irme de allí o acabaría por cometer una locura.

Un montón de años tirados a la basura por una mujer que no valía la pena. Lo peor es que tuvo todo el descaro de ponerse a follar con el marido de su amiga en nuestra casa y estando ella y yo allí.

Sí, es normal que cueste trabajo creerlo, pero así fue.

Habíamos organizado una cena en nuestra casa, como tantas otras veces habíamos hecho, y que los dos se atrevieran a meterse en el baño y lo hicieran delante de nuestras narices nos confirmó que ya llevaban bastante tiempo liados entre ellos.

Vamos, que no fue solo un simple calentón, como nos quisieron hacer parecer.

Conocí a Giulia al poco tiempo de ir a Roma para dirigir la agencia de modelaje. Al principio iba y venía, hasta que me ofrecieron el puesto de

director; fue cuando me establecí allí que mi relación con ella se hizo más seria.

Desde entonces habían pasado varios años. Nos casamos, pero nunca tuvimos hijos; ella decía que no quería estropear su figura con un embarazo.

Aunque yo sí quería ser padre, respeté su decisión y la apoyé. Ahora daba gracias a Dios de que no los hubiéramos tenido; de lo contrario, me habría hecho la vida imposible con la custodia, cuando ya me la estaba haciendo cuesta arriba pidiéndome hasta el hígado si quería que me diera el divorcio.

Sí, porque ella todavía no lo había firmado. Quería más dinero y el chalé que teníamos en Roma, y por ahí no entraba, porque era mío; me lo compré antes de casarme y, como yo no cedía, Giulia tampoco lo hacía, empeñada en llevarlo todo hasta el final.

Era verdad que a mis padres y a mi hermana les había dicho que ya me había separado, cosa que no era cierta, como tampoco lo era que me fuera a quedar en España. Mi trabajo y mi vida estaban en Roma y pensaba volver.

Lo que sí es que me iba a quedar un tiempo aquí. No sabía cuánto; eso lo iría viendo con el paso de los días. Tenía por delante un montón de eventos preparados previos a la boda de mi hermana.

Menos mal que en la ciudad tenía a mi amigo Adrián, y este me iba a ayudar a que los días se me hicieran mucho más llevaderos; por lo menos él no me había fallado nunca, y eso que vivíamos en dos países distintos.

Salí del aeropuerto después de haber recogido las dos maletas. Podría haberme traído solo una y comprar ropa aquí, pero entonces mi familia podría poner en duda mi palabra de que me iba a quedar, que, en el fondo, me daba igual lo que pensaran, no porque no me importaran, sino porque tenía una edad en la que no le debía explicaciones a nadie.

Mi hermana estaba delante de su coche esperándome. Estaba preciosa y, lo mejor de todo, era lo feliz que se la veía.

—Hermano, eres como el vino, vas mejorando con los años. —Sonia tenía el pelo negro como yo; en cambio, sus ojos eran como los de mi madre, marrones. Los míos eran como los de mi padre.

—Qué puedo decir, en cambio, tú parece que te han salido unas cuantas arrugas. —Me gustaba meterme con ella; lo hacía con cariño y, en el fondo, ella se reía, aunque se hiciera la ofendida.

—Gracias, yo también te quiero —dijo con ironía—. Te hago un cumplido y mira cómo me lo pagas. —Puso las manos en las caderas, mirándome con los ojos entrecerrados.

—Ven aquí, enana. —La estreché entre mis brazos y la apreté contra mí.

No sabía lo que necesitaba su abrazo hasta que me lo dio. Nos veíamos de vez en cuando, bien porque ella venía con Rubén o con mis padres a visitarme, o porque yo iba a verlos, pero, con todo lo que había pasado con Giulia, los necesitaba más que nunca.

Porque la verdad es que estaba enamorado de mi exmujer. La seguía queriendo y por eso me había dolido tanto lo que me hizo. Estaba claro que no se lo iba a perdonar, pero eso no hacía que dejara de doler de un momento a otro.

—Te he echado de menos —me contestó con la cabeza apoyada en mi pecho—. No sabes lo feliz que me hace que hayas vuelto para quedarte. —No me sentí bien al no decirle la verdad por completo.

—Sabes que voy a tener que estar viajando y quedándome allí largas temporadas. —Me separé un poco para mirarla a los ojos.

—Lo sé y lo entiendo, pero me gusta que estés aquí. —Me dedicó una sonrisa.

—Y cuéntame, ¿cómo llevas todo lo de la boda? —Metí las maletas en el coche y me hice cargo del volante, no porque no me fiara de mi hermana, sino porque me gustaba conducir; me ayudaba a relajarme—. Imagino que los nervios son ahora tus mejores amigos. —Solté una risilla.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —Tenía una expresión entre miedo y pánico.

—Sonia, te quedan dos meses por delante y estoy seguro de que todo va a salir bien. Además, lo único que importa ese día es que tú lo disfrutes y seas feliz.

—Gracias por tus palabras, pero por desgracia esas palabras no ayudan a que las cosas se hagan. —Se abrochó el cinturón—. A veces pienso que me va a faltar tiempo.

—Deja de trabajar hasta entonces —le contesté.

—Sí, lo voy a hacer. Rubén está harto de decírmelo también, pero me gusta ir a trabajar, me distrae. —Cogió el teléfono cuando le sonó.

—No será que también lo tienes vigilado. —La miré de reojo.

—No. —Sonrió—. Yo confío plenamente en mi chico. —Estaba escribiendo mientras reía—. Rubén me quiere mucho y sabe que no va a encontrar a otra como yo.

—Sobre todo no va a encontrar a otra con tu genio. —Seguía escribiendo en el móvil sin parar.

—Solo cuando tengo algún motivo para sacarlo; el resto del tiempo soy un angelito. —Solté una carcajada al escucharla.

—Hermana, que nos conocemos; puede que seas buena, pero tanto como un angelito es pasarse. —La volví a mirar de reojo—. ¿Con quién hablas? No es por nada, es que veo que no paras de sonreír. —Guardó el móvil.

No me gustaba desconfiar de las personas, y mucho menos de mi hermana, pero me parecía raro que sonriera de esa manera y que, cuando le pregunté, guardara el teléfono.

—Sonia, no creo que lo hicieras, pero por si acaso te voy a preguntar: ¿no estarás engañando a Rubén? —Abrió la boca y la volvió a cerrar;

parecía un pez en busca de oxígeno.

—¡Tú eres tonto o te lo haces! —gritó a pleno pulmón; un poco más y me habría perforado el tímpano—. ¿Cómo se te ocurre pensar algo así? Yo no sería capaz de hacerle eso a Rubén.

—Lo siento, pero por mucho que seas mi hermana, las mujeres siempre tendéis a manipularnos y engañarnos. —No estaba siendo justo y quizá quien hablaba era mi rabia, pero después de lo que me había hecho Giulia, no me fiaba lo más mínimo de las mujeres.

—Eres muy injusto, Héctor. —Negó con la cabeza—. Sí que lo eres. No todas las mujeres son iguales que tu ex.

Sonia era la única que sabía el verdadero motivo por el que me había separado; bueno, separado sí, pero divorciado todavía no. De mi familia, porque el otro que lo sabía era Adrián.

Se lo conté una noche en la que me pilló con la guardia baja y terminé por contárselo todo.

—Es muy sospechosa la sonrisa que tenías cuando estabas hablando con esa persona; encima, cuando te he preguntado, lo has guardado como si estuvieras ocultando algo. —Sinceramente, no creía que ella lo hiciera; la veía muy enamorada de Rubén y a él de ella.

—No tengo por qué darte ninguna explicación, pero para que veas que no tengo nada que ocultar. —Sacó el teléfono y me lo puso delante, aunque iba conduciendo—. Estaba hablando con mi cuñada, que me estaba contando lo que le ha pasado hoy.

—Quita el móvil de mi cara, que estoy conduciendo, y no me tienes que enseñar nada. Ahora entiendo tus sonrisas; seguro que la loca de tu cuñada te habrá contado una barbaridad. —Esa niña no iba a cambiar en la vida, era una consentida que vivía a costa de lo que le daba su padre sin hacer nada a cambio; a la vista estaba que ni un solo día ponía un pie en la empresa.

—Carolina no es como tú te crees —fue lo que me dijo—. De todos modos, de nada vale que te diga lo contrario si a ti nunca te ha caído bien. —Me callé, porque no le iba a decir lo que de verdad pensaba de esa muchacha.

—Ni bien ni mal, no la conozco lo suficiente para decir nada de ella. —Puse el intermitente para tomar el desvío que me llevaba a casa.

—Porque nunca la has querido conocer, pero no voy a ser yo la que te obligue a hacerlo. Además, llevas cinco años sin verla y no sabes nada de su vida. —Se notaba lo mucho que mi hermana quería a su cuñada; su manera de defenderla era más que suficiente.

—Tampoco creo que tenga que saber mucho de ella, a la vista está. —No me iba a hacer cambiar de opinión; con lo poco que la había tratado, ya sabía de qué pie cojeaba.

—Te lo vuelvo a decir, no la conoces, pero, en fin, dejemos de hablar de Carolina. —Cerró el tema y, para mí, fue un alivio.

La verdad es que nunca me había molestado en preguntar qué era de su vida ni las cosas que le interesaban. Desde la primera vez que la conocí, puse distancia, porque me hizo sentir algo que hoy en día no sabía identificar; así que lo mejor era mantenerla.

Llegamos a la puerta de mi chalé. Sí, me había ido muy bien en la vida, por lo menos en el terreno laboral, porque en el sentimental ya se había visto que no.

Tenía un chalé aquí. Era más pequeño que el de Roma, pero lo suficientemente grande para una familia con cuatro hijos; a mí me sobraba casi por completo. Aun así, me gustaba mucho, sobre todo por la zona en la que estaba, y no pensaba deshacerme de él ni loco.

—Nos vemos esta noche en casa de los papás —me dijo cuando saqué las maletas y ella se puso al volante.

—Ve con cuidado. —Me agaché para darle un beso en el moflete—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Me quedé mirando cómo el coche se alejaba antes de entrar en casa. Menos mal que unos días antes había llamado para que vinieran a limpiarla; no es que estuviera sucia, pero de estar cerrada tanto tiempo era normal que se acumulase polvo.

Aunque mi padre venía de vez en cuando a darle una vuelta y a comprobar que todo estuviera en orden, él no limpiaba.

Llevé las maletas a mi habitación. Todas estaban en la planta de arriba menos la mía; en cuanto compré el chalé, tuve claro que esa habitación sería para mí.

Al principio no era una habitación en sí; le tuve que hacer una reforma hasta dejarla como quería. Me gustó porque daba acceso directo a la parte de atrás y desde allí podía ver cómo las olas del mar rompían al llegar a la orilla.

Me gustaba levantarme por las mañanas y acercarme a la orilla cuando todavía no había terminado de amanecer; siempre me había relajado mucho el mar.

Coloqué la ropa en el vestidor y de ahí me fui directo a la ducha. La verdad es que Lola me lo había dejado todo como a mí me gustaba; se había preocupado incluso de comprar los productos de higiene personal que siempre utilizaba.

Eso, y que la cocina la había dejado bien surtida.

Siempre podía contar con Lola cada vez que venía y, cuando me quedaba aquí una temporada, venía tres veces por semana a limpiar y lavar la ropa.

De la cocina me encargaba yo. De todos modos, cuando venía lo hacía junto con Giulia, así que solo éramos dos; a ella no le gustaba cocinar y siempre me encargaba yo, y que conste que no me importaba, a mí me gustaba.

Me duché y me fui a dar un paseo a pie de orilla. Qué gustazo era olerlo y escucharlo, sobre todo ahora que no se veía a nadie cerca.

Capítulo 4



Carolina

—Un café con leche y una tostada con paté —me pidió Antonio—. Hoy estás más bonita, si es que eso es posible —añadió con una sonrisa.

—Gracias, majete. —Le devolví la sonrisa—. Por lo que veo, hoy no quieres tu tostada con aceite y tomate. —Me di cuenta de que llevaba el bastón, apoyado a un lado de la silla donde estaba sentado—. Pues menos mal que me he acercado a preguntarte antes de ponerte el desayuno —le dije, aunque, si se lo hubiera puesto, tampoco habría pasado nada.

—Creo que voy a estar varios días sin comerlo, me ha dado un brote de gota. —Estiró un poco el pie para que le viera lo hinchado que lo tenía.

—Vaya, eso tiene que doler bastante. —Me daba mucha pena Antonio; era un hombre mayor que estaba muy solo, ya que no tenía familia ni nada —. Hubieras llamado y en un alto te habría llevado el desayuno. —Vivía encima de la cafetería, así que no me costaba nada subírselo y a mis jefes no les importaba que lo hiciera.

—Llevo dos días sin salir de casa porque no podía dar un paso; ya hoy estoy mucho mejor y necesitaba que me diera un poco el aire. —Lo entendía, a mí tampoco me gustaba quedarme mucho tiempo encerrada.

Vamos, menuda era yo como para que me encerraran en una cárcel o en un loquero; ni de coña. Puse los ojos en blanco al imaginármelo.

—Ya podrías haber avisado, majo —le reñí—. ¿Qué has estado comiendo? Porque, si no podías moverte, dudo que te levantarás para cocinarte. —Me puse las manos en las caderas y lo miré con los ojos entrecerrados.

—Niña, no me mires así, que me da miedo. —Hizo como si se pusiera a temblar; era increíble que, estando malo, siguiera con su buen humor—. Me las he arreglado bien, me he hecho la comida sentándome cada pocos minutos, pero la he hecho.

—Pues muy mal, estoy cansada de decirte que me llames cuando lo necesites. —Me agaché y le di un beso en su arrugada mejilla.

Antonio era el mejor cliente que entraba por la puerta de la cafetería. Lo conocí el primer día que entré a trabajar allí y de eso hacía ya varios años. Fue, además, el cliente que más me facilitó el trabajo; recuerdo que, al principio, cuando no daba pie con bola, me solía pedir cosas fáciles para que no se me hiciera muy complicado.

Está claro que de complicado ese oficio no tenía nada, pero cuando estás perdida todo se te hace un lío.

—Niña, ya sabes que no me gusta andar molestando. Por cierto, ¿cómo te fue a eso que fuiste los otros días? —Mejor no le decía lo que me había pasado.

—Había muchas chicas y eran más jóvenes y bonitas. —Me encogí de hombros como si no pasara nada—. Bueno, voy a por tu desayuno, que como sigamos de cháchara, vas a almorzar en vez de desayunar.

Me di la vuelta para ir a la barra, pero antes de dar un paso, Antonio me detuvo cogiéndome por la muñeca.

—No me gusta que pienses eso de ti, sobre todo porque no es la realidad. —Le miré con ternura—. Eres alta, tienes un cuerpo que, si fuese joven, te aseguro que no te dejaría escapar, y no solo por el cuerpo; tienes una cara que quita el sentido, pareces un ángel con esos ojos verdes y ese pelo rubio.

»Pero lo que de verdad importa es el corazón tan enorme que tienes, así que ¿sabes lo que te digo? —le dije que no con la cabeza—. Que le den por culo a todos esos mamarrachos que no saben apreciar lo bueno cuando lo tienen delante de las narices.

—Jo, al final vas a hacer que llore. —Los ojos se me aguaron un poco, pero logré controlar la emoción—. Qué mala suerte que nos separe la edad, porque eres el hombre de mi vida. —Le guiñé el ojo.

—Niña, que, aunque me veas más arrugado que una pasa, todavía te puedo tirar los tejos. —Soltó una carcajada.

—Pues ponte bien con esa gota, porque mucho tienes que correr para pillarme. —Me fui riendo.

El rato que había estado hablando con Antonio se me había acumulado mucho trabajo, sobre todo porque mi compañero no era capaz ni de meter un puñetero vaso en el lavavajillas.

Y encima me tenía que comer sus caras cuando hablaba un poco más de tiempo con algún cliente.

Claro que, como él era más seco que un palo, era normal que los clientes fijos no le dieran conversación. Si es que hasta a mí me costaba hablar con él. En fin, que tenía que haber de todo en esta vida.

—No me mires así —le dije al pasar por su lado.

—Cómo se nota que eres la protegida de los jefes —dijo muy borde—. Está claro que siempre van a tirar más dos tetas que dos carretas.

Eso sí que no, por ahí no lo iba a dejar pasar.

—Mira, *Tamagotchi*, no te pases, que bastante paciencia tengo ya contigo. —Me tenía hasta los cojones este tío.

—¿Te duele que te diga la verdad?

—No, cariño; para que me dolieran algunas de tus palabras, me tendrías que importar. Pero no te voy a permitir que me insultes ni mucho menos que insinúes nada. Lo que sí deberías es tener los santos cojones de decirme qué te pasa conmigo. —Yo no era así con nadie a menos que me buscaran sin yo haber hecho nada. Lo que no iba a permitir era ser el saco de boxeo de nadie y que pagaran conmigo sus frustraciones, porque las mías no las pagaba con nadie; me las callaba y me las tragaba.

—No me pasa nada, es que siempre me tengo que comer tu trabajo. — Este tío era un gilipollas de manual.

—¿Tú te comes mi trabajo? Precisamente tú, que no eres capaz de ponerte a limpiar cuando no hay clientes; tú, que no haces otra cosa que atenderlos y porque no te queda más remedio. —Lo señalé con un dedo.

»Se te tendría que caer la cara de vergüenza de decir algo así, mucho más sabiendo que es mentira. —No quería seguir perdiendo el tiempo hablando con una persona como él—. A partir de ahora, lo que tú recojas, tú lo limpias y ahórrate hablarme.

No escuché ni lo que me contestó; no me interesaba para nada. Para mí ese hombre no era un compañero, así que me iba a dedicar a hacer mi trabajo, que para eso me pagaban, y a ignorarlo.

En cuanto el desayuno de Antonio estuvo listo, se lo llevé a la mesa con la mejor de mis sonrisas.

No iba a pagar con él ni con nadie el cabreo que me había provocado otra persona.

—Aquí tiene usted, guapetón. —Le dejé en la mesa su café y su tostada —. Que tenga muy buen provecho.

—Gracias, bonita. Sería mejor si pudieras desayunar conmigo. —Negué riendo; era lo que no había. Siempre terminaba sacándome una sonrisa. Este hombre no tenía ni idea del bien tan grande que me hacía.

Al terminar mi turno, salí de allí tan rápido que cualquiera que me viera creería que me estaba persiguiendo, como mínimo, el diablo.

Y no, el diablo no me perseguía; ese se quedaba ahí dentro.

Llegué a casa y lo primero que hice fue quitarme los zapatos de camino al baño; vamos, que uno cayó aquí y el otro en Pekín. Tal como me los quité, lo siguiente fue la camisa del uniforme. Me importaba muy poco ir dejándolo todo desperdigado; total, después lo iba a recoger yo.

Fue cuando el agua fría de la ducha me cayó por la cabeza cuando pude respirar de verdad. Creía que no iba a llegar a tiempo, y es que siempre, cuando me iba a dar un ataque de ansiedad o me estaba dando, lo único que conseguía tranquilizarme era el agua fría.

Me quedé debajo de ella hasta que empecé a tiritar.

Llevaba tiempo dándole vueltas a algo y, si no tomaba una decisión, era porque no quería alejarme de mi familia y de Lorena. Tampoco era algo que debiera tomarse a la ligera.

En fin, que mejor no darle vueltas en ese momento, porque todo lo veía negro y, cuando las cosas se ven así, lo mejor es pararse, pensar y no tomar decisiones que pueden llevarte a cometer una locura.

Que no, que no pensaba presentarme como actriz porno, que para eso no me veía capaz. Ojo, que no desmerezco a las personas que lo hacen; cada uno, con su vida y su cuerpo, puede hacer lo que le dé la gana.

Como iba diciendo, hacía mucho tiempo me presenté a un casting para hacer telenovelas, pero telenovelas latinas. Por lo visto les gusté, porque aquella productora me dijo que cuando quisiera me daban algún papel.

¿Pero de verdad merecía la pena cruzar el charco, cobrar poco y vivir alejada de todos por un sueño estúpido de cuando era pequeña? Quizá lo mejor era ir haciendo caso a mi familia y olvidarme de todo aquello.

Estaba claro que no todos los sueños en la vida se cumplen y, oye, no pasa nada. Se aprende a vivir con ello y lo vas superando. ¿Jode? Sí, mucho, pero otras cosas podían joder bastante más.

Dentro de lo que para mí era una desgracia, y si lo pensaba bien, no me podía quejar. Al final, había muchas personas que lo pasaban mal de verdad y no por una tontería como la mía, así que más me valía asumir la realidad y madurar en ese aspecto de una puta vez.

—No me jodas, tienes los labios morados y pareces un cubito de hielo.
—Coño, un poco más y me caigo de culo en el suelo de la ducha.

—Hija de tu madre, ¿cómo se te ocurre aparecer así? —Me puse una mano en el pecho—. Tía, que me va a dar un puto infarto.

—Ja, ja, ja, madre mía la cara que has puesto —dijo sin parar de reír.

—No te rías, capulla. —Salí de la ducha; no hizo falta ni que cogiera la toalla, fue la cabrona de mi amiga la que me la entregó—. ¿Qué haces aquí? No me habías dicho que ibas a venir.

—Ya, pero es que te necesito y no me puedes decir que no. —Uy, mal empezábamos—. ¿Te acuerdas de los otros días, cuando fuiste al casting y te dije que me quedaba porque había dos tíos para chuparse los dedos? —Levanté una ceja esperando a que terminara de hablar—. Pues bien, uno de ellos está casado y es muy feliz, pero el otro está soltero y me pidió salir a tomar una copa.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —Me lie la toalla en el cuerpo y cogí otra para la cabeza.

—Pues eso, que lo de salir a tomar la copa es hoy, pero me ha escrito diciéndome que va a venir también un amigo suyo que hace mucho tiempo que no ve. —Un poco más y se me cae la mandíbula al suelo—. Sí, esa cara debí de poner yo cuando me lo dijo. Bueno, a lo que iba, que nos quedamos sin tiempo...

—Sin tiempo te quedarás tú, bonita, porque mi tiempo es sofá con una *pizza* por delante. —Me fui a la habitación para ponerme la ropa interior y el pijama.

—Ni lo sueñes. —Me quitó el pijama de las manos y fue al armario en busca de algo que sacar—. No has terminado de escucharme.

—Ni lo voy a hacer. —Volví a coger el pijama que había tirado a un lado de la cama.

Capítulo 5



Carolina

—Las buenas amigas están para hacerse favores —me reprochó.

—Favores que no tengan nada que ver con tíos y, la verdad, después del día que he tenido, lo que menos me apetece es salir y hablar con un desconocido mientras a mi amiga se le cae la baba por un hombre.

El pijama que tenía en las manos volvió a desaparecer de ellas con el tirón que me dio.

—Caro, de verdad, me ha gustado mucho ese hombre y se ve muy interesado en mí.

—Ya, claro. Por eso ha quedado contigo en una primera cita y mete a su amigo de por medio. —No me bajaba del burro; ni loca salía hoy de casa.

—Si me escucharas... —resopló con fuerza—. Me ha dicho que es para que salga un rato, que desde que ha vuelto apenas sale.

—Coño, pues que salga una noche con su amigo. ¿Por qué tiene que ser quedando contigo? —le pregunté, cabreada.

—Tía, no le des más vueltas. Vienes conmigo y punto. —Se sentó en la cama y empezó a mirarme con ojillos de pena—. Por favor, otro día saldremos las dos solas. Además, a lo mejor te gusta su amigo.

Si es que era tonta. No sé qué me pasaba, pero no podía decirle que no a Lorena.

—Lo hago por ti. —La señalé con el dedo—. Y como ese amigo sea un capullo, me voy con cualquier excusa.

Se levantó de la cama de un salto y vino hacia mí para abrazarme.

—Eres la mejor. Ahora ponte más guapa de lo que eres, que le tienes que dejar la boca abierta —dijo, corriendo por la habitación para buscar la ropa y los complementos que debía ponerme.

Pues nada, que me tenía que vestir con lo que a ella le saliera del potorro, por no llamarlo de otra forma más vulgar.

—Ni se te ocurra sacar ropa de esas que piden guerra, porque por ahí sí que no entro. —Se lo dejé claro.

—Tranquila, sé que no te gusta vestir provocativa. —Hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

Al final me sacó unos pantalones blancos de vestir. Esa elección me gustó; precisamente esos pantalones me quedaban muy bien. Eran de talle alto, ajustados hasta las caderas y desde ahí caían sueltos.

Para la parte de arriba me buscó una blusa roja, con el cuello en pico. Tenía escote, pero era favorecedor y nada provocativo; más bien sugerente.

Luego sacó unos *stiletto*s del mismo color que la blusa y el bolso a juego. Sí, todo muy monocromático. Me conocía bien y sabía que me gustaba ir conjuntada, siempre que se pudiera.

—Y, aunque no te guste pintarte los labios en rojo, hoy te los vas a pintar —me ordenó.

—Va a ser demasiado rojo —le contesté—. Creo que me va a ir mejor un brillo y listo.

—Los cojones. Te los pintas en rojo y punto pelota. Ah, y el pelo en una cola alta para que se te vea esa cara tan bonita que tienes despejada.

La miré con una ceja levantada.

—¿La cita es para ti o para mí? Lore, ya sabes lo que te he dicho: te voy a acompañar, pero como no me guste la forma de ser de ese hombre, te juro que me voy.

—Que sí, pesada, lo sé muy bien.

Hasta me sacó los pendientes, los anillos y todo lo que consideró que me tenía que poner.

Cuando terminé de arreglarme, llamó para pedir un taxi y no tener que conducir.

Como habíamos quedado —bueno, había quedado ella; yo era el daño colateral— para unas copas, decidimos salir a cenar nosotras por nuestra cuenta.

Y oye, empezaba a caerme regular ese hombre, que no era capaz ni de invitarla a cenar. No era por la invitación en sí, porque que yo no anduviera muy bien de dinero no tenía nada que ver con lo que ganaba Lorena, que tenía un buen sueldo.

No, no era por eso. Era por pasar tiempo con ella. Si tanto le gustaba, lo mínimo que podía haber hecho era eso.

Estaba claro que a mí no me caía bien desde ya, pero bueno, Lorena era lo suficientemente mayorcita como para ver esas cosas.

Decidimos cenar en un brasileño. Nos gustaba mucho la carne que ponían allí, además del pan de queso y las croquetas.

A ese local solíamos ir mínimo una vez al mes y, por supuesto, siempre acompañábamos la comida con una caipiriña. Esa bebida no nos podía faltar.

—Por una buena noche. —Levantó su vaso para brindar.

—Antes de brindar, define eso de buena noche. —Contuve la risa.

—Pues una buena noche: pasarlo bien, reírnos, conocer bien a esos hombres, que te guste el amigo y, lo más importante, que me ponga mirando para Cuenca.

Hija de su madre.

—Entonces, si es para que te ponga mirando para Cuenca, sí brindo. —Le guiñé el ojo.

—A ti también te hace falta que te pongan, ¿no crees que llevas mucho tiempo a dos velas? —preguntó, descarada.

—No lo creo. Estoy muy bien como estoy y, además, si tengo necesidad, tengo a mano el *Terminator* que me regalaste las Navidades pasadas.

—¿No me digas que no fue un buen regalo?

—Ahí te tengo que dar la razón. Desde que lo tengo, no me hace falta ningún hombre.

—Pero el calor humano no lo puedes sustituir por un trozo de silicona.

—Eso depende de qué silicona sea —le contesté después de tragar.

—Contigo no hay quien pueda.

—¿Y dónde se supone que has quedado con tu amor? —le pregunté con ironía.

—No he quedado yo, hemos quedado.

—No, has quedado tú; a mí me has arrastrado a la fuerza. —Me metí un trozo de carne en la boca—. Joder, qué buena está.

—Por lo que veo, tenías hambre.

—Ni que lo digas. Casi no he comido en todo el día por culpa de Agustín.

—¿Qué te ha hecho el *Tamagotchi*?

Le conté el percance de la mañana y el cabreo que me había pillado.

—Tengo unas ganas de encontrármelo un día fuera de tu trabajo... A ese le iba a enseñar yo lo que pueden hacer dos tetas.

Nos pasamos la cena hablando de nuestras cosas. Me contó cómo le había ido el día en el trabajo y yo le dije que no me iba a presentar a más castings, que ya me había rendido.

—Estás tonta. No deberías dejar de intentarlo. Tía, vales mucho y tienes talento.

—Por lo visto, ese talento solo te lo parece a ti. —Di un sorbo a mi bebida—. Te voy a contar algo, pero no es definitivo; solo lo estoy barajando.

—Caro, cuando hablas así sé que no me va a gustar lo que me vas a decir.

—Creo que voy a aceptar una propuesta de una productora latinoamericana para hacer telenovelas allí.

—¿Qué? ¿Te estás quedando conmigo? Por mis cojones te vas a ir y dejarme aquí.

Se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas.

—Me voy o me olvido de mis sueños.

No me veía viviendo allí, no porque no fueran países maravillosos, sino porque todo lo que amaba estaba aquí.

—Joder, no puede haber solo esa solución. Date un poco más de tiempo —me rogó—. Un año. Si en un año no consigues nada, entonces te vas, y hasta yo misma me voy contigo si hace falta.

Estiró el brazo y me cogió la mano.

—Por favor, prométeme que vas a esperar un año.

—Te lo prometo.

—Ya verás cómo mucho antes vas a tener suerte.

Le sonreí, aunque no tenía ganas de hacerlo.

Terminamos de cenar y cogimos otro taxi para ir al local donde habían quedado. Desde el brasileño era un buen trozo andando y, con los taconazos que llevábamos, cualquiera era la guapa que se animaba.

Durante el trayecto en taxi me dio por pensar que hacía tiempo que no me reconocía del todo. No era solo el cansancio ni el día de mierda que había tenido; era esa sensación constante de estar siempre cediendo un poco más de lo que me apetecía, de decir que sí cuando en realidad quería decir que no y mandarlo todo a la mierda. Me recolocaba el bolso sobre las piernas sin darme cuenta, como si así pudiera agarrarme a algo firme.

Miré a Lorena de reojo. Estaba ilusionada, nerviosa, con esa sonrisa tonta que se le ponía cuando algo le importaba de verdad. Y por ella estaba allí, no por mí. Yo ya había decidido hacía tiempo que no tenía ni cuerpo ni cabeza para empezar nada con nadie, mucho menos con desconocidos que venían con amigos de regalo.

Cuando el taxi paró frente al local, respiré hondo. El ruido se colaba desde la puerta como una bofetada: música alta, risas, gente con demasiadas ganas de pasarlo bien. Me bajé ajustándome la blusa, más por costumbre que por inseguridad, y me dije que solo sería una copa. Una. Aguantar un rato no me iba a matar, o eso quería creer.

Había algo dentro de mí que estaba tenso, alerta, como si supiera que esa noche no iba a ser tan sencilla como parecía. Pero no le hice caso. Nunca se lo hacía.

—¿Este sitio lo has elegido tú o tu amorcito?

—No te preocupes, yo te pago las copas.

—Sabes que no lo voy a permitir.

No insistió; sabía que, si lo hacía, me daba la vuelta.

Ya no era solo el precio de las copas, sino también la entrada. De golpe y porrazo solté cincuenta euros. No es que me quejara, pero mi sueldo de camarera no daba para mucho.

—Me podías haber dejado pagarte al menos la entrada.

—Deja el tema, me la puedo permitir.

Íbamos hacia la barra cuando barrí el local con la mirada. Para ser entre semana estaba hasta arriba, y buscar a esos hombres era una tontería: no tenía ni puta idea de cómo eran.

Capítulo 6



Héctor

—Tenías que haber quedado con esa mujer tú solo. —Adrián iba a mi lado, mirando por todo el local por si la veía—. ¿No sería mejor que le mandaras un mensaje y le preguntaras si ha llegado ya? Y así te dice en la zona en la que está.

La verdad es que el local estaba muy bien en todos los sentidos, tanto en la decoración como en el ambiente que había y la música. Había mucha gente, demasiada para mi gusto, y eso hacía que todo resultara un poco caótico.

—Tienes razón —me contestó, con la vista fija en la barra—. No, no creo que haga falta... Las acabo de ver.

Me detuve al escucharlo, frenando en seco.

—¿Cómo que las acabas de ver?

—Ella ha traído a su amiga. Ya verás lo guapa que es; la he visto poco tiempo, pero es alta de cojones. Vamos, que para ti es perfecta.

Se tenía que estar quedando conmigo.

—Adrián, júrame que es una broma —le dije, cabreado, notando cómo se me tensaban los hombros.

—No. Y para que no la tomes con esa mujer, desde ya te digo que ella tampoco sabía nada. Vamos, que no quería venir ni muerta; a Lorena le ha costado mucho convencerla.

—Pero ha venido sabiéndolo. A mí me la has jugado totalmente. — Cerré la mano en un puño por la jugarreta que me había hecho—. Sabes que lo que menos me interesa ahora mismo es conocer a nadie, y menos así.

—Tampoco te va a pasar nada por ser amable y tomarte una copa. Que haya traído a su amiga no significa que debas tener nada con ella.

Porque era mi mejor amigo; de lo contrario, me habría dado la vuelta sin pensarlo.

—Una copa y me voy. Tú te puedes quedar con las dos y hacer con ellas lo que te salga de los cojones. —Miré en la dirección en la que él tenía la vista puesta.

—Me parece bien. Solo te pido que no seas borde y que controles esas malas miradas tuyas.

Ni que fuese un ogro. Educación tenía de sobra, aunque esa noche no me apeteciera demostrarla.

—Eso no tienes ni que decirlo —contesté, aunque iba caminando detrás de él con pocas ganas.

Cuando nos estábamos acercando, vi de espaldas a una rubia con una cola alta. Si era esa la mujer de la que hablaba Adrián, desde luego tenía buen gusto, porque, aunque la castaña que estaba a su lado tampoco pasaba desapercibida, la rubia tenía un cuerpazo de escándalo y se la veía alta de cojones.

Ahora que lo pensaba, Adrián me había dicho que la amiga era alta, así que supuse que era esa mujer la que me habían buscado. No tenía ni idea de cómo era su rostro, pero de espaldas no se podía negar que era un cañón de tía. Otra cosa sería cuando se girara; lo mismo entonces me llevaba una decepción.

La castaña pareció sentirnos, porque antes de que llegáramos se giró en nuestra dirección.

No podía negar que mi amigo tenía buen gusto. Guapa era un rato. Y mira que yo no quería saber nada de mujeres, pero tampoco podía dejar de reconocerlo cuando una lo era, por mucho que me negara a mí mismo cualquier otra cosa.

—Hola, no sabía si me ibas a ver —le dijo ella, acercándose a Adrián.

La amiga ni se giró. Era como si no quisiera estar allí. Vamos, que se hizo la tonta por completo y no se movió hasta que no tuvo más remedio.

—A ti te veo hasta en la luna, si hace falta —le contestó él.

Lo miré con una ceja levantada. Desde luego, empezaba fuerte.

—Te presento a mi amigo Héctor —dijo, señalándome—. Ella es Lorena.

Lorena me miró con los ojos entrecerrados. Aquello fue una advertencia silenciosa que no me pasó desapercibida.

—Encantado. —Fui cortés. No pensaba darle dos besos, pero como ella dio el paso, no me quedó más remedio. Tampoco es que me molestara; simplemente no estaba acostumbrado a saludar así.

Me había acostumbrado a saludar dando la mano. Giulia era muy celosa y no le hacía ninguna gracia que fuera dando besos a las mujeres, aunque fuera por simple educación.

—Igualmente —me dijo con una sonrisa dulce—. Caro...

Se giró para llamar a su amiga.

—Te voy a presentar a Adrián y a su amigo.

Dios.

Era un rostro tan perfecto que daba miedo mirarlo. Lo tenía fino, todo en armonía: la nariz ligeramente respingona, los labios carnosos, de esos que llaman la atención sin querer, y unos ojos verdes que quitaban el sentido.

Cuanto más la miraba, más familiar se me hacía, como si mi cabeza estuviera intentando encajar algo que no terminaba de cuadrar.

Y, de pronto, se puso blanca como el papel. Perdió todo el color de la cara en el acto.

—Carolina, te presento a Adrián y a Héctor.

Ese nombre sí que lo conocía.

Pero no podía ser quien yo estaba imaginando. Hacía cinco años que no la veía y, si cuando la conocí era guapa, ahora directamente desarmaba.

Había cambiado mucho. Antes tenía el rostro más redondeado y aniñado; ahora tenía la cara de una mujer muy atractiva, con una presencia que se imponía sin esfuerzo.

—Encantada, Adrián. —Sonrió de medio lado cuando hizo esa diferencia entre mi amigo y yo. Se acercó a darle dos besos—. Héctor...

A mí me saludó con un leve movimiento de cabeza.

—¿Así saludas a tu concuñado? —le pregunté, con una sonrisa ladeada.

—¿Os conocéis? —preguntó Lorena, sorprendida.

—Es el hermano de Sonia —respondió Carolina.

Lorena abrió los ojos todo lo que pudo.

—No me jodas. —Mi amigo no pudo callarse.

—No, no te jode. Es la hermana de mi cuñado Rubén —corroboré.

—¿Nos sentamos a tomar algo? —propuso Adrián, intentando normalizar la situación.

—Si me perdonáis, yo me tengo que ir —dijo Carolina—. Me he quedado a acompañar a Lorena por no dejarla sola, pero me ha surgido un asunto que no puedo dejar de lado.

Se giró para coger su bolso, que había dejado encima de la barra.

No había que ser muy listo para darse cuenta de que no quería estar donde yo estuviera. Y si las veces que habíamos coincidido años atrás se había quedado, había sido por no hacer un feo delante de la familia.

Le dio un beso en la mejilla a su amiga y, mientras se despedía, le dijo algo en voz baja.

Lo que estaba claro era que no quería estar en el mismo lugar que yo.

—¿De verdad te tienes que ir o es porque he venido yo? —Me adelanté a preguntarle.

—No te las des de tan importante. Tu presencia me es indiferente —no mentía; se le notaba en la cara—. Adrián, de verdad que ha sido un placer conocerte. Espero que coincidamos otra vez y podamos tomarnos algo.

—Estoy seguro de que tendremos más de una ocasión. Siento mucho que te tengas que ir.

Le dio dos besos. ¿Desde cuándo era Adrián tan besucón?

—Yo también lo siento —dijo Lorena.

Carolina aprovechó entonces para acercarse a mi amigo.

—Como te pases con Lorena o le hagas daño, te corto las pelotas. —Le dio un par de palmaditas en el pecho—. Ojo, que hombres hay muchos, pero Lorena solo hay una.

Mi amigo se puso encendido, y eso que tenía mucha experiencia con mujeres.

—Bueno, pasadlo bien —añadió ella—. Lore, ya sabes, estoy a una llamada.

Volvió a besar a su amiga y se marchó sin mirarme.

Desde luego, me había dejado claro que mi presencia le importaba bien poco.

Lorena estaba incómoda y Adrián me miraba, preguntándome con la mirada qué coño había pasado.

Ni yo mismo lo sabía. Lo único que tenía claro era que me había dejado sin palabras de lo bonita que era. Y bonita era una palabra demasiado suave para describirla.

Carolina era una mujer exuberante, de esas que harían que cualquier hombre cayera rendido a sus pies. El problema, al menos para mí, era que seguía siendo una malcriada a la que se lo habían puesto todo por delante y que solo miraba por sus propios intereses.

El desplante que había hecho hablaba por sí solo.

Rubén y ella eran mundos aparte, no se parecían en nada, y lo agradecía, porque no me habría gustado que mi hermana estuviera con alguien como Carolina.

Lo más sensato habría sido marcharme y dejar a Adrián solo con Lorena, pero me pareció descortés, así que acepté la copa que me ofrecieron. Después de esa, me iría a casa.

Nos sentamos en unos sofás que había allí, con una mesa baja delante para dejar las bebidas. Fue entonces cuando Lorena habló.

—El mundo a veces es un pañuelo —dijo sin apartar la mirada de mi cara—. Fíjate por dónde, eres el hermano de Sonia.

—Tengo que reconocer que al principio no la reconocí. —Volví a pensar en aquellas veces en las que coincidimos—. Está muy cambiada físicamente, quiero decir.

Mejor me callaba el resto.

—¿De verdad le ha surgido algo? —le pregunté, con una ceja levantada.

—Sí. Antonio la llamó antes y le dijo que necesitaba que fuera a su casa.

—¿Tiene pareja? —pregunté, sin querer sonar interesado.

—No creo que deba hablar de su vida privada. —Me lanzó una mirada de advertencia—. Pero Antonio es un hombre mayor que no tiene familia, y ella le ayuda cuando no puede hacer algo por sí solo.

¿Carolina ayudando a alguien de forma altruista? No me lo creía.

—Me resulta un poco raro que ella quiera ayudar a alguien sin más.

Me gané una mirada llena de reproche por parte de su amiga.

—Perdona, pero no conoces a mi amiga de nada. —Enderezó la espalda—. Habéis hablado muy poco desde que tu hermana está con su hermano, y además llevas más de cinco años sin verla. Así que te pediría, por favor, que no hablaras de ella ni para bien ni para mal, y mucho menos delante de mí.

Joder, Héctor. La boca siempre me iba más rápido que la cabeza.

—Lo siento, tienes razón. No la conozco de nada. —Di un trago a la ginebra con tónica.

Lo mejor que podía hacer era terminarla y marcharme.

Así lo hice. Me despedí de ellos y me fui para casa.

No pintaba nada allí y, además, no me apetecía quedarme.

Estaba deseando llegar y dar un paseo por la orilla, pensando en todas las mierdas que me comían por dentro.

Entré en casa sin encender luces, como si así pudiera evitar enfrentarme a mí mismo. Dejé las llaves donde cayeron y me quité la chaqueta con un gesto brusco, molesto por no saber exactamente por qué estaba así. La casa estaba igual que siempre, ordenada, limpia, silenciosa. Demasiado silenciosa. Ese silencio que no descansa, que te recuerda que no hay nadie esperando al otro lado.

Me serví un vaso de agua y ni siquiera lo probé. Lo dejé en la encimera y me apoyé un momento, respirando hondo, como si eso fuera a arreglar algo. No dejaba de darme vueltas en la cabeza la misma imagen, la misma escena, la misma mujer marchándose sin mirar atrás, como si yo fuera poco más que un mueble incómodo en mitad de una habitación.

Carolina.

Me jodía admitirlo, pero me había descolocado. No porque se fuera, sino por cómo lo había hecho. Sin aspavientos, sin necesidad de justificar nada, como si su presencia allí hubiera sido un error que había decidido corregir cuanto antes. Y lo peor era que, por más vueltas que le daba, no encontraba qué demonios había hecho yo para merecer ese desprecio tan limpio.

Negué para mis adentros, intentando convencerme de que no tenía sentido darle más vueltas, de que no era nadie para ella ni lo había sido nunca y de que, por muy incómodo que me hubiera resultado el encuentro, lo lógico era dejarlo ahí, guardarlo en algún rincón de la cabeza y seguir con mi vida, como ya había hecho otras veces cuando algo no salía como yo esperaba o me removía más de la cuenta.

Aun así, no me veía capaz de quedarme encerrado entre cuatro paredes, porque sabía que, de hacerlo, lo único que conseguiría sería seguir dándole vueltas a lo mismo hasta terminar explotando, así que cogí las llaves de nuevo con la idea clara de salir a caminar, cansarme un poco y pensar solo lo justo. El mar siempre había sido un mejor confidente que yo mismo, no hacía preguntas incómodas ni exigía respuestas que no tenía, simplemente estaba ahí, dejándome respirar.

Capítulo 7



Carolina

Después de cinco años y, para una puñetera vez que me dejó arrastrar por Lorena para ir a un lugar donde había quedado con dos desconocidos para mí, resulta que uno de ellos es mi pesadilla desde que lo conocí.

Más mala suerte no podía tener, y lo peor de todo era que el hijo de su madre estaba mucho más atractivo que la última vez que lo vi.

No sé cómo podía mantener el tipo; os juro que no tenía ni idea de cómo lo conseguía.

Me hubiera encantado acercarme y darle dos besos, sentirlo cerca de mí, aunque solo fuese un simple roce.

Cuando dije que me había surgido algo y que me tenía que ir, me di cuenta de que a Lorena se le había quedado una cara de tonta que no podía con ella. Menos mal que me conocía como la palma de su mano y supo recomponer esa expresión tan rápido que ellos no se dieron cuenta.

Mejor dejaba de pensar en Héctor, que ya bastante mal lo pasé en su tiempo al haberme enamorado de él en silencio.

Era curioso cómo nunca había mantenido ningún secreto con Lorena y, sin embargo, de lo que sentía por ese hombre nunca le había dicho nada.

Era algo que siempre me guardé para mí. No lo quise contar en su momento y mucho menos lo iba a hacer ahora, que había dejado de sentir nada hacia ese hombre.

¿Me impresionó verlo? Sí, mucho, sería absurdo negarlo, igual que sería absurdo negar que me seguía pareciendo el hombre más guapo que había visto en mi vida; otra cosa muy distinta era sentir algo por él, o eso era lo que yo me repetía una y otra vez, casi como un mantra, esperando que las veces que tuviera que coincidir con él no me afectaran más de la cuenta y, sobre todo, que fuera capaz de seguir disimulando como si nada.

Me moriría de vergüenza si mi familia se enterara de que había estado enamorada de él con dieciocho años; bueno, esa edad tenía cuando lo conocí. Estuve enamorada de él mucho más tiempo, aun sabiendo que tenía pareja y que se iba a casar con ella, y eso era lo que más me pesaba.

Habermelo fijado en un hombre comprometido, uno que nunca se hubiera interesado en conocerme ni un poquito, aunque solo fuese porque íbamos a compartir familia.

Era un prepotente de primera, que se creía con derecho a juzgar a alguien sin molestarse en conocerlo.

No me extrañaba nada que su mujer le hubiera dado puerta.

Caro, cálmate, que estás haciendo lo mismo que él, estás juzgando sin saber qué es lo que ha pasado, me reñí mentalmente, porque yo no era de juzgar a las personas tan fácilmente.

El caso es que ese enamoramiento tonto que tuve hacia Héctor fue desapareciendo. Tengo que decir que ayudó mucho no saber nada de él ni tener que verlo, aunque fuese de vez en cuando.

Quizá ahora solo sentía una especie de rencor hacia él, aunque no de ese que te lleva a desearle cosas malas a alguien, porque mi corazón no me lo permitiría nunca, sino más bien un poso amargo, una espinita clavada por haberme tratado siempre con tanta indiferencia, como si yo no mereciera ni un mínimo de atención.

En fin, espabila, Carolina, que vas a llegar tarde a la comida con tus padres, me dije mentalmente.

Solo me dijeron que me tenía que vestir un poco más elegante de lo habitual, ya que íbamos a comer a uno de esos restaurantes que no me gustaban, vamos, uno de esos a los que suelen ir los pijos.

De verdad que me daba mucha pereza ir a esos sitios, con lo bien que se comía en un buen restaurante de comida a la brasa. Joder, es que no me gustaba esa comida rara y, encima, siempre salía de allí con más hambre de la que llevaba.

Estaba segura de que aquello era cosa de mi madre, porque mi padre era tan buen carnívoro como yo.

Me lo imaginaba sentado en la silla, poniendo caras mientras resoplaba, y yo aguantándome la risa para que mi madre no se cabreara.

Se podría decir que mi madre era la pija de la familia, pero no una de esas pijas insoportables. Era noble, tenía buen corazón y era muy amable con todos, solo que le gustaban las cosas buenas y caras.

Oye, que si se lo podía permitir, era lícito que se comprara las cosas que la hacían feliz; que cada uno con su vida y con su dinero hiciera lo que le diera la gana.

Siempre y cuando no me arrastrara, como por ejemplo, a comer a esos restaurantes y, encima, me pidiera que me pusiera elegante.

Pero como sabía que a ella le hacía ilusión verme siempre bien vestida... a ver, que aclaro un poco: yo vestía bien, solo que a mi madre le gustaba que vistiera más elegante.

Me puse un vestido verde agua. No tenía nada del otro mundo; simplemente era de tirantes anchos, escote tipo barco, pegado al cuerpo, pero no de esos que parecen una segunda piel.

Liso, y el largo era por encima de las rodillas. Lo combiné con unas sandalias de tacón fino en color nude y el bolso de mano a juego.

El pelo me lo dejé suelto, con ondas, y el maquillaje, como siempre, en tonos sutiles.

Mi hermano me mandó un mensaje por si quería que pasara por mí. Le dije que no, que me iba a llevar mi coche; así no tenía que esperar a que él terminara de hablar con mis padres en la sobremesa, porque normalmente la alargaban más de la cuenta y, a veces, me quedaba y otras, pues no me apetecía.

Le pedí que me mandara la dirección para ponerla en el GPS del coche. Eso sí, siempre que tenía que conducir y me ponía tacones altos, me los tenía que quitar y ponerme unas manolestinas que llevaba en el maletero. Eso era lo que más me fastidiaba: tener que cambiarme de zapatos.

Al entrar en el restaurante, me quedé clavada en el suelo, sin ser capaz de dar un paso. No sabía si ser valiente y caminar hacia la mesa o dar media vuelta y huir como una cobarde.

Esto no me lo esperaba para nada.

Para mí que íbamos a comer solo nosotros cinco, porque con Sonia siempre contaba, pero que fueran a venir también sus padres y su hermano...

Y no me importaba que estuvieran presentes Pilar ni Rodrigo, los padres de Sonia. De hecho, me caían muy bien y tenía buena relación con ellos.

Estaban hablando entre ellos y no se dieron cuenta de que había llegado y me había quedado parada en la entrada. Solo se dio cuenta de mi llegada el que menos lo tenía que haber hecho: ese hombre que llevaba siendo mi tormento durante muchos años.

Se me había quedado mirando fijamente. Era tan descarada su forma de mirarme que daba miedo.

Carolina, ¿no quieres ser actriz? Pues hala, a interpretar uno de los papeles de tu vida. Menos mal que me daba ánimos a mí misma. Solo esperaba que no se hubiera dado cuenta de la reacción que había provocado en mí volver a encontrarme con él.

Ya había que tener mala suerte: cinco años sin verlo y, en dos días, me lo encontraba en dos lugares diferentes. Desde luego, parecía que el destino se estaba burlando de mí a carcajadas limpias.

Un paso detrás de otro, me dije cuando comencé a andar hacia la mesa.

Cuando estaba cerca de ellos, mi hermano y Sonia fueron los siguientes en darse cuenta de mi presencia.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —me contestaron todos al unísono.

Ahora venía lo peor, porque al ir saludando uno a uno con un beso, no me iba a quedar más remedio que darle dos besos a Héctor también. El no dárselos sería decir a toda la familia que no me caía bien.

No es que no me cayera bien; es que no quería tocarlo, mucho menos rozar mis labios con su rostro. No me podía permitir reavivar lo que tanto trabajo me había costado enterrar en mi corazón.

Se fueron levantando todos y, conforme lo iban haciendo, los fui saludando uno tras otro.

—Qué guapa estás, cielo —me dijo mi madre.

—Gracias, mamá —le contesté—. Pilar...

Dejé que me diera un abrazo; ella siempre me saludaba así.

—Tu madre se ha quedado corta al decir que estás guapa, estás preciosa.

Quería ser actriz y me daba una vergüenza que me moría recibir piropos.

—Siempre tan amable.

¿Cómo una madre tan simpática podía tener un hijo tan sieso?

Estaban sentados alrededor de una mesa redonda para ocho comensales, así que fui girando alrededor de ella, saludando a todos. A Héctor lo dejé para el último. De todos modos, el asiento que habían dejado libre para mí estaba entre él y mi cuñada.

Anda que ya le valía a Sonia hacerme esto. Claro que ella tampoco sabía que su hermano y yo no teníamos muy buena relación que digamos; bueno, ni buena ni mala, simplemente no teníamos.

—Héctor...

Os juro que, aunque antes dije que lo iba a saludar al final, cambié de opinión y no iba a hacerlo.

Claro que él no pensaba dejar que pasara el mismo saludo que la noche anterior. No por mí, porque yo ni le había venido nunca, sino para no quedar en evidencia delante de las dos familias.

—Carolina, cuánto tiempo sin vernos.

Hipócrita, pensé.

—Sí, tanto que ni me acuerdo de la última vez que nos vimos.

Le seguí el juego. Si él no quería decir que nos vimos la noche anterior, no iba a ser yo la que lo corrigiera.

Puso una mano en mi cintura para hacer que me acercara a él y así poder darme dos besos, dos besos que fueron muy cerca de la comisura de mis labios.

No sabía a qué coño estaba jugando para actuar así y mucho menos delante de todos.

Le puse una mano en el pecho, en un intento de alejarlo de mí. De poco valió, porque la mano que tenía en mi cintura apretó con un poco más de fuerza.

Me dio la impresión de que no quería que me alejara de él. Tuvo que ser imaginación mía. Estaba completamente segura de que mi subconsciente me había jugado una mala pasada por todo el tiempo que, en el pasado, deseé que me saludara de esa manera.

—Estás muy cambiada —me dijo en voz baja.

—No creas, soy la misma de siempre.

Por fin me dejó libre y me pude sentar.

—Desde luego, el color de tu vestido te favorece mucho —me dijo Sonia, sentada a mi lado.

No me sentía nada cómoda sentada junto a Héctor. No lo miraba; lo estaba ignorando completamente.

Lo que me dejaba un poco más tranquila era saber que él no me iba a dar conversación. Nunca se había interesado por mi vida, así que no me iba a preguntar nada.

Al otro lado de Héctor estaba sentado su padre y, aunque no lo miré, podía escuchar su voz mientras hablaba con mi padre.

—¿Cómo lo llevas? —me había quedado absorta en mis pensamientos y, si me había hablado antes, no la había escuchado—. ¿Me estás escuchando o ignorando?

—Perdón —le sonreí—. Lo llevo igual que siempre, no ha cambiado nada y no creo que cambie nunca.

Me miró con pena y no me gustaba que me miraran así.

—No puedes pensar con negatividad.

—No es negatividad, es realismo. —Puse mi mejor cara—. Pero no hablemos de mí ahora. ¿Cómo llevas los casi últimos retoques?

Cambié de conversación porque sabía que se iba a meter tanto a contarme sus cosas que se olvidaría de lo mío.

—Ahora que sacas el tema... —Me miró de una manera que no me gustó nada—. Familia...

Habló más alto para llamar la atención de todos.

—Rubén y yo tenemos algo que deciros.

—No te preocupes, que si estás embarazada será de poco tiempo y no tendrán que retocar mucho el vestido —le dijo su hermano.

—Calla, loco, que no es nada de eso.

Nuestros padres rieron.

—El caso es que todavía no habíamos dicho quiénes van a ser los padrinos y hemos decidido, entre los dos, que sean nuestros hermanos.

Miró a sus padres y a los míos, como pidiendo disculpas.

—Nos hace mucha ilusión que sean ellos dos. Espero que no os lo toméis a mal.

Volvió a dirigirse a nuestros progenitores.

Mientras ellos le iban diciendo a mi hermano y a ella que había sido una bonita decisión, yo me había quedado sin saber cómo reaccionar. Vamos, que no fui capaz ni de abrir la boca.

—Parece que no te hace mucha gracia. —Sentí su aliento mucho más cerca de lo que debería estar—. Eso o que no te lo esperabas para nada.

Lo miré de reojo, deseando que todo esto fuese imaginación mía y que no estuviera pasando de verdad.

—No me lo esperaba, pero si ellos lo quieren así, lo haré.

Le contesté sin mirarlo. Me negaba a mirar esos ojos azules.

—¿Tienes algún problema con mi cara? Te lo pregunto porque no me hablas mirándome a los ojos.

Hala, Caro, te toca hacer de falsa, me dije.

—Para nada. —Lo miré directamente—. Es solo que me da mucha pena verte más envejecido. ¿Te echas cremas para las arrugas? Creo que te irían muy bien, sobre todo para las patas de gallo que se te han formado por el paso de la edad.

Madre mía la mirada que me dirigió.

Capítulo 8



Héctor

¿Me lo decía de verdad? Aquello tenía que ser una cámara oculta o algo por el estilo, porque no me podía creer esas palabras.

Joder, que no me miraba porque le daba pena ver que había envejecido en estos cinco años.

Tenía cojones la malcriada esta.

Tensé la espalda y los hombros mientras la miraba echando fuego por los ojos. Si no estuvieran aquí nuestras familias, le iba a enseñar yo lo que podía hacerle el viejo este.

Que sí, que era once años mayor que ella, pero de sobra sabía que estaba muy bien y que aquello de las arrugas lo había dicho solo para tocarme los cojones, para remarcar la diferencia que había entre nosotros.

—Seguro que tú puedes indicarme cuál me vendría mejor, se nota que entiendes mucho. —Le guiñé un ojo—. Los años también han pasado por ti; qué pena que se te hayan empezado a notar mucho antes que a mí.

Cogí la copa por el tallo y la llevé a mis labios sin apartar la mirada de sus ojos.

—Pero oye, que el cuerpo que tienes te ayuda a disimularlos bastante bien.

Me di cuenta de cómo apretaba los cubiertos con fuerza.

Sonreí con una leve mueca de medio lado al comprobar que le había picado lo que le había dicho.

—Gracias por la información, viene bien que te lo digan para prevenir cuanto antes. —Me sonrió como si de verdad le hubieran hecho gracia mis palabras, aunque en el fondo de esos ojos verdes se podía ver claramente la furia.

Tal vez ella no se había dado cuenta, pero a mí me bastó con observarla un poco para notar que, según su estado de ánimo, le cambiaba el color de los ojos, volviéndose más claros u oscuros.

De eso me había dado cuenta en el rato que llevaba cenando junto a ella. Era curioso cómo antes no me había fijado en ese detalle y ahora, sin embargo, me llamaba tanto la atención.

Siempre había sido guapísima; sería un completo hipócrita si no reconociera la verdad. Era alta, con unas piernas infinitas que invitaban a seguir lentamente su longitud, una cintura estrecha, el vientre completamente plano y unos pechos exuberantes.

Había que ser gilipollas para no mirarla más de dos veces, pero lo que más me llamaba la atención era su rostro, ese que te atrapaba y te hacía no querer apartar la mirada.

Tal vez me había precipitado al juzgarla. De todos modos, lo que me había dicho mi hermana era verdad: nunca me había preocupado de conocerla, de saber qué le interesaba o a qué se dedicaba realmente.

Para mí siempre había sido una niña consentida y malcriada, y por eso no le había prestado más atención de la necesaria.

También influyó mucho que fuera una cría cuando la conocí y que yo estuviera cerca de cumplir los treinta años; eso, y que era parte de la familia, sin contar que en aquel entonces yo tenía pareja.

Fue poco tiempo después de dejar a mi novia cuando conocí a Giulia, y desde que ella entró en mi vida no había vuelto a mirar a otra mujer que no fuera ella.

Que no me estoy poniendo de santo ni mucho menos; con esto quiero decir que la vista era libre y que, claro que veía a otras mujeres, pero por mi cabeza nunca pasó la posibilidad de engañar a mi pareja.

—Y dime, Carolina, ¿has encontrado a alguien especial por ahí?

Levanté la mirada del plato que tenía delante. No sabía por qué, pero me interesaba su respuesta.

—Uy, no, ni quiero. ¿Sabes lo bien que estoy sin darle explicaciones a nadie? —le contestó a mi padre.

—Con lo bonita que eres, podrías tener a cualquier hombre a tus pies —le dijo mi madre, mirándola con cariño.

Pues sí que la apreciaban mis padres, la miraban casi como a una hija más.

—Es que yo no quiero a un hombre a mis pies; yo quiero un hombre a mi altura, y de esos hay pocos.

Se lo tenía creído, desde luego.

—Eso va a ser muy difícil; como tú hay pocas personas —respondió mi madre.

No me podía creer cómo mis padres le estaban haciendo la pelota.

—Solo me miras con buenos ojos —le contestó Carolina.

—Carolina, ¿has hablado con papá de lo que comentamos los otros días?
—le preguntó Rubén.

—Ahora no es momento ni lugar, así que vamos a dejar ese tema de lado esta noche —contestó, mirándolo de reojo.

¿Qué querría hablar con su padre? ¿Pedirle más dinero para algún capricho nuevo?

No entendía por qué me hacía esas preguntas cuando, en realidad, todo lo que tuviera que ver con ella nunca me había importado.

—Como quieras, solo quiero que sepas que siempre te voy a apoyar y estar a tu lado —le dijo Rubén.

—Gracias, Rubén —asintió con la cabeza.

—Volviendo al tema por el que te ha preguntado Pilar —intervino su madre—, yo creo que deberías darle una oportunidad al hijo de Camila. Lleva mucho tiempo interesado en ti y tienes una edad en la que deberías empezar a pensar en sentar la cabeza.

Aurora no podía estar hablando en serio.

—¿Qué dices, mamá? —Carolina se quedó en blanco, igual que el resto de los que estábamos sentados a la mesa—. ¿Desde cuándo necesito a un hombre para sentar la cabeza? Creo que soy lo suficientemente madura como para saber lo que quiero y lo que no quiero en mi vida, y desde luego no quiero estar con un hombre porque tú pienses que me viene bien.

—Hija, es que siempre estás con ese estúpido sueño. Quizá si estuvieras con un hombre, se te quitarían todos esos pajaritos de la cabeza.

Su madre seguía insistiendo, y eso empezó a ponerme de muy mala leche.

—Aurora, no es momento ni lugar. Creo que te has pasado mucho con Carolina —intervino Tomás.

—Tú ves que me he pasado, pero no es así. Llevo mucho tiempo viendo cómo está mandando su vida al garete y ninguno hacéis nada. Solo quiero que sea feliz.

Miré a mis padres y estaban igual de estupefactos que yo.

—¿Feliz? —le preguntó su hija—. ¿Quieres que sea feliz? No, tú no quieres eso. Si quisieras mi felicidad, no me estarías poniendo en ridículo ni haciéndome pasar vergüenza delante de personas que no me conocen de nada. Si quisieras mi felicidad, siempre me habrías apoyado.

Noté cómo le temblaban las manos y la barbilla; estaba claro que se estaba conteniendo para no llorar.

—Lo que te pasa es que no has conseguido que sea como tú quieres.

Cuando levantó la mirada y nos miró a todos los que estábamos sentados, se colocó una máscara de frialdad absoluta.

—Si me disculpáis, se me ha quitado el hambre.

Se levantó. Mi hermana intentó retenerla cogiéndole la mano, pero Carolina negó con la cabeza.

—Sonia, Rubén, estoy encantada de ser la madrina de vuestra boda. Vamos hablando.

Cogió su bolso para marcharse.

—Hija, no te vayas. Estoy seguro de que tu madre no ha querido decir eso. —Intentó detenerla, Tomás.

—Mamá ha querido decir exactamente lo que ha dicho, y no ha sido solo hoy. Lo siento, papá, pero no me apetece seguir sentada a la mesa. Nos vemos otro día.

La vi salir del restaurante y, si hubiera sido por mí, me habría levantado para ir detrás de ella.

Se me quedó una sensación muy fea clavada en el pecho. Estaba pasando algo con Carolina y no tenía ni idea de qué era.

Me quedé por no hacer un feo al resto, pero a mí también se me había quitado el hambre por completo.

—No tenías que haberle dicho nada —le dijo Rubén, visiblemente cabreado.

—¿Tú también te vas a poner de su parte? —le respondió Aurora—. Abre los ojos, mira cómo vive pudiendo tenerlo todo.

No tenía ni puñetera idea de qué estaban hablando.

—Vive como quiere vivir y no se lo debe a nadie. Lo poco o lo mucho que tiene es gracias a ella misma —le contestó su hijo—, y eso debería hacer que te sintieras orgullosa.

Cada vez estaba más perdido y, al no saber de qué hablaban, no podía intervenir.

Mis padres estaban igual que yo, aunque por la mirada de mi madre intuía que ella sí sabía perfectamente de qué iba todo aquello.

—Aurora, si quieres que tu hija sea feliz, solo tienes que apoyarla, estar a su lado y no presionarla —intervino Sonia.

—Sonia, mira dónde vive, no tiene nada y, lo que es peor, no quiere que le demos nada. Muchas veces no sale a cenar con su amiga porque no llega a fin de mes.

Un momento. Aquella mujer no podía estar diciendo eso.

Eran una familia con mucho dinero, con una empresa que facturaba millones al año. ¿Y decía que su hija no llegaba a fin de mes?

Aquí había algo que no me cuadraba en absoluto, y estaba decidido a enterarme de todo.

—Así lo ha querido ella, y deberías estar orgullosa de la hija que tienes, esa que se acaba de ir dolida por las palabras de su madre —añadió Sonia—. Sé que la quieres más que a tu vida, soy madre y te entiendo, pero también entiendo a Carolina, y sabes que para ella no está siendo fácil.

—¿Alguien me puede explicar de qué va todo esto? —pregunté al fin—. Os escucho a unos y a otros, pero no tengo ni idea de qué estáis hablando.

—Después te lo explico todo —me contestó mi hermana—, y vas a entender por qué te dije el otro día que no la conoces en absoluto.

Capítulo 9



Carolina

¿Que tenía que darle una oportunidad al hijo de Camila? Por mí se podía ir a la mierda el soso ese y su madre.

Estaba que echaba humo por las orejas. ¿Que necesitaba a un hombre para sentar cabeza? Ya se iba a enterar ese hombre que me iba a buscar, aunque solo fuera para fastidiarla.

—¿Dónde estás? —le pregunté a Lorena en cuanto me descolgó.

—Estoy terminando de comer con Adrián. ¿Qué te pasa? —contestó.

De lujo.

—Me viene perfecto que estés con él, porque le vas a decir de mi parte que busque al amigo más cabrón que tenga y que esté soltero. Se va a enterar mi madre de lo rápido que me busco un hombre.

Me estaba dejando llevar por la rabia, pero me daba igual. Lo único que quería era demostrarle que ella no iba a elegir por mí nunca.

—¿Qué dices, loca? —La escuché reírse; se creía que estaba bromeando—. ¿A qué viene esto?

—¿Te puedes creer que estábamos comiendo...? —le conté todo lo que había pasado—. Tiene la cara dura de decirme todo eso, yo que desde hace mucho tiempo vivo sin pedir nada, aun sabiendo que todo lo que tienen en un futuro será mío y de mi hermano.

No me fui a casa cuando salí del restaurante; no podía encerrarme allí. Necesitaba que me diera el aire. Así que entré en un bar de copas. Me daba igual que no fuera hora para estar bebiendo; aquel día lo iba a mandar todo a tomar por culo.

—Podría estar viviendo a costa de ellos y mira cómo lo estoy haciendo. —Se me resbaló una lágrima por la mejilla.

—¿Estás en tu casa? —De fondo oí cómo Adrián le preguntaba qué era lo que había pasado—. Voy para allá ahora mismo.

—Olvidalo, no estoy en casa. Creo que voy a tardar en ir.

Le pedí al camarero un chupito de tequila.

El pobre me miró con la ceja levantada; sé que se estaba preguntando qué hacía una tía como yo bebiendo a esa hora del día y así vestida. Le asentí con la cabeza y me lo puso.

—Joder, qué fuerte está esto. —Pensé que lo había dicho para mí, pero lo dije en voz alta.

—Caro, no me toques la moral y dime dónde estás y, sobre todo, ¿qué cojones te acabas de tomar? —De fondo escuché cómo le metía prisa a Adrián para que se levantara—. Que me contestes, leche.

—Estoy en un local y, por una puta vez en la vida, voy a hacer lo que me dé la gana sin pensar en responsabilidades.

Le pedí al camarero otro chupito; esta vez escuchó bien la bebida que había pedido.

—¿Tequila? ¿Te estás quedando conmigo? ¿Qué cojones haces bebiendo?

Me lo bebí en cuanto puso el vaso sobre la barra. A palo seco, sin limón ni sal, solo el tequila.

—Carolina, deja de beber esa mierda, que no estás acostumbrada.

Se me escapó una risilla. Aquello se me iba a subir a la cabeza antes de darme cuenta.

—Déjame, que para una vez que bebo...

Le pedí otro chupito.

—Ni se te ocurra beberte otro. —Sonó a amenaza—. ¿Cómo se llama el local en el que estás?

Le pregunté al camarero cómo se llamaba el sitio, porque no me había fijado al entrar, y se lo dije a Lorena.

—Está muy cerca de donde he ido a comer con mis padres y con la familia de Sonia.

El tercero también me lo bebí de un trago y ya noté claramente cómo se me subía a la cabeza.

—Joder, llama a tu amigo, que está al lado, y que vaya por ella —le decía a la que era su pareja o futura pareja, porque por ahora solo se estaban conociendo—. Nosotros estamos en la otra punta de la ciudad y vamos a tardar un poquito en llegar.

—Frena ahí, loca, que a por mí no tiene que venir nadie. Si estoy de puta madre.

A mi lado se sentó un hombre un poco mayor que yo y, la verdad, no estaba nada mal.

—Te dejo, que se acaba de sentar a mi lado un hombre que no está nada mal —le comenté en voz baja para que no me escuchara nadie.

—Ni se te ocurra irte con un hombre que no conoces de nada. Tía, que tú no eres así.

Me reí al escucharla. No sabía si era por los nervios que me estaban entrando o por los chupitos.

—Madre mía, ¿lo has llamado? —Seguro que se lo estaba preguntando a su chico.

—Que no llame a nadie, mucho menos a ese hombre. —Lo que menos me apetecía en el mundo era tener a Héctor a mi lado, juzgándome con la mirada como había hecho siempre—. Y ya sé que no soy así, pero eso va a cambiar a partir de hoy.

Miré al hombre que se había sentado a mi lado; me devolvió la mirada y me guiñó un ojo.

Ay, madre, que este iba a saco, y yo siempre había sido muy precavida para estas cosas.

Bueno, por una vez que me lanzara, tampoco iba a pasar nada. O eso me decía a mí misma.

—Es que lo sabía, alguna vez tenía que salir toda tu frustración, y está bien que lo hagas, pero no de esta manera. Joder, tía, ya te podía haber dado por salir a correr o algo por el estilo.

La cabeza me daba un poco de vueltas, pero me encontraba mejor que nunca.

Por lo menos no pensaba en lo que no había conseguido, que, en definitiva, no había conseguido nada de lo que había soñado.

¿Me daría este hombre un buen orgasmo? A lo mejor era justo lo que necesitaba para cambiar mi estado de ánimo.

—Te dejo, que este hombre parece que está interesado en mí. —Se me escapó otra risilla.

—No, no, tú no me dejas. Tú te quedas al teléfono conmigo hasta que llegue y no mires a ese tío, a ver si va a ser un asesino o algo.

De fondo escuché cómo Adrián le decía que se diera prisa, que estaba empezando a ligar con un desconocido... o a lo mejor eran imaginaciones mías, yo qué sé.

—Caro, cuando te coja te voy a matar. ¿No podrías haber hecho esta locura otro día?

—Oh, ¿te he fastidiado la cita? —Reí—. No te preocupes por mí, estoy de puta madre.

Le pedí al camarero otro chupito más, esta vez le dije que me lo pusiera de algo más dulce; el tequila me había revuelto un poco el estómago.

—De hecho, creo que estoy mejor que nunca, porque todo me importa una mierda.

Miré al hombre que estaba a mi lado y le guiñé un ojo.

—¿Cómo te llamas, guapa?

Si me hubiera hecho esa pregunta en otro momento, con ese tono, lo habría mandado a la mierda sin pensarlo.

—Perdona que llegue tarde, nena.

Sentí unos brazos fuertes rodeándome la cintura.

—¿Me dejas que le conteste a Lorena?

Me dio un beso debajo de la oreja y me quitó el teléfono de las manos.

El hombre que me había preguntado mi nombre, al ver que había llegado Héctor, se apartó dejando un par de asientos de por medio.

—¿Qué haces? —le pregunté, entre cabreada y, muy a mi pesar, demasiado a gusto con que me estuviera tocando.

—Ya estoy aquí —le dijo a la persona con la que hablaba por teléfono—. Sí, no hace falta que vengas; yo me ocupo de ella.

Colgó la llamada y dejó el móvil sobre la barra.

—¿Te he preguntado antes qué es lo que haces aquí?

Madre mía, teniéndolo tan cerca, se me hacía todo más difícil.

Qué guapo era el hijo de su madre, y qué bien olía. Sin darme cuenta, me vi acercando la nariz todo lo que pude a su cuello.

—Mmm... —murmuré—. Qué bien hueles.

Lo dije más para mí que para él, pero lo dije en voz alta.

—Querrás decir que huelo bien para ser un viejo —respondió con media sonrisa.

—No puedo hablar si no está mi abogado delante, lo siento. —Me encogí de hombros.

No era capaz de decirle que aquello se lo había dicho para hacerle daño, porque la realidad era muy distinta.

Si cuando lo conocí me enamoró y me cautivó, ahora, que estaba mucho más guapo que antes, era capaz de hacerme caer a sus pies, y eso no me lo podía permitir, por muy mareada que estuviera.

Miré la barra y ni me acordaba de que antes había pedido otro chupito, ese que estaba ahí, colocado, esperándome.

Estiré la mano para cogerlo. Cuando Héctor se dio cuenta de mi intención, estiró la suya para impedírmelo, así que fui más rápida.

Gané.

Por una puta vez en mi vida, gané.

—He ganado. —Le guiñé un ojo.

¿Desde cuándo era yo tan descarada con ese hombre, si siempre me había sentido intimidada por él?

—Ni se te ocurra tomártelo. —Intentó quitármelo—. Mañana vas a tener una resaca monumental.

Me encogí de hombros.

Me daba igual. Total, era mi día libre y no tenía nada que hacer.

—Me lo voy a tomar porque es mío y me da igual la resaca de mañana. No trabajo, es mi día de descanso.

Me lo bebí de un trago, como los anteriores.

—Ya has visto que estoy bien. Ahora te puedes ir y dejarme, que sepas que me has fastidiado mi posible ligue. —Hice un puchero infantil.

—No digas tonterías. ¿Querías levantarte mañana en la cama de un desconocido sin saber lo que habías hecho?

Me lo preguntó tan cerca de mi boca que sentí el roce de sus labios contra los míos.

Fue un contacto superficial, mínimo, pero mi cuerpo tembló entero.

—No habría sido un desconocido después de pasar la noche con él —le contesté igual de cerca, volviendo a rozar sus labios.

Si él no se apartaba, no iba a ser yo la tonta que lo hiciera.

No sabía en qué punto exacto había dejado de tener el control, solo que algo dentro de mí empezaba a desordenarse con una facilidad que me ponía en alerta. No era solo el alcohol, ni siquiera la rabia que llevaba acumulada desde la comida; era esa sensación incómoda de estar caminando por un terreno que conocía demasiado bien y que siempre me había prometido no volver a pisar.

Porque había recuerdos que creía enterrados, emociones que pensé superadas y una verdad que no quería mirar de frente: que su cercanía seguía teniendo un efecto peligroso en mí. Y lo peor de todo no era sentirlo, sino darme cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, no tenía del todo claro si quería huir o quedarme.

Capítulo 10



Héctor

¿Cómo cojones había acabado aquí y con mis labios tan cerca de los de ella?

No tenía ni idea. Lo cierto es que cuando me llamó Adrián para decirme lo que pasaba, me despedí de todos poniendo una excusa y salí en su busca. No podía permitir que se fuese con un hombre cualquiera y que cometiera una locura, una de la que podría arrepentirse toda su vida.

No pude quedarme sentado sin hacer nada. Y mira que no me quería implicar en nada que tuviera que ver con ella, aunque debo reconocer que, con las pocas cosas que había oído, me había dado cuenta de que Carolina no era la mujer que yo pensaba que era. Quizá ese cambio de opinión fue lo que me llevó a salir corriendo detrás de ella.

El caso es que me encontré entrando por la puerta. El lugar estaba casi vacío, por lo que la pude ver rápido. Empecé a acercarme a ella y, cuanto más lo hacía, mejor podía ver cómo el tío que estaba a su lado no paraba de comérsela con la mirada. Eso no me gustó por lo que me hizo sentir, pero mucho menos me gustó cuando él le preguntó cómo se llamaba, sobre todo cuando terminó la pregunta con ese «guapa». Por eso mismo reaccioné de la forma en la que lo hice.

Después de casi besarla y de que ella hiciera lo mismo, lo mejor que pude hacer fue pagar lo que debía y cogerla en brazos para sacarla de ahí.

Me protestó un poco y me costó convencerla para que me dejara cogerla, pero lo conseguí.

Como no tenía ni idea de dónde tenía el coche ni de dónde vivía, no me quedó otra que llevarla a mi casa. Fue sentarla en el asiento del pasajero y quedarse dormida casi al instante. Parecía que los chupitos se le habían subido de golpe. No puedo negar que estaba muy graciosa dormida y mucho más graciosa era cuando, entre sueños, repetía una y otra vez que le gustaba mucho mi olor.

Llegué a mi casa, abrí las puertas de fuera con el mando que siempre llevaba dentro del coche y lo aparqué cerca de la puerta de entrada. Antes de bajarme, me giré un momento para mirarla bien. Cuanto más la miraba, más bonita me parecía. Había sido tan injusto con ella todos estos años... ¿Cómo la había podido juzgar y dar por hecho algo por su simple apariencia?

Me bajé del coche y lo rodeé por la parte delantera. Al llegar hasta la puerta del copiloto, tuve que abrir con mucho cuidado, porque Carolina estaba apoyada en ella. Como pude, metí un brazo para controlar que su cuerpo no terminara en el suelo.

Madre mía en el lío que me había metido. A ver qué hacía con ella. Hubiese sido mejor esperarme en el local a que llegara Adrián con Lorena y que se hubiesen hecho cargo ellos. De todos modos, ya no valía de nada pensar en otra cosa que no fuese sacarla del coche y llevarla dentro.

Desde luego, había cogido una buena. Por lo que me dijo el camarero, se había tomado cuatro chupitos; por lo menos, eso fue lo que me había cobrado. Suerte tenía de que yo era alto, porque uno de estatura más baja no la habría podido coger en brazos. Y no por su peso, porque estaba muy delgada; lo decía por su altura. Yo calculaba que estaría en torno al metro setenta o setenta y poco.

Ni me había dado cuenta de que me dirigí a mi habitación; cuando lo hice, ya la tenía a ella acostada sobre mi cama. ¿Las personas, cuando están dormidas o medio dormidas, se quitan la ropa si no se sienten cómodas? No tenía ni idea, porque nunca me había pasado. El caso es que, a los cinco

minutos de estar en la cama, vi que se incorporaba con los ojos cerrados, llevándose las manos a la espalda.

Al no dar con la cremallera, empezó a despotricar diciendo que estaba harta de esa clase de vestido. Desde luego, Carolina era graciosa cuando bebía. No podía dejar que se lo quitara. Si lo hacía y al día siguiente se despertaba en mi cama y solo con la ropa interior, podría pensar cosas que no eran. Bueno, he dicho al día siguiente, aunque no creía que durmiera tantas horas.

—Carolina —la llamé sin obtener resultado—. Caro. —Me acerqué a ella, la cogí por la barbilla—. Despierta.

Nada, no funcionaba. Me di por vencido. Me di la vuelta para ir al vestidor; por lo menos sería mucho mejor que, cuando se despertara, lo hiciera con una camisita mía puesta y no solo con la ropa interior.

—Me cago en la puta —dije al salir del vestidor y verla en la cama solo con unas braguitas de encaje blanco.

Se había quitado hasta el sujetador. Si os digo que no la miré, os estaría mintiendo, porque lo hice más de lo debido. Coño, que uno no es de piedra y esa mujer era espectacular con ropa y, ya sin ropa, era como ver una puta obra de arte.

Me acerqué a ella y metí una mano por detrás de su espalda para incorporarla un poco y pasarle la camisita. Dios, qué gustazo era tocar su piel; era suave y sedosa. Tragué con fuerza, dirigiendo la mirada a mi miembro, que sin poderlo evitar, se había puesto en pie de guerra. Negué con la cabeza, soltando el suspiro más grande que había soltado en mi vida.

Cuando le puse la camiseta, le eché las sábanas por encima y salí de la habitación hacia el baño para darme una ducha con agua fría, a ver si se me bajaba de golpe la excitación. Me puse un pantalón de pijama un poco suelto y una camiseta básica blanca. Me volví a asomar para ver cómo seguía y, al comprobar que estaba bien, fui al despacho para coger el portátil y llevármelo al salón.

Iba a trabajar un rato, pero lo iba a hacer desde allí por si se despertaba y se asustaba al no saber dónde estaba. Las horas se me fueron rápido; me metí tanto en el trabajo que se hizo tarde y ni cuenta me había dado.

Menos mal que el día anterior había preparado una lasaña; solo faltaba meterla en el horno para que se gratinara. Puse un poco de música suave y tranquila, me serví una copa de vino y, mientras iba preparando una ensalada, le iba dando algún que otro sorbo.

Estaba sacando la lasaña del horno cuando, de fondo, escuché un «joder». Con tranquilidad, dejé la bandeja encima de la vitrocerámica, me quité los guantes de tela que me había puesto para no quemarme y emprendí el camino hacia la habitación.

Llegué a la puerta y me apoyé en el premarco, con los brazos cruzados sobre el pecho. Lo hice todo en silencio, por lo que Carolina no se había dado cuenta de que estaba allí, viendo su despertar o el intento de despertar.

No paraba de pasarse las manos por el rostro. No me quería ni imaginar cuando se viera en el espejo, el grito que iba a dar al ver que tenía todo el maquillaje restregado por la cara. Menos mal que no se había pintado los ojos de negro ni los labios de rojo; de haber sido así, parecería un cuadro de Picasso.

—Buenas noches —dije en voz no muy alta; imaginaba que no tendría muy bien la cabeza.

—¡Ay! —gritó, incorporándose de golpe—. Joder, qué susto. —Al darse cuenta de que no estaba en su casa y verme, se le pusieron las...—. ¿Qué hago aquí, Héctor?

—Se nota que no estás acostumbrada a beber; si con cuatro chupitos no te acuerdas de nada, la bebida en tus manos es un auténtico peligro. —No me moví de donde estaba; no quería que se sintiera más incómoda de lo que ya se notaba—. ¿Te tengo que contar qué es lo que ha pasado o empiezas a recordar por ti misma?

—Puede que me haya mareado un poco, pero sí que me acuerdo de todo. —Se subió la sábana hasta debajo de la barbilla; supuse que era una manera de sentirse protegida en cierta manera—. Recuerdo cuando me sacaste del local y me montaste en tu coche; del resto, no.

—Normal; en cuanto te sentaste en el coche, te quedaste dormida. Y antes de que lo digas —prefería aclararle las cosas antes de que sacara conclusiones erróneas por ella misma—, el vestido te lo has quitado tú, el vestido y el sujetador —le dije, con una ceja levantada y aguantando las ganas de reír al ver la cara que puso—. Para que veas que soy un buen hombre, te puse una camiseta para cubrirte.

—Dios mío, mira que no bebo nunca... Mucho menos lo voy a hacer a partir de hoy. —Se tapó la cara con las manos—. Qué vergüenza.

—Todo el mundo comete alguna vez en su vida alguna locura. —Tampoco quería que se mortificara por algo sin importancia—. Anda, ve a lavarte la cara y vamos a cenar —le pedí con una sonrisa, esta vez no de esas arrogantes que muchas veces le había dirigido.

—Creo que lo mejor es que me vista, pida un taxi y me vaya a mi casa. —Bajó la sábana para levantarse de la cama.

—Yo creo que lo mejor que puedes hacer es quedarte a dormir. Eso sí, cenando primero. Venga, que no pasa nada, así que no le des más vueltas. —Descrucé los brazos, dejando de apoyarme en el quicio de la puerta—. El baño es esa puerta; cuando termines, buscas la cocina. No tardes, que se enfría la cena. —Le guiñé un ojo.

¿Fui atrevido? Un poco sí. No tanto como lo hubiera sido en otras circunstancias y momentos, pero tampoco quería que saliera corriendo como una loca.

Puse los manteles individuales en la isla; prefería cenar allí antes que en la mesa, que sería más formal. Lo coloqué todo lo mejor que pude. A ella le puse un vaso por si quería beber agua o un refresco; no creía que quisiera una copa de vino.

Estaba terminando de servir la lasaña en los platos cuando apareció por la puerta. Se había lavado la cara. Era increíble que, con una simple camiseta mía, la cara recién lavada y un moño mal hecho, estuviera más bonita que cuando fue al restaurante. Por lo menos, yo la veía más bonita y mucho más sensual.

—Espero que no te importe que me quede con tu camiseta; el vestido es más incómodo —me dijo, ruborizada.

—Como si estuvieras en tu casa. —*Céntrate, Héctor*, me reñí. Yo no quería pensar en mujeres y mucho menos tener algo con una, no después de lo que me había hecho Giulia—. ¿Agua, refresco o vino? —le pregunté para hacer algo y no seguir mirándola.

—Agua, por favor. —Se sentó en uno de los bancos que tenía en la isla.

Saqué de la nevera una botella de agua y, en silencio, nos pusimos a cenar.

Capítulo 11



Carolina

—¿Un poco mejor? —me preguntó cuando terminamos de cenar.

—Sí, mucho mejor, gracias. —No estaba acostumbrada a tener este trato tan cercano con Héctor; me sentía fuera de lugar, como si fuese un desconocido—. Por cierto, la lasaña estaba muy rica. —Era cierto. No sabía si la había hecho él o no, pero buena sí que estaba.

—Gracias. No es por echarme flores, pero se me da muy bien la cocina. —No sabía cómo le saldrían otro tipo de comidas, pero esa la había clavado.

Me sentía un poco incómoda y cortada. Daba igual el tiempo que hacía que nos conocíamos; nunca habíamos hablado tanto como lo estábamos haciendo hoy, y eso que tampoco era gran cosa las palabras que habíamos cruzado.

Habíamos terminado de comer hacía un rato, pero ninguno de los dos dio el paso de levantarse para recoger la isla. Supuse que él por no saber cómo tratarme o qué hablar conmigo, y yo porque me moría de la vergüenza.

Me di un poco de valor para levantarme y comenzar a recogerlo todo. Era lo mínimo que podía hacer; encima de que me había cuidado, evitando que me fuese con el primer hombre que se me había cruzado, me había

traído a su casa —que, por cierto, y por lo poco que había visto, era preciosa— y, por último, se había preocupado de hacer la cena y poner la mesa.

Qué mínimo que recogerlo y limpiarlo todo.

Me daba un poco de reparo porque no estaba vestida muy bien que digamos. No porque hubiera que vestir de ninguna manera en concreto, sino porque solo llevaba puesta una camiseta suya.

Que sí, que Héctor era más alto que yo, pero como yo tampoco era precisamente bajita, la camiseta no es que cubriera gran cosa. Vamos, que me llegaba apenas un poco por encima de medio muslo.

Lo que sí hice antes de salir de la habitación fue ponerme el sujetador, porque ni loca salía sin él puesto. Más que nada porque ese hombre me ponía mucho y la excitación se notaba en los pezones, que se me habían puesto como piedras, duros y tiesos.

Así que ni pensarlo salir sin él. Que tampoco es que obrara milagros, pero digo yo que algo sí disimularía.

No quería bajar la vista ni mirarme, porque él lo iba a notar y entonces sí que podría desear que la tierra me tragara y me escupiera en la otra punta del mundo, vamos, en el lugar más alejado que hubiera de él.

—No tienes que recoger nada —me dijo cuando me levanté cogiendo los dos platos—. Estás aquí como invitada.

—Dirás más bien que estoy aquí como okupa. Estoy segura de que cuando saliste de tu casa hoy no tenías pensado invitarme a ella. —Lo llevé todo al fregadero.

—No, la verdad es que no pensé que terminarías aquí, ni tú ni nadie. —Lo miré por encima del hombro, como diciendo «puede que hoy no pensaras traer a nadie, pero no me creo ni muerta que otros días no lo hicieras»—. Aunque si te digo la verdad, no está siendo tan malo como me había pensado.

—Vaya, gracias —le contesté con ironía.

Me puse a fregarlo todo. Sabía que tenía lavavajillas, pero lo hice sin pensar; estaba acostumbrada a fregarlo todo a mano porque mi piso era tan pequeño que no cabía uno.

—Deja eso, te he dicho que no tenías por qué recoger nada. —Llegó a mi lado e intentó que dejara de fregar.

—Hay poco que fregar y quiero hacerlo.

Se secó las manos en el trapo de cocina.

—No insisto más. Si quieres hacerlo, no seré yo el que discuta para que no lo hagas.

Recogió los manteles individuales y le pasó un paño a la isla para limpiarla bien. Después de dejarla limpia, se volvió a sentar en el mismo taburete en el que había estado antes. Podía sentir su mirada clavada en mi espalda, porque no creía que fuese en el culo; no le había gustado antes, y mucho menos le iba a gustar ahora.

—Puedes preguntar lo que quieras, se nota que lo estás deseando —le dije sin mirarlo.

—¿Dónde trabajas? Estando en el local, dijiste que mañana estabas de descanso.

Menos mal que empezaba por una pregunta sencilla.

—Trabajo en una cafetería, soy camarera. —No sabía qué cara había puesto, ya que no lo miré. Me estaba entreteniendo un poco más de la cuenta en fregar para no tener que hacerlo.

—¿Por qué no trabajas en la empresa de tu padre?

Suspiré flojito para que no lo notara.

—Hace unos años le dije a mi padre cuál era mi sueño. En un principio no se lo tomó muy bien y me dijo que no me iba a apoyar y que, si seguía por ese camino, no contara con el dinero de la familia.

Me sequé las manos y me di la vuelta para enfrentar su mirada. Puse las manos detrás de mi espalda, dejándome caer sobre la encimera.

—Pocos días después se arrepintió de esas palabras y habló conmigo. Me pidió perdón, lo perdoné, pero soy muy orgullosa. —Se notaba que me estaba escuchando con atención, no como esas personas que parecen que te escuchan, pero en realidad no lo hacen.

»Me busqué un trabajo de lo primero que me salió y que podía compaginar con lo que estaba intentando que se cumpliera. Cuando cobré el segundo mes, me busqué un piso que pudiera pagarme y me fui de casa. Desde entonces no he cogido ni un céntimo de mis padres; me mantengo con lo que gano.

—¿Cuál era tu sueño?

No quería decírselo para que no se riera de mí.

—Si no te importa, eso me lo voy a guardar para mí, sobre todo porque no lo he conseguido y no creo que lo haga ahora, con la edad que tengo. Pero soy feliz viviendo como lo hago —le sonreí con cierta tristeza, porque me había dado cuenta de que me había rendido y asumido lo que era.

—Respeto que no me lo quieras contar, no tienes obligación de hacerlo. —Jamás pensé que iba a tener este tipo de conversación con Héctor. Os prometo que, si alguna vez alguien me lo hubiera dicho, me habría dado un ataque de risa—. ¿Te puedo preguntar algo más?

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué tu madre quiere buscarte pareja? Digo, aparte de que quiere que sientes cabeza, según ella.

—Pues por eso. Según ella, si tengo pareja me dejaré de tonterías, trabajaré en la empresa y podré llevar una vida un poco más «desahogada».

—Hice las comillas con los dedos. Al levantar los brazos, la camiseta se me subió un poco, provocando que la mirada de Héctor fuera a parar a mis piernas.

»Lo que no sabe ella, o no quiere saber, es que a mí el dinero me da igual. A ver, no te voy a mentir, es verdad que si tuviera un poco más me podría dar ciertos caprichos que ahora no me doy, pero tampoco pasa nada por no hacerlo.

—Me estás dejando sin palabras, te lo digo de verdad. —Se pasó las manos por la cara, como si estuviera un poco agobiado o nervioso—. Te quiero pedir perdón.

Nunca me había hecho nada. Puede que no me hablara mucho, pero tampoco había sido maleducado ni cruel conmigo.

—No tienes que disculparte, no me has hecho nada —le contesté.

—Sí, sí que te he hecho. Porque desde el primer día que te conocí te juzgué. Creí que eras una niña malcriada y consentida que vivía a costa de sus padres sin dar palo al agua, y por eso nunca tuve mayor acercamiento contigo.

¿En serio por eso nunca me había dado la oportunidad de tener una relación cordial conmigo?

—Vaya... no sé qué decirte. De todos modos, no me pilla por sorpresa. Desde siempre se ha notado mucho que no era santo de tu devoción. —Me daba pena que me hubiera juzgado sin molestarse en conocerme.

»No pasa nada. Estoy más acostumbrada de lo que crees a que me juzguen sin conocerme. No eres la primera persona ni serás la última.

Llegados a ese punto, lo único que me apetecía era irme a mi casa y meterme en la cama para llorar un rato a gusto.

Estaba cansada de que la mayoría de las personas pensaran que era superficial por el simple hecho de ser alta, rubia y tener buen cuerpo, o porque vistiera bien.

Estaba cansada de que pensarán que era una tonta que no sabía ni dónde tenía la cara, o que creyeran que a mí no me podían doler las palabras porque no las comprendiera. Estaba cansada de todo eso.

—Te prometo que lo siento mucho. —Parecía arrepentido de verdad.

¿Pero de qué me valía que se disculpara ahora, cuando había estado más de ocho años pensando así de mí en vez de molestarse en averiguar si era cierto o no?

—No pasa nada, Héctor. —No me apetecía seguir hablando, porque si lo hacía se iba a dar cuenta del daño que me había hecho—. Si no te importa, me gustaría acostarme. Me duele un poco la cabeza.

Se levantó del taburete.

—¿Quieres una pastilla?

Si le decía que no, se daría cuenta de que estaba poniendo una excusa para irme.

—Te lo agradecería, y que también me dijeras dónde puedo dormir.

En un lateral de la cocina había una puerta blanca. Fue hacia allí; supuse que era la despensa y donde tendría el botiquín.

—Es un ibuprofeno —dijo, ofreciéndomelo—. Puedes dormir en la misma habitación en la que te has despertado; yo dormiré en otra.

No, eso sí que no.

No iba a venir de la calle y quitarle su dormitorio. Por ahí no pasaba.

—No voy a dormir en tu cama.

Sé que soné muy brusca y que se lo podía llevar por otro camino en vez del real.

Joder, que yo no era así. Si no te gusta que te hagan una cosa, no la hagas tú. Era lo que siempre me repetía.

—Perdón, no ha sonado muy bien —añadí—. Quiero decir que no quiero dormir en tu cama para no quitártela a ti, no es por otra cosa.

Me giré para coger el vaso de agua.

Dios, anda que ya te vale, Caro, pensé, sin decirlo en voz alta, aunque ese día mi cerebro no estaba funcionando muy bien.

—Carolina. —Me cogió de la mano para llamarme la atención—. Sé que no hemos tenido muy buena relación; soy consciente de que ha sido por mi culpa.

Nos mirábamos cara a cara, sin que Héctor me soltara la mano.

—No quiero que te sientas incómoda, por favor.

¿Cómo no iba a hacerlo, si era el hombre que hacía que mi corazón se acelerara?

Yo pensé que esos años sin verlo me habían ayudado a olvidarlo o, por lo menos, a dejar de sentir tanto por él.

Una auténtica mierda, porque era el segundo día que lo veía desde que había regresado y mi corazón latía por él más fuerte que nunca.

—No lo hago, pero tampoco voy a tener la cara dura de abusar de ti más de lo que ya he hecho.

Me soltó la mano. Creo que me entendió.

—En la planta de arriba hay tres habitaciones; todas tienen su baño. También hay cepillos de dientes nuevos. Puedes escoger la habitación que más te guste. —Me miró por última vez antes de dirigirse hacia su habitación—. Que descanses, Carolina.

La manera en la que había pronunciado mi nombre me puso los pelos de punta. No porque me hubiera asustado, sino porque quería que lo repitiera en un susurro después de haber devorado mi boca.

—Buenas noches, Héctor.

Capítulo 12



Héctor

No podía dormir. Me sentía mal después de que Carolina se abriera de esa manera conmigo, no después de la poca relación que habíamos tenido desde que nos conocíamos.

No sé qué hora era cuando, desesperado de dar vueltas en la cama, decidí levantarme, abrir las puertas que daban a la terraza y salir a dar un paseo. Tal vez eso me hiciera sentir un poco mejor y así poder dormir algo.

Creo que estuve andando más o menos una hora. Volví a entrar y fui directo a la cocina a por un vaso de agua fresca.

Con él en la mano me di la vuelta para regresar a mi habitación. Estaba claro que no llegué; me quedé a medio camino.

Si no hubiese sido por ese moño mal hecho y el color de pelo, no me habría dado cuenta de que Carolina estaba sentada en el sofá, abrazando sus rodillas y con la mejilla apoyada en ellas.

Tan concentrada estaba en lo que fuese que estuviera pasando por su mente que no se había dado cuenta de mi presencia.

Estaba completamente seguro de que había tenido que bajar mientras yo había dado el paseo. Antes no había podido hacerlo; yo no había pegado ojo

desde que me metí en la cama, por lo que creía que había sido en ese intervalo de tiempo.

Me fui acercando despacio al sofá, no quería que se asustara. Me senté a su lado y puse el vaso de agua sobre la mesa baja que había delante. Fue entonces cuando se dio cuenta de mi presencia.

No dijo nada. Solo me miró y, cuando esos ojos verdes chocaron con los míos, sentí como si el suelo temblara bajo mis pies. Todavía tembló mucho más cuando me dedicó una sonrisa dulce; no era de esas sonrisas que te llenan los ojos de felicidad, simplemente era dulce.

—¿Estás bien? —No la conocía mucho, porque nunca me interesé en hacerlo, pero podía notar cierta tristeza.

—No puedo dormir, estoy dándole muchas vueltas a la cabeza. —No apartó la mirada de la mía—. Creo que mi madre tiene razón en cierta medida. A ver, no voy a salir con ese hombre ni con ningún otro porque ella me lo diga. —Sentí alivio al escuchar esas palabras, y que me provocara ese tipo de alivio me confundió todavía más.

»Quiero decir que quizá va siendo hora de que empiece a formar parte de la empresa, aunque no me guste trabajar de ello.

—No lo hagas. No hagas nada que no te apetezca. Que le den a todo el mundo; eres tú misma la que tienes que mirar por tu felicidad. —No me gustó nada cómo la vi en ese momento.

—No es que no me termine de gustar, es que me gusta mucho más el trato con las personas. Eso de quedarme encerrada en un despacho no va conmigo, y mira que terminé la carrera de Dirección de Empresas. —Joder, cada vez me asombraba más. No solo no era una malcriada que no hacía nada, es que encima había estudiado una carrera.

Era increíble la lección de vida que me estaba dando sin ella saberlo. Ahora mismo lo único que me apetecía era abrazarla y estrecharla con fuerza contra mi pecho.

—Da igual que no te disguste del todo; si no es lo que te hace feliz, no tienes que hacerlo —le contesté.

—¿Realmente hay algo que nos haga felices por completo? —Esa pregunta me descolocó por completo. Había que pensar mucho la respuesta, porque era verdad: nunca éramos felices del todo, siempre nos hacía falta algo más.

—Es una pregunta que no todo el mundo puede contestar o sabe hacerse. —Me quedé un poco pensativo—. Hubo un tiempo en el que creí que sí tenía esa felicidad por completo. Después me di cuenta de que todo había sido un espejismo, pero estoy seguro de que algún día lo seré de verdad.

Le dije esas palabras porque estaba convencido de ellas. No era para que se sintiera mejor; no buscaba eso. Quería que viera la verdad de mis palabras.

—¿Te puedo preguntar algo? Es personal y, si no quieres contestar, no pasa nada. —Lo menos que podía hacer era ser igual de sincero que ella lo había sido conmigo.

—Puedes preguntar lo que quieras. —Me giré un poco para mirarla de frente. Puse una pierna por debajo del muslo de la otra y me senté cómodo.

Me estaba sintiendo muy a gusto ese día. Creo que por fin, después de tantos años, nos estábamos conociendo.

—¿Por qué te has divorciado? Solo sé que lo has hecho, pero mi hermano no me ha dicho nada más. —Sabía que me iba a preguntar por eso—. Y no pienses que he estado preguntando por ti. —Me señaló con el dedo, acompañando el gesto con una risilla, casi a la defensiva.

»Me lo dijo el día que llegaste, porque quedé para comer con él y, al no ver a Sonia, pregunté por ella. Fue entonces cuando me enteré de que habías vuelto y del porqué.

Me hizo un poco de gracia que se justificara tanto, como si necesitara dejar claro que no había sido curiosidad, sino casualidad.

—A la única a la que le he contado el verdadero motivo ha sido a mi hermana. Supongo que ella se lo habrá dicho al tuyo y que, si él no te lo ha contado, será por no traicionar la confianza de su pareja. —Dios, qué ojos tan bonitos tenía; me costaba seguir hablando sin perder el hilo—. No voy a dar vueltas y te lo diré de golpe.

Dejó de apoyar la mejilla en sus rodillas para enderezar la cabeza, prestándome toda su atención.

—Básicamente, la pillé en el baño de mi casa con un amigo. Y lo peor es que ni se cortaron. Vamos, que organizamos una cena con la otra pareja, porque él vino a mi casa con su mujer. No era la primera vez que venía, así que he dado por hecho que no fue la única vez que nos engañaron.

—Joder —fue lo único que dijo.

Me resultó curiosa su reacción; se veía tan inocente que parecía que le costaba asimilar cómo alguien podía llegar a hacer algo así.

—Imagino que ha tenido que ser duro —añadió.

Más de lo que ella se imaginaba, porque había querido mucho a Giulia. Eso, sin embargo, me lo guardé para mí.

—No te voy a negar que lo fue, sobre todo darte cuenta de que has estado viviendo en una mentira —le admití.

—¿Sabes una cosa? —Se soltó las rodillas para apoyarse y ponerse más cómoda contra el respaldo del sofá—. Me está gustando mucho hablar así contigo. Creí que me iba a sentir un poco incómoda; de hecho, después de la cena sí lo estaba, pero ahora me siento bien.

»No sé, es algo raro, porque al fin y al cabo nunca hemos sido amigos. —Hizo un gesto de lo más gracioso, arrugando la naricilla, como si algo no le gustase del todo.

—Por increíble que parezca, yo también me siento cómodo hablando contigo, y lo de increíble no lo digo por mí. —Hice lo mismo que ella: me apoyé en el respaldo, dejé caer la cabeza y cerré los ojos.

No porque tuviese sueño; lo hice por lo a gusto que me encontraba. Fue uno de esos momentos en los que no necesitas hablar. Nos quedamos en silencio, pero fue un silencio cómodo.

—¿Te apetece un poco de helado o prefieres irte a dormir? —pregunté después de un rato.

—Depende del sabor de helado que tengas —me contestó.

—Tengo de chocolate negro y creo que de turrón. —No estaba seguro, ya que la compra la había hecho Lola. Di por hecho que había de esos dos sabores porque eran los que más me gustaban.

—Me has ganado con el de turrón. Si no tienes, el de chocolate también me gusta mucho. —Me levanté del sofá para ir a por ellos—. Quédate aquí, yo voy —le dije al darme cuenta de que se iba a levantar.

Solo había de chocolate. Ya me encargaría de comprar el de turrón por si venía Carolina otro día, pensé mientras cogía las cucharillas.

Unos segundos después me di cuenta de qué estaba pensando. Fue uno de esos pensamientos que se te pasan por la mente sin que te des cuenta.

—Solo hay de chocolate, lo siento —dije cuando me volví a sentar a su lado.

—No hay nada que sentir, me encanta. —Puse la tarrina de helado entre los dos—. ¿Te vas a quedar mucho tiempo aquí o piensas volver pronto? Mi hermano me ha dicho que has venido para quedarte, pero no sé por qué me da la sensación de que no es así. —Desde luego, esta mujer sabía leerme mejor que mi propia familia.

—En un principio me voy a quedar, teniendo en cuenta que de vez en cuando tendré que ir... —Se llevó la cuchara a la boca.

Jesús bendito. El gemido de placer al saborear el helado hizo que un escalofrío me recorriera el cuerpo... y lo que no era el cuerpo. Imagino que me habéis entendido.

Aunque, si hubiese sido solo eso, no habría sido tan grave como estar viendo cómo chupaba la cuchara mientras me escuchaba hablar, con esa atención suya que parecía sincera, casi inocente, y que resultaba todavía más peligrosa.

Con esa imagen delante de mí, a ver quién era el guapo de mantener una conversación normal mientras intentaba, por todos los medios, que no se me notara la erección que me estaba provocando. Porque no era solo el gesto, era la naturalidad con la que lo hacía, la forma en la que sus labios rodeaban la cucharilla sin darse cuenta del efecto que tenía en mí.

Joder, hacía muchísimo tiempo que no me excitaba tanto, ni de una manera tan inesperada.

No iba a caer en el juego de ser tan bajo y comparar a una mujer con otra, y mucho menos comparar lo que una me había provocado en su tiempo con lo que me provocaba ahora Carolina, porque ella no se merecía esa comparación. No era justo ni para ella ni para mí.

No porque fuera ni mejor ni peor, sino porque cada una era distinta, con su propia forma de ser, y no tenían absolutamente nada que ver entre sí.

La cuestión es que me puso malo, pero malo de verdad, de ese modo en el que el cuerpo manda y la cabeza se queda en segundo plano, intentando inútilmente recuperar el control.

Os juro que no sabía ni de qué me estaba hablando; solo sabía que no podía apartar la mirada de esa boca mientras chupaba la cucharilla, siguiendo cada uno de sus movimientos como si de ello dependiera mi respiración.

—Pues sigo pensando que vas a volver, que solo has venido porque necesitabas poner tierra de por medio. —Se encogió de hombros como quien no quiere la cosa—. Claro, que esa es mi percepción.

—Estás muy segura de ello. —Me fui acercando a ella sin darme cuenta, invadiendo poco a poco su espacio. Quizá fue por el deseo que me había provocado o por las ganas irrefrenables que tenía de probar esos labios—.

Yo diría que me conoces mucho mejor que mi propia familia. —Joder, la deseaba mucho, más de lo que estaba dispuesto a admitir—. No sabes lo que está provocando en mí ver cómo lames esa cuchara. —Se lo tenía que decir, y eso hice.

Capítulo 13



Carolina

No podía estar diciendo eso. Cuando dijo esas palabras solté la cuchara en la mesa; lo hice tan rápido que parecía que me había quemado la mano, pero fue por el miedo que me dio.

No miedo a que me pudiera hacer algo malo, miedo a sentir y soñar que, por fin, después de tantos años, me había visto, se había dado cuenta de que existía.

Las manos me temblaron y, para evitar que se diera cuenta, las entrelacé sobre mis piernas.

—Creo que lo mejor es que me vaya a dormir. —Me puse de pie—. Muchas gracias por todo, Héctor. —No supe ni cómo fui capaz de levantarme.

—No te vayas todavía, no huyas como lo hiciste antes. —Me detuvo cogiéndome de la muñeca. Se levantó, poniéndose delante de mí para cortarme el paso—. Estábamos bien.

—Sí, pero hablando como amigos, conociéndonos sin pretender nada más —le contesté como pude.

—Y eso es lo que estamos haciendo. —Os prometo que mi intención no fue mirar su miembro. Juro que bajé la vista hacia mis pies para evitar

clavarla en sus ojos, pero el bulto bajo esos pantalones de pijama era tan evidente que no pude impedir que se me escapara la mirada—. Si te he incomodado, lo siento; no era mi intención. —Aunque lo cierto es que no buscaba incomodarme, sino provocarme, y eso estaba más que claro.

—No es incomodidad lo que me has provocado. —No, no lo había hecho; me había provocado otra cosa mucho peor—. Por eso mismo es mejor que me vaya y dejemos las cosas como están.

—¿De qué tienes miedo? —Cada vez estaba siendo más lanzado, al menos en las preguntas que me hacía—. Somos adultos. Has podido notar que me atraes; yo también he visto cómo me miras cuando piensas que no me fijo —¿Ahora lo atraía? Hasta ese momento había creído todo lo que me había dicho, pero esto... esto no.

No negaba que le pudiera haber provocado una erección, pero como se la podría haber provocado otra persona, no porque yo le gustara.

—Creo que te has confundido. A lo mejor tiene que ver con lo mal que lo has pasado o quizá te he podido dar un poco de pena. La verdad, no sé lo que ha podido ser, pero no creo que te atraiga de esa forma.

Intenté que soltara mi muñeca. No lo hizo; su agarre se hizo más fuerte. No me estaba haciendo daño porque no apretaba hasta ese punto, simplemente no quería soltarme.

—Nunca te has fijado en mí. ¿Por qué ibas a hacerlo ahora? —añadí.

—¿Quieres que sea sincero? —Le dije que sí con la cabeza—. Siempre me has parecido una mujer preciosa, con un cuerpo de escándalo, eso no lo puedo negar —Dios, ¿por qué tenía que hablar mirándome de esa forma y tan cerca de mis labios?—, pero tenía un concepto equivocado de ti.

»Por eso nunca he tenido un acercamiento contigo; eso y que cuando te conocí tenía pareja. Después me fui, la dejé y allí conocí a mi exmujer, pero no dudes de que me provocas muchas cosas. —*Virgencita, dame fuerzas para no caer en la tentación, pensé.*

—Lo siento, pero no puedo dejar que pase nada entre nosotros —le dije en un susurro.

La mano con la que me sujetaba la muñeca la puso en mi cintura, tirando un poco de ella para acercarme a su cuerpo. Con la otra mano me levantó el rostro por la barbilla.

—¿Por qué? ¿Qué tendría de malo? —*No te acerques más a mí, por favor*, le rogué en silencio.

—Por la unión que hay entre nuestras familias, porque si damos el paso esta noche y llegamos a algo más, mañana te puedes arrepentir y no quiero tener que sentirme incómoda cada vez que nos veamos.

»No quiero que me vuelvas a hacer esos vacíos que siempre me has hecho, antes por no conocerme y ahora por arrepentimiento. —*Hala, si él estaba siendo sincero, yo también lo iba a ser.*

—Lo que pase entre nosotros no tiene que interferir en la familia. Estoy seguro de que vamos a saber comportarnos como los adultos que somos. — La mano de la barbilla la llevó a la nuca, acercándome un poco más a sus labios.

»No pienses en el mañana, no pienses en nada que no sea en nosotros y en el ahora, en lo que sientes, en lo que quieres. Solo déjate llevar. —Las últimas palabras las dijo con nuestros labios rozándose.

Dios, cómo me apetecía dar el paso y morder esos labios carnosos que tenía. El cuerpo me temblaba por culpa del deseo que tenía de tocarlo y de que me tocara.

—Sé que, si me dejo llevar, voy a terminar estrellándome —le reconocí, poniendo mis manos sobre su pecho. Fue tocarlo y sentir cómo su respiración se aceleró al momento—, pero prefiero estrellarme a quedarme con las ganas de pasar la noche contigo. —Al terminar de decir esas palabras, soltó un suspiro fuerte antes de estrellar sus labios contra los míos.

Sus labios eran suaves, calientes, húmedos, de esos que te puedes pasar horas besándolos sin llegar a cansarte, de esos que te incitan a dar un paso

más.

Jadeé contra ellos, porque besarlos fue mucho mejor de lo que me había estado imaginando durante todos estos años. Quería que nunca se cansara de besarme, que siempre quisiera más de mí, porque yo sabía que nunca me iba a cansar de él; siempre me iba a saber a poco todo lo que me diera.

—¿Estás segura? —me preguntó en un susurro—. No quiero que te arrepientas o que lo hagas por mí, porque te puedo asegurar que yo no me voy a arrepentir.

—Estoy segura —le confirmé. Nunca en mi vida había estado más segura de nada como lo estaba en ese instante.

Me daba igual lo que pasara al día siguiente, pero esta noche la iba a disfrutar sin remordimientos.

Me cogió por las dos mejillas para profundizar el beso. Si antes, solo con el roce, me había parecido un sueño, ahora, cuando me hizo abrir la boca introduciendo su lengua en mi interior, el choque entre ellas me llevó a ver las estrellas.

Le rodeé el cuello con los brazos; una mano la enredé en el pelo de la nuca, tirando un poco de él. Me iba encendiendo por momentos, igual que él, que se pegó por completo a mi cuerpo, haciéndome notar lo excitado que estaba cuando comenzó a rozarlo con mi vientre.

Fui yo la que dio el paso de desnudarlo. Metí las manos por debajo de su camiseta, le toqué los costados, despacio las llevé a sus abdominales —y qué abdominales tenía—. Las fui subiendo por el centro de su pecho hasta llegar a los hombros.

Mientras tanto, el beso fue subiendo de intensidad, una tan fuerte que parecía que me iba devorando.

Volví a bajar las manos por su torso con demasiada lentitud. Llegué al bajo de su camiseta, la cogí con las dos manos y tiré de ella para quitársela.

Era la primera vez que veía a Héctor desnudo; bueno, medio desnudo, porque todavía le quedaba la parte de abajo.

Cuando enganché los dedos en la cintura de su pantalón para quitárselo también, me detuvo separando su boca de la mía. La anhelé en el instante; quería, no, más bien necesitaba que siguiera besándome.

—Me toca —dijo de modo juguetón—. Una prenda por otra.

Al igual que hice con él, hizo conmigo.

Metió sus manos por debajo de la camiseta que me había prestado, recorrió mis caderas, cintura, costados, llegando a los laterales de los pechos.

Iba dejando lentas caricias con las puntas de los dedos por mi cuerpo, incendiando todo a su paso, quemándome con cada roce, con cada toque.

—Haces que mi cuerpo arda por ti —pronuncié cuando sus manos llegaron a mis pechos.

Dejé caer la cabeza hacia atrás, presa del placer que me estaba proporcionando con su toque.

Llenó sus manos con mis pechos, los amasó con suavidad y con la misma suavidad los estrujó.

Me estaba costando mucho mantenerme en pie y él se dio cuenta de ello, por lo que me cogió por debajo de los muslos para alzarme y que rodeara sus caderas con mis piernas.

Le cogí de la parte de atrás del pelo, tiré de él obligando a que despegara su boca de la mía.

Necesitaba coger un poco de aire; las ganas de hincarle los dientes en su hombro iban ganando terreno y el roce de su miembro endurecido me estaba consumiendo.

Estaba tan húmeda que no recordaba haberme puesto así nunca. Mis braguitas estaban empapadas y creo que mi humedad llegó hasta sus pantalones, manchándolos. Me dio igual, porque el deseo que había provocado en mí no tenía con qué compararlo.

Sin dejar de caminar, llegó hasta el lateral de su cama. Me soltó de pie junto a él, agarró el bajo de mi camiseta sacándomela por la cabeza. Alcé los brazos para facilitarle la tarea.

—Eres maravillosa. —Di un paso hacia atrás—. Perfecta.

Creo que las ansias por dar un paso más le estaban consumiendo igual que a mí, porque ninguno de los dos tuvo paciencia para seguir desnudándonos con lentitud.

Él mismo cogió la cintura de sus pantalones junto al bóxer, bajándoselos de un tirón hasta las rodillas. De ahí cayeron por su propio peso hasta los tobillos. Se libró de ellos dándoles una patada y mandando las prendas, vete tú a saber dónde, porque la verdad, no perdí el tiempo en averiguarlo.

Desde luego, no lo iba a perder con la imagen que tenía ante mi cara. Madre mía, este hombre estaba para chuparlo y no dejar ni los huesos de su cuerpo.

Era una obra de arte; todo su cuerpo estaba en sincronía, no había nada en él que desentonara con el resto.

—No te cortes en mirar, que yo no lo voy a hacer —pronunció, dando un paso hacia mí.

Fue Héctor el que me hizo dar la vuelta, quedando mi espalda justo delante de su pecho.

Con cuidado y sin dejar de repartir besos por el centro de la columna, me desabrochó el sujetador. Dejé caer los brazos a los lados para que cayera a mis pies.

Siguió bajando con esos besos, llegando al trasero. Por encima de las braguitas, mordisqueó las nalgas hasta cansarse. Introdujo los pulgares en los laterales, comenzando a arrastrar esa prenda a lo largo de mis piernas.

—Déjate caer sobre la cama —me dijo de rodillas a mi espalda.

Lo miré por encima del hombro. Le dediqué una mirada cargada de lujuria, de deseo, de querer mucho más.

—Hazme caso, te prometo que te va a gustar. —Me volvió a besar la nalga. Fue con un beso mucho más húmedo.

Hice lo que me dijo. Dejé caer mi pecho sobre el colchón, puse mis manos a modo de almohada, apoyando la mejilla sobre ellas. Las puse así porque no tenía ni idea de qué hacer ni de qué iba a hacer él.

Cogió cada uno de mis tobillos, obligándome a separar las piernas tanto como me era posible.

—Dios, he muerto y he subido al cielo o lo mismo he bajado al infierno. Supongo que lo descubriré dentro de poco. —Su aliento me fue dando directo a mi sexo.

Lo sentí sonreír cerca de mí al darse cuenta de que todos los vellos de mi cuerpo se me erizaron.

—Disfruta, esto es para tu placer. —Pasó la lengua desde el principio de mi sexo hasta llegar por completo a la parte de atrás—. Por Dios, ahora que te he probado, desde luego va a ser mi mayor placer. —Ronroneó sobre mi vagina.

Se dedicó a chupar, lamer y morder tanto como quiso. Cada vez que notaba que estaba llegando al límite y que estaba a punto de alcanzar el orgasmo, se detenía. Le dio igual que le suplicara para que me dejara llegar; no lo hizo.

Me sentía frustrada, pero a la vez tenía que reconocer que el placer que me estaba dando era el mayor que me habían dado en mi vida. Estaba

segura de que iba a ser el orgasmo más grande que mi cuerpo alcanzaría jamás.

—Por favor, ya no puedo más —le volví a rogar.

Capítulo 14



Héctor

Con ese último ruego que escuché salir de sus labios, le metí dos dedos, curvándolos un poco para llegar justo donde sabía que tenía el punto G.

—Ahora sí, déjate llevar y disfruta. —Cuando apretó su vagina en torno a mis dedos, estuve a punto de correrme; no me quería ni imaginar cuando la sintiera alrededor de mi miembro—. Joder —dije cuando se dejó llevar sobre mis dedos.

Cuando los espasmos del placer fueron abandonándole el cuerpo, le saqué los dedos de su interior y me los llevé a la boca, disfrutando de su sabor. Sabía que, a partir de ahora, iba a ser mi sabor favorito.

—Quédate ahí. —Me levanté del suelo para ir al baño y buscar los preservativos.

—No te preocupes, no soy capaz de moverme; vamos, que sigo respirando de milagro —dijo casi sin voz, de tanto que la había hecho gritar.

—Esa era mi intención, que no te puedas mover de mi cama en tres días —dije con una sonrisa.

—Oye, guapo, a ver si voy a ir pasado mañana a trabajar con agujetas —dijo con una risilla floja.

—Si por mí fuese, te puedo asegurar que no irías. —Cogí los preservativos de debajo del lavabo e hice el camino de vuelta con uno puesto.

No quería perder ni un segundo más, necesitaba estar en su interior sin demorarme más tiempo.

Lo mío había sido aguantar para no hacerla mía en el mismo momento en el que llevó sus manos a mi cuerpo, empezando a tocarme por todo el pecho.

De pie, detrás de ella, dejé caer mis manos a cada lado de su cabeza. Le di un beso a un lado de su cuello.

Las piernas las puse a ambos lados de las suyas, bajé un poco la pelvis, posicionando la cabeza de mi pene en la entrada de su vagina.

El calor que desprendía su cuerpo llegaba hasta mi miembro, y eso que todavía no la había penetrado.

Me dejé caer un poco más sobre su cuerpo, dejando que mi pecho estuviera en contacto con su espalda. Comencé a introducirme en su interior; lo fui haciendo con lentitud, sintiendo cómo centímetro a centímetro me iba rodeando el pene, dejando que el calor que emanaba de su cuerpo me robara el aliento... y yo diría que me robó mucho más.

—Ah... —gimió cuando estuve totalmente dentro de ella—. Héctor.

—Joder —dije con los dientes apretados, intentando retenerme y no moverme hasta que se adaptara a mi tamaño—. El paraíso no tiene nada que ver con lo que me haces sentir. —No sabía ni cómo había sido capaz de pronunciar esas palabras.

—Creo que, si te quedas un poco más así, puedes hacer que me corra sola. —Joder, esta mujer era puro fuego. ¿Cómo cojones no me había dado cuenta antes de cómo era?

Porque te pensabas una cosa y también estabas casado, gilipollas, me dije a mí mismo.

No, tenía que correrse con mis embestidas.

Salí de ella muy despacio, sin llegar a abandonarla del todo; aun así, ya echaba de menos sentirme dentro. Pensar en volver a tenerla entre mis brazos o debajo de mi cuerpo iba a convertirse, para mí, en un auténtico infierno.

De un empujón me vi de nuevo en su interior. A partir de ahí no paré, no me detuve, por mucho que el sudor me corriera por la espalda; no lo hice hasta que Carolina llegó a su segundo orgasmo.

Cuando lo hizo, fue como si estuviera flotando, dejándome llevar a la deriva.

Me quité de encima de ella. Me senté en el filo de la cama, tirando de su mano para que se levantara y fuese ella la que me hiciera llegar al final de mi placer.

No hizo falta que le dijera nada; me entendió con la mirada. Pasó una pierna por encima de las mías, sentándose a horcajadas, y ahora sí que podíamos besarnos mientras nos hacíamos el amor.

Puede que la palabra amor no fuese la más indicada, porque de eso no había por ninguna de las dos partes, pero tampoco era follar. Creo que estábamos en un punto intermedio.

Se movió encima de mí como una diosa. La fui ayudando a subir y bajar sobre mi longitud. Los jadeos, gemidos y suspiros fueron los únicos sonidos que se escucharon dentro de esas cuatro paredes.

Con un grito de ella y casi un gruñido mío llegamos a la cúspide del placer.

—Lo siento mucho por ti, pero no me pienso mover, y no es porque no quiera, es que no puedo —murmuró casi sin fuerzas, con parte de su rostro

apoyado en mi hombro.

La verdad es que era graciosa sin pretenderlo.

Le di un beso en su hombro, puse las manos debajo de sus nalgas para levantarnos a los dos juntos, aunque ella se creyó otra cosa.

—Ni se te ocurra pensar que vamos a tener más sexo esta noche —me dijo; me reí al escucharla.

—Tranquila, que, aunque te parezca mentira, yo también necesito recuperarme —dije, aguantándome las ganas de soltar una gran carcajada—. Pero te diré que se te da muy bien subir el ego a un hombre, porque, si dices eso, es porque he hecho muy bien mi trabajo. —Me dio un pequeño manotazo en el hombro.

—Oye, que yo también he hecho parte de ese trabajo. —Quiso parecer indignada; claramente falló al no poder aguantar la risa.

—Vamos a darnos una ducha, estoy seguro de que así los dos recuperaremos antes las fuerzas para volver a empezar. —Era broma.

—Mira, guapo, el agujerito de ahí abajo se cierra esta noche por problemas internos. —La madre que la parió, era increíble lo que me hizo reír.

—Pues no es por nada, solo te estoy informando de que ahora mismo sigue abierto, muy abierto diría yo.

—Eso es porque el túnel ha sufrido un pequeño colapso; en cuanto todo empiece a circular correctamente, ya verás lo pronto que cierra las puertas. —Me levanté con esfuerzo, y no era por lo que ella pesaba, fue porque no podía dejar de reírme.

Nos metimos en la ducha cuando comprobé que la temperatura del agua era la correcta. Al soltarla en el suelo y ver que estaba bien para mantenerse en pie por sí sola, volví a salir para tirar a la papelera el trozo de látex que todavía llevaba puesto.

Cuando llegué al aeropuerto, antes de salir de él, me hice con esa caja de preservativos. La verdad es que no sé ni por qué lo hice; supongo que llegué tan cegado por la rabia que pensé en follar con tantas mujeres como me fuese posible, pero, en cuanto salí, me dije que no lo iba a hacer, que no valía la pena, por lo que la guardé pensando que iba a tardar tiempo en darle uso.

Ahora daba gracias por haberla comprado; de no haber sido así, no hubiéramos podido llegar hasta el final. No le había preguntado si tomaba algún método anticonceptivo, pero me parecía una falta de respeto preguntárselo esa noche.

Era un espectáculo para la vista la imagen que tenía en ese momento delante de mí.

Carolina estaba con la cabeza inclinada hacia atrás, con los ojos cerrados, las puntas del pelo casi rozándole el inicio del trasero, los pechos turgentes y el vientre plano. Era como ver a una auténtica modelo; vamos, que si ella quería, podría haberlo sido.

El agua caía desde arriba como una lluvia; la había puesto de ese modo para mayor comodidad.

Entré dentro colocándome detrás de ella. Le rodeé la cintura con los brazos, atrayendo su cuerpo contra el mío.

No podía decir qué era lo que tenía, pero algo había, porque solo me apetecía abrazarla. No me cansaba de tenerla pegada a mi cuerpo y no era solo con fines sexuales.

Sí, sé que no tenía lógica lo que estaba pensando, puesto que habíamos empezado a tener un mayor acercamiento ese día; pese a eso, no podía dejar de abrazarla o desear hacerlo.

Se había quedado muy callada. No sabía si era el cansancio lo que la tenía así —la noche, el poco descanso, la intensidad de lo que habíamos vivido hacía un rato— o si, simplemente, estaba empezando a pensar demasiado en nosotros y en todo lo que había pasado entre los dos.

—¿Te quedarás dormida de pie? —le pregunté, porque ese silencio no me estaba haciendo sentir cómodo.

—Tengo sueño, no lo puedo negar, pero no creo que tengas que cargar conmigo de vuelta a la habitación que me has dejado. —Estaba pasándome las manos por la cara y ahí se me quedaron cuando la escuché.

—No vas a dormir en otra habitación que no sea la mía. —No pensaba dejar que durmiera alejada de mí.

Lo más seguro es que pensara que nos habíamos acostado y que ya no querría tener más contacto con ella, por lo menos uno tan cercano. Y era verdad que no estaba preparado para mantener una relación, pero tampoco quería que no nos viéramos más.

No sabía a dónde nos llevaría todo esto, pero tenía claro que quería ir descubriéndolo poco a poco.

Estaba claro que no íbamos a salir de allí cogidos de la mano ni íbamos a demostrar nada delante de la familia, sobre todo por si no funcionaba, pero la quería seguir manteniendo cerca de mí.

Por ahora me conformaba con eso; lo demás ya se iría viendo con el paso de los días.

Capítulo 15



Carolina

Hacía un mes que había empezado a mantener una «relación». Sí, lo decía entre comillas, con Héctor, aunque no era una relación al uso.

Bueno, como iba diciendo, había pasado un mes desde que pasé la primera noche con Héctor. Desde entonces nos veíamos siempre que podíamos, o más bien cuando yo podía, porque desde que él había regresado trabajaba desde su casa, excepto cuatro días que había tenido que viajar a Roma.

Lo hacíamos en secreto y, para ser sincera, ya me empezaba a pesar un poco todo aquello. Me daba rabia que, cuando salíamos a cenar con Lorena y con Adrián, nos mantuviéramos alejados, como si solo fuésemos amigos.

Era para matarnos, porque me jugaba las manos y estaba segura de que las perdía, a que Héctor se lo había contado todo a su amigo, igual que yo lo había hecho con Lorena; con ella no guardaba secretos.

Al principio no dijimos nada porque me daba miedo que no saliera bien y no quería que se viera la familia en medio de los dos. También fue porque él me dijo que no estaba preparado para mantener una relación como tal. Lo dejé pasar; me dolió, no lo voy a negar, pero lo acepté. Y después, porque no habíamos vuelto a hablar del tema.

Él, quizá porque estaba cómodo así, y yo por miedo a perder lo poco o lo mucho que tenía junto a él.

Recuerdo que, dos semanas después de que empezáramos, me volvió a preguntar por el sueño que tenía desde pequeña. Fue entonces cuando se lo conté, con miedo a que se riera de mí. No lo hizo. Me apoyó y me dijo que, si quería, me podía ayudar en un principio.

Héctor era el director de una agencia muy famosa de modelos, de esas que solo desfilan para las más grandes marcas.

Así que en mi tejado estaba la pelota. Si quería, me podía ayudar a desfilan, pero no terminaba de convencerme, porque puede que, si me hacía una gran modelo con su ayuda, quizá me ofrecieran algún papel, pero me echaba mucho para atrás. Es que ser modelo no tenía nada que ver con la interpretación, que era lo que de verdad me apasionaba.

Llevaba dándole vueltas desde que me lo dijo, aunque, si digo la verdad, por mucha ayuda que recibiera por su parte, no creía que triunfara. Sobre todo había que tener en cuenta que la mayoría de las modelos eran mucho más jóvenes que yo.

No es que fuese una vieja, ni mucho menos, pero sí había que tener en cuenta que, según para qué profesión, a cierta edad se considera que una persona ya es mayor.

En fin, que últimamente no es que tuviera la cabeza muy en su sitio, o más bien la tenía puesta en tantas cosas a la vez que no era capaz de centrarme.

Esa noche teníamos una cena con toda la familia. Era cosa de mi hermano y de Sonia; por lo visto querían contarnos algunos detalles de la boda, que era dentro de un mes.

Por lo menos, con respecto a la boda, había conseguido dar con el vestido perfecto para ser madrina, pero os contaré cómo es cuando llegue el día; por ahora va a seguir siendo sorpresa.

En esa cena también habían invitado a Lorena, ya que era amiga de mi cuñada, y como iba ella y todos sabían que estaba saliendo con un hombre que era amigo de su hermano, pues también lo invitaron. Vamos, que era lógico que fuesen los dos juntos.

Lo que no era lógico era que yo tuviera que hacerlo por mi lado y sola, y Héctor por el suyo, y encima tener que actuar como siempre nos habíamos llevado delante de toda la familia.

—Tierra llamando a Caro —me dijo, chasqueando los dedos delante de mi cara—. Hoy estás un poco tristona. —Se sentó a mi lado.

Estábamos en mi casa, ya que ella se había venido a arreglarse allí. Adrián pasaría después a recogernos y los tres iríamos juntos a casa de mi hermano, porque, aunque todavía no se habían casado, lo cierto es que llevaban dos años viviendo juntos.

—Tengo tantas cosas en la cabeza que no sé por dónde empezar a ordenarlas —le contesté con sinceridad.

—Ya, sobre todo en la que más piensas, tiene nombre de hombre y un buen pollón entre las piernas. —Nos reímos a carcajadas.

—Calla, descarada —le contesté.

—Todo lo descarada que tú digas, pero lo del pollón no lo has negado. —Me tapé la cara con las manos.

Siempre me había dado vergüenza hablar de estos temas, aunque fuese con mi mejor amiga.

—Ni lo afirmo ni lo desmiento. Con que tú sepas cómo la tiene el tuyo, te sobran todas las demás. —Me levanté para meterme en la ducha o el tiempo se nos iba a echar encima.

—No, si a mí no me importa; con la de mi hombre tengo y me sobra. Lo raro es que todavía pueda seguir andando, porque no me veas los tutes que me da. —Qué cochina era, pero era mi cochina favorita—. A todo esto, no

me cambies de conversación. No me has dicho qué es lo que te tiene tan mustia hoy, aparte de todos esos pensamientos que dices que tienes.

Me fui quitando la ropa de camino al baño; total, estaba harta de que Lorena me viera en pelota.

—Ya te lo he dicho, es un cúmulo de cosas —hablé un poco más alto para que me escuchara.

—A mí no me engañas. Todos esos pensamientos pueden hacer que te agobies, pero la tristeza que tienes en la mirada no es por eso, así que desembucha si no quieres que te ahogue. —Se vino al baño para que pudiéramos seguir hablando normal, sin tener que alzar la voz.

—Me duele tener que seguir viéndome con Héctor a escondidas —admití—. Me gustaría poder darle un beso cuando me apeteciera, poder coger su mano o sentir un abrazo suyo. —Tomé una bocanada de aire—. No sé, Lore, todo esto del secreto al principio estaba bien, pero veo que, si sigo así, Héctor se va a acostumbrar y yo no quiero una vida de mentira.

—¿Y por qué no hablas con él? ¿Qué te está impidiendo hacerlo? Puede que al principio fuera, como tú has dicho, por precaución, pero desde mi punto de vista, creo que Héctor se ha acomodado a hacer una vida de soltero ante todo el mundo, pero que por las noches tiene a alguien que le calienta la cama.

Esas palabras dolían, pero dolían porque eran verdad.

—Puede que sea dura, o que te lo parezca, pero es así. Tiene a mano a una tía a la que se folla cada vez que tiene ganas y que no le puede reclamar nada, porque se supone que no tenéis nada. Mientras tanto, la que sufre y lo pasa mal eres tú.

—No sé qué hacer. Lo que sí tengo claro es que no quiero esto para mí. Prefiero no tenerlo a tenerlo a medias —listo, por fin lo había dicho.

—¿Por qué no hablas con él? Si te dice que quiere seguir como hasta ahora, es porque no siente nada por ti. —Tenía razón—. Y perdona que te

diga, pero vales demasiado como para estar escondida dentro de una relación. Tía, es que parece como si fueses su amante y tuviera miedo de que su mujer lo descubriera.

—Joder, Lore, me acabas de poner los pelos de punta. —Salí de la ducha, envolviéndome en una toalla—. Héctor no ha mentido en eso, no tiene sentido que lo haga. Además, si no fuese así, digo yo que tu chico te habría dicho algo.

—¿Y si le ha mentido también a él?

No creía que fuese eso, pero la capulla de mi amiga ya me estaba sembrando la duda.

—Sinceramente, no creo que ese sea el caso. Más bien creo que es comodidad. —No quería pensar en la posibilidad que me había dicho Lorena.

—Pues habla con él. Que si alguna vez has pecado de algo es de ser sincera, así que coge el toro por los cuernos y no tengas miedo a preguntar o a exigir lo que te mereces.

—Te voy a hacer caso. Esta noche, cuando termine la cena, se supone que me tenéis que llevar a su casa. Me iba... o me voy a quedar a pasar la noche allí, así que voy a aprovechar y hablar con él.

No podía seguir así.

Me hacía sentir insegura. Muchas veces llegué a pensar que se avergonzaba de mí, y esos eran sentimientos muy feos como para tener que sentirlos y vivirlos.

Adrián pasó una hora más tarde a recogernos. Llegamos a casa de Rubén y Sonia los últimos; ya estaban todos allí.

Anda que no había diferencia entre mi familia y yo. Sin ir más lejos, a mi hermano y a mi cuñada no les gustaba ensuciarse las manos y preparar la

cena para su familia, por lo que cada vez que organizaban algo siempre terminaban contratando un catering.

Ojo, que lo veía muy bien, pero yo era más de meter las manos hasta el fondo y prepararlo todo con cariño.

Cuando llegué acompañada por mis amigos —sí, porque puede que Adrián fuera amigo de Héctor, pero también lo consideraba mío—, el primero que vino a saludarnos fue mi hermano.

—Hola, fea. —Siempre solía ser bromista conmigo—. Hoy estás un poco menos fea —dijo, llevándome contra su pecho después de darme un beso en la frente.

—Qué mínimo arreglarme un poco para venir a casa de los marqueses —le contesté con ironía.

—Vaya por Dios, me has rebajado a marqués y yo que pensaba que éramos mínimo duques. —Fingió que se ofendía.

Rubén y yo siempre nos habíamos llevado bien y las bromas entre nosotros estaban a la orden del día.

Aunque estaba centrada en la conversación que mantenía con mi hermano después de haber saludado a todos, no podía dejar de mirar de reojo a Héctor.

Había sido tan frío en el saludo que me había dejado sin palabras. Pensaba que me iba a dar dos besos, como había hecho en otras reuniones desde que habíamos empezado, pero esta vez no. Esta vez me saludó con un gesto de cabeza; ni siquiera fue capaz de acercarse.

—Te voy a contar una cosa, pero me tienes que prometer que no se la puedes decir a nadie —me dijo cuando íbamos de camino al despacho.

Un rato antes había tomado la decisión de dejar la cafetería para empezar a trabajar en la empresa y, para ello, quería hablar primero con mi hermano. Por eso mismo íbamos de camino a su despacho.

—Caro, es importante que no digas nada. Me lo ha contado Sonia sin dejar de llorar.

—Dilo ya, Rubén, que me estás poniendo nerviosa. —Y me estaba preocupando.

—La exmujer de Héctor llamó ayer a Sonia para decirle que su hermano le había pedido que viniera a la boda. Por lo visto, ella le ha pedido perdón y él está planteándose perdonarla.

Los latidos del corazón se me aceleraron de tal manera que creí que se me iba a salir del pecho.

—Tiene que estar muy enamorado de ella para perdonar algo así — siguió hablando, sin darse cuenta de que, con cada palabra que decía, se me iba rompiendo algo por dentro—. El caso es que Sonia pensó que le estaba provocando y fue a hablar con él. No le ha quedado más remedio que admitirlo. Ya sabes que ellos tienen una relación muy parecida a la nuestra y se lo cuentan todo.

No me podía ver la cara, pero sentía que me había quedado sin color. Los ojos me picaban por las ganas tan grandes de llorar que me habían entrado.

Dios mío, aquello tenía que ser una broma de muy mal gusto.

Una cosa era que hubiéramos mantenido todo en secreto y otra muy distinta que se hubiera estado riendo de mí así.

Héctor no podía tener un corazón tan negro; me negaba a pensar que hubiera alguien en esta vida con tan malos sentimientos.

—Caro, ¿estás bien?

—Sí —mentí—. Es solo que esa noticia me ha dejado un poco descolocada, pero bueno, no es mi problema. Cada uno que haga con su vida lo que quiera.

Hice de tripas corazón, intentando poner mi mejor cara, y terminé de hablar con mi hermano de lo que quería.

Un rato después salimos del despacho y fuimos a reunirnos con el resto de los que estaban allí presentes.

Me mantuve en todo momento lo más alejada posible de él. No lo miraba a los ojos, no le hablé... bueno, eso tampoco se me hizo muy difícil, sobre todo porque Héctor no se molestó en hablarme.

Tuve que interpretar el mayor papel de mi vida para que nadie viera lo rota que estaba.

Capítulo 16



Héctor

Me costó un mundo no ir donde estaba Carolina, abrazarla delante de todos y decirle que mi comportamiento no era en realidad lo que parecía.

La realidad era mucho más compleja, pero era algo que, por ahora, no podía decir. Me estaba jugando mucho y no podía ponerme en riesgo, no si quería tener un futuro con la mujer que ahora mismo estaba alejada de mí.

Puede que le estuviera haciendo mucho daño, lo sabía, era consciente de ello, pero no me quedaba otra salida.

Giulia me la había jugado bien, falsificando unos papeles y haciendo parecer que había cometido un gran desfalco a la empresa, así que, para no ir a la cárcel hasta que todo se resolviera, tenía que volver con ella.

En aquel momento fue cuando me di cuenta de la verdadera cara de la mujer con la que estuve casado durante años, de lo mala y dañina que podía llegar a ser.

Me dolía en el alma ver esa mirada perdida en los ojos de Carolina. Me estaba matando no poder acercarme a ella y ser tan frío como estaba siendo.

Me había enamorado de ella, aunque mi comportamiento dijera otra cosa. Había caído a sus pies, se había ganado mi corazón por completo.

El mes que llevábamos juntos la conocí como nunca llegué a conocer a la mujer con la que había compartido tantos años de mi vida. ¿Quién me iba a decir que terminaría enamorándome precisamente de la mujer que siempre me había parecido superficial?

Qué equivocados podemos llegar a estar en la vida. La mujer que creí que no tenía valores y que era solo una caprichosa resultó ser la que tenía el corazón más grande y limpio.

Y aquella a la que siempre vi como noble no era más que una víbora de cuidado.

Héctor: *Te espero esta noche en casa, como habíamos quedado. Necesito hablar contigo; es muy importante.*

Le mandé un mensaje y esperé a que lo leyera.

En cuanto vi que sacaba el teléfono, sabía que me iba a responder al instante.

Joder, no me podía creer que fuese capaz de hacerle el daño que le iba a hacer cuando viniera a mi casa.

Por no decir que estaba seguro de que haber mantenido nuestra relación solo para nosotros ya le había hecho más daño del que ella misma era capaz de reconocer. Creía que no me daba cuenta, pensaba que no la conocía lo suficiente, que no sabía leer lo que callaba.

Cuando, en realidad, podía leerla como a un libro abierto. Pensaba que no veía el anhelo constante en su mirada, ese deseo tan simple y profundo de ser abrazada en cualquier momento y delante de quien fuese, sin esconderse, sin excusas.

Cada día le dolía un poco más. La había llevado tan al límite que había terminado por apagarle el brillo de los ojos, ese que antes aparecía con solo sonreír.

Pero me juré a mí mismo que, en el momento en que todo saliera a la luz, la haría la mujer más feliz del mundo. Le demostraría que la felicidad sí se podía alcanzar y que esa felicidad estaba conmigo, a mi lado, sin sombras ni medias verdades.

¿Cómo no fui capaz de darme cuenta años atrás de que estaba enamorada de mí? Ahora lo sabía. Y no porque me lo hubiera dicho, sino por pequeños gestos, por silencios, por detalles mínimos que fui encajando con el paso de los días, como piezas de un puzle que siempre había estado ahí.

Si no hubiese sido tan capullo, ahora mismo podríamos tener nuestras vidas hechas juntos. Quizá incluso habríamos tenido algún hijo, una casa llena de ruido y rutinas compartidas. Pero no. Yo tuve que ser un auténtico gilipollas, incapaz de ver la realidad que tenía delante de mis narices mientras la dejaba pasar.

Carolina: *¿Pasa algo? Después me acercan Adrián y Lorena, tal y como habíamos quedado. Hoy estás más distante que nunca.*

Vi que, mientras me contestaba, se fue alejando.

Héctor: *No te preocupes, todo está bien. Es que solo tengo que decirte algo importante para mí.*

No me volvió a contestar porque se le acercó su padre y tuvo que guardar el teléfono.

No sé de qué estuvo hablando con él, pero Tomás se veía de lo más contento.

Estaba deseando que terminara la cena para llegar a casa y estar con ella. ¿Era hipócrita por mi parte? Sí, mucho. Porque cuando terminara la noche, todo lo nuestro quedaría roto, hecho pedazos, pero antes necesitaba pasar con ella una última noche, hacerle el amor sin descanso, como si el tiempo se nos fuera a acabar.

Lo necesitaba para coger fuerzas, para poder soportar los meses que vendrían después, esos en los que tendría que mantenerme alejado de ella, fingiendo que no me dolía.

Tenía reservado el vuelo para volver a Roma a la tarde siguiente, y ese billete pesaba más que cualquier maleta.

De verdad que no podía sentirme peor persona de lo que ya me sentía, pero sabía que era necesario si quería tener un futuro junto a ella, aunque ahora ese futuro pareciera lejano y lleno de sombras.

Y, aunque en ese momento fuésemos a sufrir los dos, estaba convencido de que después valdría la pena. Solo esperaba que, durante el tiempo en el que tuviéramos que estar separados, no apareciera otro hombre en su vida y me la arrebatara. No lo pensaba permitir. En el momento en el que destapara toda la verdad, iba a luchar por ella con uñas y dientes, sin reservas.

Dos horas más tarde conducía de camino a mi casa, con la impaciencia recorriéndome las venas ante la idea de verla cruzar la puerta.

Al llegar, me di una ducha. Ya lo había hecho antes de ir a cenar, pero esta vez la necesitaba de verdad, para despejarme, para intentar aclarar la cabeza. Bueno, las ideas las tenía claras; aquello fue más bien un intento de respirar hondo y reunir el valor que me estaba faltando.

Con un pantalón de pijama y una camiseta la estuve esperando otra hora más. No entendía por qué tardaba tanto en llegar cuando, en teoría, ya debería haber estado allí hacía bastante rato.

La llamé, pero no me cogió el teléfono, así que decidí llamar a Adrián para preguntarle si había pasado algo.

—Dime —me dijo cuando contestó.

—¿Te queda mucho para que traigas a Carolina? —Hubo un momento de silencio.

—Héctor, hace casi una hora la dejé en su casa. Nos dijo que no se encontraba bien y que te había dicho que al final hoy no iba a ir a tu casa.
—Me quedé sin palabras.

¿De verdad no había querido venir a casa?

¿Qué te esperabas, gilipollas? Tonta no es y te ha estado viendo distante con ella. No iba a venir oliéndose que le ibas a terminar de romper el corazón.

—Vale, supongo que pensó en decírmelo y después se le olvidó hacerlo
—le contesté.

—No sé qué es lo que le ha pasado, pero de verdad que no tenía muy buena cara —me comunicó.

No quise seguir hablando con él porque quería volver a llamarla con la esperanza de que me contestara. No lo hizo, por lo que me cambié de ropa y fui a su casa.

Desde la calle no se veían luces encendidas y, por más que llamé al timbre y golpecé la puerta, nadie me abrió.

El desasosiego me invadió por completo. La pena me fue comiendo por dentro. No sabía a quién podía llamar para preguntar por ella, sobre todo porque sería raro que llamara a nuestra familia y les preguntara.

Me pasé la noche entera intentando llamarla. Al principio no me contestaba el teléfono, después directamente no daba tono y los mensajes tampoco le entraban.

Dos horas después volví a casa sintiéndome mal. Creo que fue la vez que más pena sentí por algo; ni cuando pillé a Giulia me dolió de esta manera.

Me pasé la noche sin dormir, dándole vueltas a la cabeza. Salía de vez en cuando a dar un paseo por la playa, a ratos me tiraba sobre la cama y en

otros me sentaba en la oscuridad de la cocina con un vaso de alcohol entre mis manos.

Tal vez era mejor así, tal vez de esta manera ella sufriría menos. Entre esos pensamientos se me fue la noche y, cuando me quise dar cuenta, la mañana había llegado.

Esa mañana volví a salir de casa y hacer el último intento de encontrarla. No obtuve el resultado que esperaba.

Al mediodía fui a comer a casa de mis padres para despedirme de ellos. La pobre de mi madre no paró de llorar abrazada a mí. Le costaba trabajo que me volviera a ir, sobre todo porque no admitía que volviera con mi ex.

Decía que yo me merecía una mujer mucho mejor que ella, una que me quisiera de verdad, una que me mirara como si yo fuese lo más importante en su vida.

Y, sin que mi madre se diera cuenta, me fue clavando sus palabras en el corazón, porque yo ya había encontrado a esa mujer y era la mejor del mundo. Lo que pasaba es que la había perdido, no por mí, sino por obligación.

—Cuando menos te lo esperes estaré de nuevo aquí —le dije, dándole un beso en la mejilla antes de irme.

Fue Adrián el que me llevó al aeropuerto.

—Cuida de Carolina, por favor. No dejes que le pase nada y, si pasa cualquier cosa con ella, me lo dices —le pedí.

—No te preocupes, te prometo que no la vamos a dejar sola —dijo intentando tranquilizarme.

Nos despedimos con un abrazo. En cuanto llamaron para avisar de que ya podíamos embarcar, lo hice.

Vas a luchar por lo que quieres, me dije, dándome a mí mismo un poco de aliento.

Porque estaba seguro de que, aunque me costase la misma vida, iba a solucionar todo e iba a recuperar a Carolina.

Capítulo 17



Carolina

Por fin había llegado el gran día de mi hermano y Sonia. Les hacía muchísima ilusión que ese momento llegara y vivirlo tal y como lo habían organizado y soñado. Y, en medio de toda esa felicidad, estaba mi mayor temor.

Volver a ver a Héctor después de un mes. Y no tenía bastante con verlo, sino que además tendría que permanecer muy pegada a él durante todo el día o, por lo menos, hasta que pasara todo el protocolo de la ceremonia y la posterior celebración, hasta que los invitados empezaran a desmelenarse un poco.

Por otro lado, estaba el hecho de que en mi familia todos parecían últimamente más felices, sobre todo mi padre y mi madre, al ver que por fin había dado el paso de dejar el trabajo en la cafetería e irme a trabajar a la empresa familiar.

Tengo que decir que no era tan malo ni tan aburrido como me había imaginado que sería.

Empecé una semana después de que Héctor se fuese. Me costó muchísimo no ir a verlo esa última noche, sobre todo cuando empezó a llamarme una y otra vez o incluso vino a buscarme a casa.

Por muchas veces que llamó al timbre y golpeó la puerta, no le abrí. ¿Para qué? ¿Para escucharle decirme que iba a volver con su mujer porque seguía queriéndola, a pesar de haberle engañado? No. No iba a permitir que me viera rota por sus palabras. No le iba a dar ese poder sobre mí, ni a él ni a nadie.

Me estaba mirando en el espejo para verificar mi aspecto, por lo menos el exterior, porque el interior no lo arreglaba ni un hada madrina.

Por fuera me veía perfecta. Con el vestido que había escogido, lucía una figura mucho mejor de la que consideraba que tenía y me hacía parecer aún más alta.

Era verde agua —se nota que me gusta ese color, ¿verdad?—. Para mí parecer, iba perfecto con mi tono de piel, el color de mis ojos y mi pelo.

Me gusta mucho ese color; tiene algo que me hace sentir feliz. ¿No os ha pasado nunca que, según qué color de ropa lleváis, os sentís mucho mejor? Yo creo que sí. Además, se dice que según el estado de ánimo, eliges los colores de ropa inconscientemente.

Ese día, para mí, no era el caso, porque el estado de ánimo lo tenía hecho una mierda. Pero eso nadie lo sabía y así seguiría siendo.

Con la mejor cara que podía poner, me miré por última vez en el espejo de cuerpo entero que tenía en lo que fue mi habitación en casa de mis padres.

Aquí es donde vine para arreglarme, ya que mi hermano también lo haría y así saldríamos los dos a la vez de casa. Me vine por eso y porque la noche anterior Rubén se quedó a dormir y, ¿qué queréis que os diga?, hacía muchísimo tiempo que no dormía al lado de mi hermano.

Cuando vivíamos juntos en casa de nuestros padres, muchas noches se venía a mi habitación o yo iba a la suya. Nos tumbábamos en la cama un rato a hablar, a ver una película o simplemente a estar ahí juntos, sin necesidad de decir nada.

Era preciosa la complicidad que siempre habíamos tenido, y eso mismo hicimos la noche anterior. Rubén vino a mi habitación y, esta vez, tocó charla de recordar los viejos tiempos.

Reímos a carcajadas. Tanto fue así que, al rato, apareció mi padre asomando la cabeza por la puerta y preguntando si podía pasar.

No sé muy bien cómo me las arreglé, pero acabé quedando en medio de los dos. Nos lo pasamos realmente bien. Como he dicho antes, reímos tanto que incluso se nos saltaron las lágrimas.

Me vino bien. Dejé de pensar en Héctor durante unas horas y esas horas me dieron vida.

Porque, de vez en cuando, está muy bien —y es muy bonito— pasar esos ratos con la familia: sentir que formas parte de su vida igual que ellos forman parte de la tuya, olvidar las responsabilidades y, sobre todo, olvidarte de la edad. Volver a sentirte una niña a la que solo le preocupaba con qué muñeca le tocaba jugar en ese momento.

¿Veis cómo al final me lío y se me olvida qué es lo que os iba a contar? Si es que no tengo remedio. En fin, que lo que quería era describiros cómo era mi vestido y cómo me había maquillado y peinado, y he terminado hablando de los viejos tiempos, de mi hermano y de mi padre.

Ahora sí, vamos al lío.

Estaba dándome el último vistazo al espejo en mi antigua habitación.

El color ya os lo he dicho, pero os lo recuerdo.

Me compré un vestido verde agua. La tela era una mezcla entre gasa y tul. De la parte superior salían dos tiras anchas desde la espalda, pasaban por los hombros, cubrían el pecho y llegaban hasta la cintura.

La espalda quedaba descubierta en el centro, al igual que el escote delantero. Este llegaba hasta el ombligo. No se veía nada, no era vulgar; aunque tenía un escote pronunciado, resultaba fino y elegante.

Desde la cintura, el vestido caía completamente suelto hasta rozar el suelo.

De zapatos me puse unas sandalias de tacón fino, con tres tiras sobre el empeine. Las tres iban decoradas con pequeños cristalitos que, según cómo reflejaba la luz, adquirirían un tono dorado más pálido.

Llevaba unos pendientes pequeños, una pulsera fina a juego y un único anillo en la mano contraria a la de la pulsera. Todo del mismo dorado que las sandalias.

El pelo lo llevaba suelto, con unas ondas muy suaves, y el maquillaje en tonos tierra claros, que siempre resaltaban el color de mis ojos. Para los labios, un rosa muy sutil, más brillo que color.

Lista, cogí mi bolso de mano y salí en busca de mi hermano.

Se suponía que mis padres ya se habían ido y que nosotros teníamos que salir también. No estaría bonito que el novio llegara más tarde que la novia por culpa de la madrina.

—Guau, estás impresionante, Caro —me dijo mi hermano cuando llegué a su lado.

—Tú sí que estás impresionante —le contesté. Era la verdad. Estaba guapísimo.

Y no es porque fuese mi hermano, pero era un hombre increíble que llamaba la atención de todas las mujeres que tenía alrededor. Eso sí, él solo tenía ojos para la que hoy iba a convertirse en su mujer.

Estaban totalmente enamorados el uno del otro. Era bonito ver cómo se querían y lo unidos que estaban.

Algún día me encantaría encontrar a un hombre que me quisiera y me mirara como Rubén lo hacía con Sonia.

¿Quién no ha soñado alguna vez con encontrar a una pareja que, con solo mirarte, demuestre todo lo que significas para ella? Yo, desde luego, lo había soñado muchas veces en mi vida. Estaba claro que era una romántica empedernida y, quizá por eso, por soñar tan a lo grande, nunca lo obtendría.

—¿Listo para dar el gran paso? —le pregunté—. Aprovecha bien el día, que una madrina como yo no la tiene cualquiera llevada del brazo —bromeé.

—No podría estar más listo. Sonia es la mujer de mi vida. —Me reconoció, ofreciéndome el brazo para que se lo cogiera—. Algún día me tocará decirte esas palabras, porque a un padrino como yo no puede acceder cualquiera —me respondió casi con las mismas palabras que le había dicho segundos antes.

—Por el camino que voy, no creo que tengas que hacer ese papel en tu vida.

Llegamos al coche y el chófer ya tenía la puerta abierta para que subiéramos.

Cuanto más se acercaba la hora de la ceremonia, más nervios sentía en la boca del estómago. Me pesaba, me dolía y me estaba rompiendo cada vez más.

Después de irse de nuevo a Roma, no hubo más llamadas ni mensajes. Nada. Como si alguien hubiera pasado una goma por encima de todo lo que habíamos vivido. Como si aquello hubiese sido solo un espejismo, algo que mi cabeza se había inventado para sobrevivir.

Nunca existió para él.

Nunca le importó absolutamente nada.

Yo solo había sido una mujer con la que pasar unas noches para desahogarse, sin sentimientos de por medio, en secreto, para no tener que dar explicaciones ni rendir cuentas a nadie. Y después de eso... nada.

Menos mal que Rubén y Sonia decidieron casarse por lo civil. Para mí fue un alivio que no lo hicieran por la iglesia; no me iba todo ese protocolo. Lo siento, respeto a quien le guste, pero no iba conmigo. Bastante tenía yo ya por dentro como para sumar solemnidades innecesarias.

Se casaban en el hotel donde iban a celebrar el banquete. El propio hotel se encargó de preparar el altar desde donde se darían el «sí, quiero», cuidando cada detalle para que todo resultara perfecto.

Llegamos al hotel y ya estaban casi todos los invitados. Como a la mayoría no los conocía, no les hice demasiado caso. A ver, a todos los que me fui cruzando los saludé, pero eso: un saludo cortés y poco más. No estaba para conversaciones largas ni para sonrisas que no sentía.

Nos colocamos cerca del altar y, mientras nos avisaban de que la novia estaba lista para salir, estuvimos hablando en un lateral con nuestros padres y los suyos, intentando aparentar normalidad.

Justo al lado de Pilar y Rodrigo había una mujer joven. No tanto como yo; más o menos le eché la edad de mi hermano. Era alta, de pelo castaño oscuro y ojos color miel.

No podía decir que no fuera guapa, porque lo era. Pero hubo algo en su mirada que no me gustó. No fue solo eso; tampoco me agradó la forma en la que observaba al resto de los invitados, con cierta altanería, como si estuviera por encima de todos, como si aquel lugar le perteneciera de algún modo.

Y no supe por qué, pero una sensación incómoda se me instaló en el estómago sin previo aviso.

—Carolina, cariño, te presento a Giulia, la mujer de Héctor.

Si me hubieran echado un jarro de agua fría por encima, no me habría afectado más que tenerla delante.

—Querida, ella es Carolina, la hermana de Rubén.

Lo siento, pero no fui capaz de acercarme para darle dos besos. A ese nivel de falsedad no podía llegar. Solo le di la mano, y lo hice por respeto a los padres de mi cuñada.

—Encantada —dije con la sonrisa más falsa que había puesto nunca—. Por fin nos conocemos después de tantos años, ¿verdad?

—Tienes razón. Las veces que he venido, nunca has estado presente en las reuniones familiares.

No, no lo estuve. Me aseguré siempre de no coincidir durante esos cinco años con Héctor ni con ella.

—La novia está lista para salir —nos avisó Adrián después de que sonara su móvil.

Menos mal que nos interrumpió, porque no quería hablar con ella ni una palabra más.

Me daba rabia tenerla delante, por el daño que le había hecho al hombre que se suponía que tenía que amar, aunque fuese casi el mismo que él me había hecho a mí. Aun así, no era capaz de desearle nada malo.

Cada uno ocupó su sitio. Los padres de Sonia se sentaron en las primeras sillas a un lado del pasillo; al otro, mis padres y los invitados por parte de mi hermano. Yo me mantuve completamente recta en el altar, esperando encontrarme con mi pesadilla.

Y digo pesadilla porque lo era. Por su culpa no dormía bien. Aunque, en realidad, la culpa no fue suya, sino mía, por haberle dado una oportunidad aun sabiendo que nunca había significado nada para él.

Sonia estaba preciosa. Os lo juro, era una novia espectacular. Pero mi mirada se fue directa al hombre que iba a su lado, llevando a su hermana cogida del brazo.

Por mucho que quisiera odiarlo, no podía dejar de desearlo ni de haber querido que lo nuestro hubiera sido de verdad.

Nuestras miradas se encontraron. Mirar sus ojos me dolió, porque a mi mente regresaron todos los momentos que había vivido junto a él.

Aparté la mirada rápido. No quise que viera en mis ojos todo el dolor que me había provocado.

No le iba a dar esa satisfacción.

Capítulo 18



Héctor

Si el mundo se hubiera detenido en ese instante, con la imagen que tenía ante mis ojos, no me habría importado en absoluto; para mí era como estar viendo a una diosa.

Intenté no mostrar nada en la mirada, ya que podía sentir los ojos de Giulia clavados en mí y, si ella notaba algo, me lo pondría todo mucho más difícil de lo que ya me lo estaba poniendo.

Pero sabía que, por mucho que lo intentara, iba a ser muy complicado, sobre todo porque lo que más me apetecía en el mundo era gritar a pleno pulmón y decirle a todo el mundo que la única mujer que me interesaba era la que estaba en el altar, con aquel vestido impresionante.

Decirle a ella que me fui de su lado porque no me quedó más remedio, suplicarle de rodillas, si hacía falta, que me perdonara... No me habría importado arrastrarme con tal de recuperarla.

Cuando sus ojos conectaron con los míos, en ese preciso instante quise mandarlo todo a la mierda sin pensar en nada, cogerla de la mano para no volver a soltarla nunca y huir lejos, donde nadie nos molestara, donde no hubiera terceras personas que nos impidieran ser felices.

Qué gilipollas había sido todo ese tiempo al creer que estaba enamorado de una mujer. Y lo había creído de verdad, porque para mí aquello era

amor... hasta que descubrí lo que significaba estar enamorado de verdad.

En solo un mes, Carolina me había enseñado el verdadero sentido de esas cuatro letras, lo que realmente encerraba esa palabra. Y eso que ni siquiera habíamos podido vivirlo a la luz de todos.

Pero aquellas noches en casa, los días en los que no trabajaba y los pasaba con ella, cada una de esas horas me fueron descubriendo a la mujer que tenía delante. No era solo una cara bonita ni un cuerpo perfecto; lo más hermoso de Carolina lo guardaba en su interior.

Apartó la mirada demasiado rápido. Me habría gustado que tardara un poco más, que me dejara perderme durante unos segundos más en esos ojos que me volvían loco en todos los sentidos.

—Carolina está preciosa —susurró mi hermana, solo para mí.

—No puedo negar lo que es evidente —respondí, fingiendo indiferencia.

—Qué distinta habría sido tu vida si te hubieras fijado en ella en lugar de en la bruja que tienes por mujer. —Sonia nunca había tragado a Giulia. La había tolerado por mí, pero desde que supo el verdadero motivo de mi divorcio, su rechazo hacia ella era evidente.

—No la llares bruja, sabes que es mi mujer y me gustaría que te llevaras bien con ella. —Aunque realmente lo fuera, tenía que seguir interpretando mi papel.

—La aguanto por ti, porque te quiero, pero no me pidas más, porque si antes no la soportaba, menos ahora después de lo que te ha hecho —me dijo más bajo, ya que estábamos llegando al altar—. Sin embargo, hoy me voy a olvidar de todo, porque es el día más importante de mi vida y quiero disfrutarlo. Pero dile que no se me acerque mucho.

La miré de reojo.

Puede que fuera el día más importante de su vida, lo entendía y me hacía muy feliz verla así, pero para mí iba a ser una auténtica pesadilla.

—Cuídala —le dije a mi cuñado cuando llegué a su lado—. Como le hagas daño, te las tendrás que ver conmigo.

Estaba siendo un puto hipócrita. Yo le pedía que no le hiciera daño a mi hermana y, sin embargo, yo se lo había hecho a la suya.

Creo que Carolina tuvo el mismo pensamiento que yo, porque levantó la mirada y ahí sí me di cuenta de que me estaba mirando con odio. Ya no había ternura ni añoranza en sus ojos; ahora solo había dolor... y odio.

Esa mirada fue como una puñalada directa a mi corazón. Era lo que me había ganado, aunque no lo hubiera buscado, pero eso ella no lo sabía.

La ceremonia pasó y no me di ni cuenta de ello. Parecía que estaba pendiente a todo cuando, en realidad, a lo único que estaba atento era a ella y a buscar soluciones para hacer que Giulia reconociera que todo había sido mentira, que admitiera que me estaba chantajeando para sacar todo el dinero que pudiera de mí.

Estaba claro que Giulia no era tonta y que no me lo iba a reconocer abiertamente, no ahora que yo podía estar preparado para grabar esas conversaciones.

Solo lo hizo una vez, cuando me llamó por teléfono para chantajearme, y en esa ocasión me pilló desprevenido y no pude hacer nada. Pero sabía que, en algún momento, caería, y esa sería mi oportunidad para descubrirla y hacerle pagar todo el daño que me había hecho... y que me estaba haciendo.

La ceremonia llegó a su fin y, después de eso, vinieron las felicitaciones y las fotos.

Fotos de los novios con los padrinos, con los padres de cada uno, con las familias por separado, con las familias juntas... y por fin llegó una que era la que más deseaba de todas.

La de los padrinos solos.

A Giulia no le hizo ni puta gracia, pero tuvo que tragar. Era lo que había, y yo lo disfruté como pocas cosas en la vida. Tener cogida a Carolina de la cintura y pegada a mi costado fue como un sueño, sobre todo al sentir el calor que su cuerpo desprendía a través de su fino vestido.

—No toques —me dijo casi en un susurro.

—Tengo que hacerlo o pensarán que pasa algo entre nosotros. Te recuerdo que antes te gustaba.

No debería provocarla de esa manera, pero era la única forma que tenía de recibir algo de su atención.

—Sin embargo, ahora solo me das asco.

Esas palabras dolieron, aunque sabía que estaban dichas desde el dolor.

—Eso ha dolido. —Giré la cabeza para mirarla bien. Ella hizo lo mismo, haciendo que nuestras miradas conectaran—. En cambio, tú me provocas muchas cosas, pero ninguna de ellas es asco.

Fue inconsciente; de otro modo no lo habría hecho.

Cuando me di cuenta, le puse una mano en la mejilla, acariciándosela con el pulgar. Jamás me cansaría de tocarla.

—No os mováis, tengo la imagen perfecta —dijo el fotógrafo—. Dios, si me dierais permiso, esta imagen sería perfecta para una portada de revista.

—No lo escuches —le susurré—. Nosotros, más que una imagen, somos fuego, somos unión, lo somos todo. Da igual que mis palabras ahora te suenen vacías o falsas; algún día tendrán sentido, te lo prometo.

Era increíble cuánto se puede añorar a una persona cuando la has perdido.

—Héctor, no me vuelvas a decir esas palabras. Si no te importa hacerme daño, por lo menos hazlo por respeto a tus padres y a los míos. —Cogió mi

mano y la apartó de su rostro—. Yo creo que ya tienes fotos suficientes. Si me disculpáis...

Fingiendo una sonrisa, se fue hacia donde estaba Lorena.

—Vaya, esas imágenes han sido muy reveladoras —dijo Giulia cuando llegó a mi lado—. No sabía que la malcriada esa, como tú la llamas, te atrajera tanto.

Tuve que apretar los dientes para no soltarle todo lo que pensaba de ella.

—Si mi instinto no me engaña, creo que entre vosotros ha habido algo.

—Tu instinto te ha fallado esta vez por completo. —Me giré para ir en busca de una copa; quizá con el alcohol recorriéndome las venas se me haría un poco más soportable toda esta situación.

—Querido, no vuelvas a darme la espalda ni a dejarme con la palabra en la boca, o ya sabes lo que te puede pasar. —Me guiñó un ojo.

El asco que Carolina había dicho que sentía por mí no se podía comparar con el que yo sentía por la mujer que tenía a mi lado.

—No aprietes más de la cuenta, Giulia. No soy un muñeco que puedas manejar a tu antojo —le respondí, intentando controlar la rabia que me comía por dentro—. Puede que lo pierda todo, pero si lo hago, tú no recibirás nada.

—Parece que todavía no has pillado el concepto. No solo se trata de que lo pierdas todo; se trata de lo que sufrirían las personas que quieres. —Me sonrió con maldad.

¿Cómo no lo había visto antes? Esa maldad era imposible de camuflar del todo. ¿Tan ciego había estado?

No hacía falta que nadie me contestara a esa pregunta; ya sabía la respuesta de sobra.

—No hables de mi familia. No los nombres bajo ningún concepto. —Di un paso en su dirección—. Tienes lo que querías, ¿verdad? Pues olvídate de todo lo demás.

—No, cariño, no me voy a olvidar. Sobre todo, no me voy a olvidar de la forma en la que has mirado a la malcriada, porque, sin darte cuenta, me has dado otra herramienta para tenerte entre mis manos.

La miré con todo el odio que sentía por ella.

—A Carolina la dejas fuera de todo esto. Ella no tiene nada que ver conmigo.

Que no se le ocurriera hacerle nada, porque como lo hiciera, la hundiría mucho más de lo que ya pensaba hacerlo.

—La dejaré fuera siempre y cuando te comportes tal y como yo quiero que lo hagas. Y fíjate, hoy me apetece que seas el marido más cariñoso del mundo, así que ya sabes.

Hija de puta.

Desde que había vuelto a Roma, había intentado varias veces meterse en mi cama. No lo había conseguido, porque por ahí sí que no pensaba pasar.

Solo pensar en tocarla hacía que el estómago se me revolviera por completo, pero, por haber sido un tonto y dejarme llevar por el deseo de tocar a la mujer que quería, le había dado más munición contra mí... y eso no se lo podía permitir.

Conmigo podía jugar todo lo que quisiera, pero que ni se le ocurriera tocarla a ella, porque entonces no habría límites para lo que sería capaz de hacerle.

Capítulo 19



Carolina

—Hay algo en esa mujer que no me gusta. —Me pilló por sorpresa que Lorena me soltara ese comentario—. ¿Por qué me miras así? No es que haya dicho una locura; a la vista está cómo mira a todo el mundo.

—Es que me has leído la mente. Yo pensé lo mismo cuando me la presentó Pilar. —No sabía lo que había provocado en mi interior esa mujer, pero, desde luego, no había sido nada bueno—. No entiendo cómo Héctor se pudo casar con ella ni cómo ha sido capaz de volver después de lo que le hizo.

—A lo mejor están juntos porque son iguales. —Le miré directa a los ojos.

—No, Lore. Puede que conmigo nunca haya sido una gran persona, y mucho menos después de lo que me ha hecho, pero él no es igual que ella. —No creía mis palabras del todo—. Puede que no lo veas así, pero yo sí.

»He visto cómo mira a su familia, lo que es capaz de hacer por ellos, cómo los quiere. Héctor no es malo; que haya jugado conmigo no lo hace mala persona con todo el mundo. —Las miradas no mienten y yo lo había observado más de lo que me hubiera gustado durante mucho tiempo.

—Puede que tengas razón, pero por hoy nos vamos a olvidar de todo y vamos a divertirnos. —Sonreí al escucharla; ahí empezaba a aparecer mi amiga—. Prometido —me dijo mostrando su dedo meñique para que yo

entrelazara el mío con el suyo. Era una cosa de niñas pequeñas, pero así hacíamos las promesas desde que nos conocimos en aquel centro comercial.

—Prometido —le confirmé, entregándole el dedo.

—Pues esto va a empezar de puta madre, porque tu hermano viene por allí con un hombre que hace que se caigan las bragas de golpe con una sola mirada —soltó Lorena con total naturalidad.

Giré la cabeza al instante hacia donde ella tenía la vista fija, movida más por la curiosidad que por otra cosa.

Tenía razón. El hombre que venía junto a mi hermano era de esos que llaman la atención nada más aparecer, de los que imponen presencia sin necesidad de decir una sola palabra. En otro momento de mi vida, a lo mejor habría conseguido exactamente eso que Lorena acababa de decir, sin demasiado esfuerzo por su parte. Quizá incluso me habría hecho sonreír con cierta picardía.

Tal vez lo habría logrado si mi mente y mi corazón no estuvieran ya ocupados por un hombre que, paradójicamente, estaba completamente fuera de mi alcance.

Era totalmente opuesto a Héctor, y quizá fue precisamente eso lo que más me llamó la atención desde el primer instante: que no se pareciera en nada a él. Ni en la forma de caminar, ni en la manera de mirar, ni en esa energía que desprendía y que era distinta, nueva, ajena a todo lo que me había marcado hasta ese momento.

—Por fin te encuentro —dijo Rubén cuando llegó hasta mí, interrumpiendo mis pensamientos.

—Creo que no me he escondido —le respondí con una sonrisa—. Si no me has visto antes es porque habrás estado ocupado, como siempre.

—Te quiero presentar a uno de los abogados de la empresa —continuó—. Creo que todavía no habéis tenido la oportunidad de conoceros.

No, desde luego que no. Y no solo no lo conocía a él; la verdad era que aún no conocía a la mayoría de los trabajadores. Todo aquel mundo seguía resultándome nuevo, casi ajeno, aunque poco a poco empezara a formar parte de mi día a día.

—Félix, ella es Carolina, mi hermana.

—No creo que hiciera falta puntualizar que soy tu hermana. —Me hizo gracia; creo que lo dijo más como advertencia que otra cosa—. Encantada, Félix —le sonreí dándole la mano.

—Un verdadero placer conocerte. —Me estrechó la mano reteniéndola un poco más de lo debido—. Supongo que, a partir de ahora, nos empezaremos a ver más por la empresa. —Tu hermano me ha dicho que te has adaptado muy bien y que, ahora que él se va de vacaciones, te quedarás al frente de su trabajo.

Vaya con mi hermano... pues sí que lo había puesto al corriente de todo.

—No me queda otra —le contesté—. Mientras unos se escaquean, otros tenemos que asumir su trabajo. —Miré a mi hermano guiñándole un ojo—. Félix, te presento a mi mejor amiga, Lorena.

—Un placer, Lorena. —Le dio la mano, esta vez sin entretenerse.

—Igualmente —respondió ella.

Félix era alto, tenía buen cuerpo, quizá con algo más de músculo del que a mí me gustaba, pero sin resultar excesivo.

Su pelo castaño, tirando a claro, tenía reflejos cobrizos y otros más claros; parecía como si llevara mechas, aunque no había duda de que era su color natural.

Los ojos eran de un marrón tan profundo que casi parecían negros. Desde luego, no se podía negar que era atractivo y que tenía una sonrisa bonita.

—El día que te cases tendré que ser yo el que te cubra. Mientras tanto, mano dura... aunque eso lo dejamos para el trabajo. Ahora vamos a disfrutar y a beber hasta que nos salgan las copas por las orejas —me habló a mí, pero le dio una palmada en la espalda al abogado—. Coño, que no me caso todos los días.

Nos reímos al escucharlo.

—Vamos a por esas copas —sentenció Lorena, tirando de mi mano hacia la barra improvisada.

Félix se vino con nosotras y allí nos encontramos con más amigos de Rubén y Sonia.

Mi cuñada también estaba por allí dándolo todo y, cuando digo dándolo todo, era exactamente eso: risas, bailes y cero preocupaciones.

Me pareció muy práctico su vestido. No me había dado cuenta hasta ese momento de que se había quitado la cola; era uno de esos modelos transformables que, con un simple gesto, se convertían en otro completamente distinto y, sobre todo, mucho más cómodo para bailar sin límites.

Me pedí una copa y me uní al grupo. Me olvidé de todo, dejándome llevar y dedicándome a disfrutar cuanto pude de aquel día.

Bailé tanto que los pies me estaban matando. Bebí también, aunque con moderación; no quería marearme ni acabar borracha. Tras un par de copas, pasé al agua y a los refrescos.

Cuando sonaban canciones movidas, bailábamos todos dando saltos, riendo sin control. En algunas bachatas, Félix se pegó a mí y las bailamos juntos. Sabía moverse, llevaba el ritmo con naturalidad y conseguía que yo lo siguiera sin esfuerzo.

Me guiaba con facilidad, haciendo parecer que yo sabía bailar mucho mejor de lo que realmente sabía.

A pesar de lo cerca que estábamos, de cómo nuestras caderas se rozaban, de cómo me cogía de la cintura o me levantaba la pierna para colocarla alrededor de las suyas, fue respetuoso en todo momento.

—Necesito ir al baño con urgencia —le dije cuando terminó una canción—. Tanta bebida es lo que tiene —añadí riendo.

—No tardes, nos quedan más canciones que bailar. —Me guiñó un ojo.

—¿Más? Si tengo los pies molidos. —Levanté un poco el vestido para que viera los tacones—. Me gustaría verte bailar con esto. Son una tortura.

—Eso tiene solución. Cuando vuelvas, te los quitas y listo. —Me guiñó el ojo otra vez.

—Creo que te ha entrado algo en ese ojo; en pocos segundos lo has guiñado dos veces. —Se rio a carcajadas.

—Qué difícil me lo estás poniendo para ligar contigo. —La sonrisa se me borró un poco.

—Félix, no quiero que te hagas ilusiones conmigo. Lo siento, pero no creo que pueda ofrecerte nada más allá de una amistad. —Fui sincera—. Me pareces atractivo, agradable y me has hecho reír mucho, pero estoy enamorada de otro hombre y, aunque no tenga nada con él, no puedo dejar de amarlo.

—Soy paciente. Y lo que empieza como una amistad puede convertirse en algo más con el tiempo. —Llevó una mano a mi mejilla y la acarició con suavidad—. No pienses. Solo disfruta. Lo que tenga que ser, será.

Esas palabras me llegaron más de lo que él podía imaginar.

—Gracias. Ojalá te hubiera conocido hace mucho. —Me acerqué y le di un beso en la mejilla—. Ahora sí, mejor voy al baño o acabaré haciendo el ridículo delante de todo el mundo.

—Sería una anécdota divertida para contar dentro de unos años. Anda, ve, que no quiero pasar vergüenza ajena —bromeó.

Me alejé pensando en lo bien que me había hecho su compañía. Había conseguido que no buscara la mirada de Héctor... o quizá fui yo la que decidió no hacerlo.

Fuera como fuese, habían sido unas horas en las que había disfrutado de verdad.

Como no conocía bien el hotel, tuve que preguntar dónde estaban los baños. Tras las indicaciones, me dirigí hacia allí con rapidez.

Estaba a punto de entrar cuando una mano salió de la nada, agarrándome de la muñeca y tirando de mí hacia un lateral más oculto.

Se me escapó un grito ahogado. No fue miedo, fue sorpresa. Hasta que su perfume llegó a mi nariz.

—¿Qué haces? —pregunté cuando mi espalda chocó contra la pared—. Más vale que me sueltes, Héctor, nos puede ver alguien.

—¿Te importa que te vean conmigo y no que lo hagan con ese hombre mientras te restregabas con él? —Había rabia en sus ojos.

—¿De qué hablas? ¿Has perdido la cabeza o qué?

—No te hagas la tonta conmigo. Solo le ha faltado subirme el vestido y hacerte suya delante de todos.

—¿Te has vuelto loco? —afirmé—. No tengo que darte explicaciones. Estoy soltera y lo que haga con mi vida es asunto mío. —Le marqué el pecho con el dedo—. No soy yo la que está casada. No soy yo la que lo mandó todo a la mierda para volver con alguien que le había engañado. No soy yo la que dejó a otra persona por alguien más.

—No rebajes lo que tuvimos a unos simples revolcones. —Se acercó más—. Sabes tan bien como yo lo que había entre nosotros, lo que te hacía

sentir cada vez que te tocaba, lo que sigo haciéndote sentir ahora.

Me besó con rabia, con necesidad, como si quisiera demostrarme algo.

Y yo le devolví el beso con la misma intensidad, porque, aunque me doliera reconocerlo, mi cuerpo seguía reaccionando a él.

Capítulo 20



Héctor

Cuánto había echado de menos sus besos, sus caricias, sus miradas y sus gemidos cuando la tocaba.

Estaba cometiendo una locura. Si nos veía alguien, se podía liar bien, sobre todo si nos veía Giulia, pero en esos momentos me daba igual.

Los celos me estaban matando. Bastante había aguantado viendo cómo bailaba y reía con ese hombre. No sé ni cómo me pude contener y no ir en busca de ella, echármela sobre el hombro como si fuera un cavernícola y llevármela de allí dejando a todos con la boca abierta.

Me daba igual que me pusieran de cromañón, pero ella era mía, solo mía, y ni un solo hombre le iba a poner las manos encima.

Carolina valía mucho más que todos esos babosos que se la estaban comiendo con la mirada. Ella no podía estar con cualquiera. Sí, tal vez eso me incluía a mí, pero la diferencia que había entre ellos y yo es que era a mí a quien quería y odiaba a partes iguales. Así que sí, yo el dueño de sus sentimientos, tanto de los buenos como de los malos.

—Héctor, para. —Sonó a súplica, sonó a que, si no me detenía ahora mismo, nada nos podría parar—. Esto no está bien, estás casado y tu mujer está ahí fuera. —Tenía la cabeza inclinada hacia un lado.

Me estaba suplicando que me detuviera; lo hacía con palabras temblorosas y una voz cargada de miedo, pero, al mismo tiempo, inclinaba el cuello sin darse cuenta, dejándolo expuesto, ofreciéndolo como una rendición silenciosa para que siguiera besándolo. Ese gesto, tan contradictorio como honesto, terminó de desarmarme.

—No me voy a detener —le dije, con la voz más dura de lo que pretendía—. Quiero recordarte que, como yo hago temblar a tu cuerpo, no lo hará otro hombre por mucho que lo intentes.

Sabía que me estaba comportando de manera irracional, lo sabía desde el primer segundo, pero aun así no fui capaz de frenarme.

Lo más seguro era que después me sintiera fatal por actuar así con ella, pero en aquel instante estaba completamente cegado por los celos. No veía nada más allá de la necesidad casi salvaje de hacerle sentir que me pertenecía a mí y solo a mí. Y no porque yo se lo hubiera exigido nunca, sino porque ella se había entregado por completo, sin reservas, sin condiciones.

Igual que yo también le pertenecía a ella. Era la única mujer en la tierra que podía hacer conmigo lo que quisiera, la única capaz de elevarme hasta lo más alto o hundirme sin esfuerzo. Tenía en sus manos el poder de hacerme el hombre más feliz del mundo o el más desdichado, y lo peor —o lo mejor— era que lo ejercía sin ser consciente.

Porque mi cuerpo, mi mente y mi corazón le pertenecían por completo. Me había robado todo eso sin que yo me diera cuenta. Lo que empezó siendo una simple atracción, algo que pensé que podría controlar, se había convertido con el tiempo en mi locura, en mi obsesión, en el eje alrededor del cual giraba todo.

—Dios, no me hagas esto, por favor. No puedes hacerlo... no me puedes pedir que me entregue a ti para después ver cómo te vas con ella —dijo.

Fue entonces cuando detuve los besos que le estaba dando por el centro de su pecho, aunque cada parte de mí gritara por seguir.

Estaba en lo cierto. Y reconocerlo fue lo más duro de todo. Tenía que detenerme, no porque quisiera, sino porque no podía seguir haciéndole daño. Porque cuando volviera a hacerle el amor, tenía que ser sin mentiras de por medio, sin miedos, sin miradas furtivas ni prisas, sintiéndonos libres, sin ocultarnos de nadie ni de nada.

—Tienes razón, lo siento —murmuré. Le di un último beso en los labios; lo necesitaba para aguantar el tiempo que me quedaba lejos de ella —. Perdona. —Otro beso, esta vez en la frente, cargado de todo lo que no podía decir en voz alta.

»Solo te pido que nunca olvides que eres muy importante para mí. Aunque ahora no me creas, te prometo que es la verdad.

Me separé de ella con un esfuerzo que me desgarró por dentro.

—¿Recuerdas aquella vez que estuvimos hablando de la felicidad? —asintió con la cabeza, una lágrima resbalándole por el rabillo del ojo—. Me dijiste que nunca se era completamente feliz y yo te dije que, si se luchaba con fuerzas, se podía conseguir.

»Quería que recordara esas palabras exactamente como las pronuncié entonces—. Pues yo estoy luchando por esa felicidad con uñas y dientes.

Puede que en aquel momento no me entendiera, o que malinterpretara cada frase, pero sabía que, cuando todo se solucionara, cuando la verdad saliera a la luz, aquellas palabras tendrían sentido para ella.

—Pues no sé qué haces perdiendo el tiempo aquí conmigo —me dijo, empujándome con suavidad para apartarme—. Sigue buscando tu felicidad, que yo también voy a buscar la mía.

No pude decirle nada. Por mucho que lo intentara, no podía gritarle que mi felicidad estaba junto a ella, que siempre lo había estado.

La dejé marchar. No podía seguir reteniéndola a mi lado si no quería seguir rompiéndola un poco más.

Volví a la celebración con el corazón hecho pedazos y me fui al lado de Adrián, que en ese momento estaba en la barra pidiendo una copa.

—¿Dónde te habías metido? —me preguntó cuando me puse a su lado.

—He ido al baño —contesté como quien no quiere la cosa, apoyándome en la barra y evitando mirarlo de frente.

—Qué casualidad que te hayan entrado ganas de mear justo cuando Carolina ha ido también. —Me observó con una media sonrisa cargada de intención, de esas que decían sin palabras: por mucho que no hables, sé perfectamente que pasa algo.

—Habrá sido eso, una simple casualidad. —Le resté importancia, aunque ambos sabíamos que no lo era.

—Héctor, son muchos años de amistad —dijo con seriedad, dejando el vaso a un lado—. Puede que me callara cuando te fuiste hace un mes, porque, la verdad, te creí. Pero después de verte hoy... no. A mí no me puedes mentir. —Cada una de sus palabras me golpeó de lleno, recordándome algo que había intentado olvidar: lo bien que nos conocíamos.

»Solo he necesitado ver cómo miras a tu mujer y cómo miras a Carolina. A la primera no soportas que te toque y a la segunda no soportas que la toquen. Y ahora te lo voy a preguntar una sola vez: ¿qué cojones está pasando?

—Joder, Adrián... —resoplé, pasándome la mano por la nuca—. Me está matando verla bailar y reír con ese hombre —admití al fin, aunque sin contarle todavía toda la verdad.

—Te recuerdo que has sido tú quien se ha alejado —replicó sin suavizar el tono—, dejándola destrozada por el camino. Tú no la has visto llorar hasta quedarse sin lágrimas, siendo consolada por su amiga. Tú no la has oído decir en voz alta que no es suficiente para ti. Tú no la has visto romperse... —Lo corté en seco, incapaz de soportar más.

—Ya basta —dije, apretando los dientes—. Yo también lo estoy pasando mal, mucho más de lo que te piensas. Esto no lo estoy haciendo por gusto, te lo juro. Si por mí fuese, las cosas serían muy distintas.

Ya no podía seguir callándome. No con él. Necesitaba sacar todo lo que llevaba acumulando dentro, toda la rabia, la frustración y el dolor que me estaban asfixiando.

—Entonces dime —se giró por completo hacia mí; hasta ese momento había estado apoyado en la barra—, ¿qué te impide hacer las cosas de otra manera?

—Giulia me está chantajeando —confesé al fin—. Con unos papeles que ha falsificado. —Adrián se irguió de inmediato, atento—. En esos documentos parece que he hecho un desfalco multimillonario. Ella solo quiere tenerme a su lado porque no sabe perder.

»No soporta perder el estatus social que tiene en Roma por estar conmigo. Quiere seguir en la cima, y sabe que sin mí no tiene nada... y mucho menos si sale a la luz que me engañó en mi propia casa con el marido de su amiga.

Se lo conté todo, sin adornos, sin filtros.

Mientras hablaba, sabía que su mente ya estaba trabajando a toda velocidad.

—¿Y dices que el dinero lo tiene su amante? —preguntó, y asentí—. Entonces tenemos que conseguir que ese cabrón confiese sin darse cuenta.

—Como si eso fuese tan sencillo —bufé, derrotado.

—Habrá que hacerlo caer —dijo con calma—. Que se enganche a otra mujer, alguien que le atraiga, que se gane su confianza y, poco a poco, le saque la verdad como quien no quiere la cosa. Con sutileza.

—Ese tipo no es tonto. —Me pasé las manos por la cara, agotado—. Sabe perfectamente que ha cometido un delito y que puede acabar en la cárcel. No va a incriminarse así como así.

—Pues tenemos que hacer que se enfrenten entre ellos dos. Tú déjame a mí, que algo se me ocurrirá. Pero te juro que te vas a librar de esa zorra.

Ojalá fuese tan sencillo como él creía.

—No quiero que te metas en problemas. Con los que tengo yo vamos bien. —Me bebí lo que me quedaba de la copa de un solo trago.

—Sé que es una pregunta que no te agradará, pero ¿has tenido que acostarte con ella?

—Qué capullo eres —le contesté—. Para que te quedes tranquilo, lo ha intentado, pero no se lo he permitido. Ni muerto la vuelvo a tocar. Es pensar en ella de ese modo y se me encoge por completo.

—Al contrario que te pasa con la rubia. Estoy seguro de que, al pensar en ella, te pasa todo lo contrario.

Y tanto que tenía razón. Con solo pensar en ella, la sangre me ardía en las venas.

—Ya veo —me dijo al ver que mi mente se había ido a otro lado, a uno en el que me gustaría estar ahora mismo—. Pues si quieres volver a disfrutar con ella, más vale que te pongas las pilas e intentes quitarte a la bruja esa cuanto antes. —Me dio una palmada en el hombro.

Capítulo 21



Carolina

Estaba sentada en la mesa que Antonio ocupaba siempre. Desde que dejé de trabajar en la cafetería procuraba venir a verlo, como mínimo, una vez a la semana. Se había convertido en una especie de ritual silencioso entre los dos, algo que ninguno necesitaba explicar.

Yo llegaba antes, ocupaba mi sitio de siempre y esperaba a que él apareciera y se colocara frente a mí. En muchas ocasiones, ese desayuno se alargaba más de lo previsto y acababa convirtiéndose en un picoteo a media mañana. Podíamos pasarnos horas y horas hablando de cualquier cosa, sin prisas, sin reloj, como si el tiempo no tuviera demasiada importancia cuando estábamos juntos.

La única excepción fue el mes de vacaciones de Rubén, cuando estuvo fuera. Durante ese tiempo solo veía a Antonio algunos ratos por las tardes, cuando yo terminaba de trabajar, y aun así siempre se nos quedaban cortos.

Pero de eso hacía ya dos meses. Dos meses desde la boda de mi hermano. Parecía mentira que el tiempo hubiera pasado tan rápido. Desde aquel día muchas cosas habían cambiado, y yo también había tomado varias decisiones importantes, sobre todo una que podía cambiar mi vida por completo.

Por eso estaba allí. Había venido a despedirme de él, aunque solo fuera de manera temporal, y esa idea me apretaba un poco el pecho.

Había tardado meses en aceptar la oferta que me hizo Héctor. Al principio, porque no era exactamente lo que había soñado desde niña; después, porque se marchó dejándome sola y con demasiado dolor como para pensar con claridad o tomar decisiones importantes. Necesité tiempo. Tiempo para recomponerme, para volver a respirar sin que el pecho se me cerrara a cada recuerdo. Y, cuando por fin ese dolor dejó de doler tanto, cuando ya no pesaba igual, tras muchas conversaciones con Lorena y Adrián y después de darme permiso para mirar un poco más allá de mis miedos, acepté.

No hablé directamente con él. No era capaz. Todo el contrato se cerró a través de Adrián, que fue el puente necesario entre lo que yo sentía y lo que tenía que hacer. Mientras tanto, yo ya llevaba tres semanas preparándome: practicando los pasos, ensayando movimientos, giros, miradas... Todo lo hacía con la filial que tenían aquí, avanzando poco a poco, sin prisas, pero sin pausa, mentalizándome para lo que estaba por venir.

Un montón de estilistas me tomaron medidas, me aplicaron tratamientos de hidratación para que la piel y el rostro se vieran más luminosos, más vivos. Me dejé llevar por todo lo que me decían, confiando en quienes conocían ese mundo mucho mejor que yo. Por una vez, decidí no cuestionarlo todo y aprender.

Tenía una meta clara y pensaba cumplirla. Sabía que podía con ello y que lo iba a conseguir. Puede que lo de ser actriz no lo hubiera logrado, puede que ese sueño se hubiera quedado por el camino, pero en esto estaba dispuesta a dejarme la piel si hacía falta. No iba a medias tintas.

Además, no me iba sola. Lorena había pedido un año de excedencia para venirse conmigo. No lo hacía por miedo a que me pasara algo, sino porque quería vivir esa experiencia desde dentro, acompañarme, compartirla conmigo, estar ahí como siempre había estado. Saber que no iba a enfrentarme a todo aquello sola me daba una tranquilidad enorme.

—Siempre llegas antes que yo —me dijo mi viejito favorito cuando se sentó frente a mí.

—Mis piernas son más largas que las tuyas y soy más joven; es normal que me mueva más rápido. —Me reí al ver la cara de enfurruñado que puso.

—Ya veremos cómo te mueves con esas piernas largas cuando tengas mi edad. —Eso sí que fue callarme la boca.

—Si te soy sincera, llegar a tu edad ya es todo un milagro. —Le reconocí con una sonrisa cargada de cariño.

—Hoy no tocaba desayuno, tocaba mañana. —Tenía razón. Había venido sin avisar, pero como ya lo había hecho otras veces, no le pilló por sorpresa.

—Es que tenía que venir hoy. Tengo algo que decirte. —Me daba mucha pena dejarlo solo; en cuanto pudiera tenía que hacer algo con eso.

—Niña, no lo alargues más y desembucha rápido, que si es malo no se me corte la digestión. —Vamos, que lo contara antes de que le pusieran el desayuno delante.

—Mañana por la mañana me voy a Roma. Voy a vivir allí durante un tiempo. —Fue asintiendo con la cabeza—. Me voy a convertir en modelo —le dije. No eran esas las palabras ni los términos exactos, pero era la forma más sencilla de que me entendiera.

—¿Me estás diciendo que vas a ser como una de esas que salen por la tele medio en pelota?

—Ja, ja, ja. —No pude controlar la carcajada—. La mayoría de las veces se desfila con ropa —le contesté cuando dejé de reírme.

—Si la mayoría de esa ropa no se la pone ni Dios de lo fea que es. —Antonio estaba sembrado.

—Eso depende de las firmas para las que desfile. Hay muchas que son auténticas obras de arte y son precisamente esas las que quiero llevar. —Su sonrisa se hizo enorme, llena de orgullo y de ilusión.

—Niña, estas noticias no se dan por las mañanas; se dan por la tarde o por la noche. ¿Cómo vamos a brindar con una copa con el estómago vacío? —De verdad que este hombre era increíble. A pesar de la vida que le había tocado vivir, nunca perdía el sentido del humor ni las ganas de celebrar las cosas bonitas.

—Tú no vas a brindar con una copa —le advertí—, porque como me entere de que bebes una sola gota de alcohol, me presento en tu casa y te echo una buena bronca. Si quieres brindar, lo hacemos con los cafés cuando nos los traiga tu nueva amiga.

Esa era otra de las cosas que me tranquilizaban. La chica que había ocupado mi antiguo puesto lo trataba con tanto cariño y tanta atención que era un alivio para mí. Saber que había alguien, además de mí, pendiente de él, me dejaba el corazón un poco más en paz.

—Hija, que por una copita de vez en cuando no va a pasar nada —me contestó con cara de pena, de esas que usaba cuando quería salirse con la suya.

Lo hacía claramente para ver si me ablandaba y le daba la razón.

—No me mires así, que no cuela. —Me crucé de brazos y lo miré con los ojos entrecerrados—. A ver quién puede más.

—Niña, que no te vas a enterar. —Se cruzó de brazos también, imitándome.

—Eso es lo que te crees tú. Yo tengo ojos y oídos en todas partes.

En ese momento apareció Bea con el mismo desayuno de siempre, interrumpiendo nuestra pequeña batalla.

—Eso es porque esta te lo chiva todo. —La señaló Antonio, acusándola con el dedo.

—Antoñito, que no me ha dado tiempo ni a daros los buenos días y ya me estás buscando la boca —le recriminó en broma—. ¿Has visto lo que

tengo que aguantar? —me preguntó, divertida.

—Pues lo mismo que ha aguantado ella durante mucho más tiempo —respondió Antonio sin dudar—. ¿Sabes que la niña se va a hacer una modelo de esas famosas que salen en la tele?

Bea abrió los ojos de par en par, entre sorprendida y sin saber muy bien si creerlo.

—No le hagas caso —intervine enseguida—. Voy a desfilas, pero no creo que llegue a tanto. —Le quité importancia, aunque por dentro sabía que iba a darlo todo.

—Con ese cuerpo, lo alta que eres —me decía, refiriéndose a la estatura porque, en comparación conmigo, ella era bajita— y, sobre todo, con esa cara... no me cabe la menor duda de que lo lograrás. Yo, en cambio, ni siquiera podría hacerme una foto sin pensar que la cámara se va a romper —añadió con una risa suave, como si fuera una broma sin importancia.

Lo dijo sonriendo, pero fue una sonrisa breve, de las que se apagan demasiado rápido.

El corazón se me encogió un poco.

No por halagarme, sino por cómo se había colocado ella misma en el otro lado sin darse cuenta. Miré a Antonio y su expresión me confirmó que había percibido exactamente lo mismo.

¿Quién cojones había conseguido que una chica así se viera tan pequeña?

En ese momento me juré que, si estaba en mi mano, no iba a permitir que siguiera mirándose con unos ojos tan poco justos consigo misma.

—Bea, ¿tú te has mirado al espejo alguna vez? —le pregunté sin darle tiempo a responder—. Porque te aseguro que no tienes absolutamente nada que envidiarme. Así que hazme el favor y no te menosprecies.

Sus ojos se llenaron de emoción al instante.

—¿De verdad piensas eso de mí? —me preguntó con un hilo de voz cargado de necesidad.

—No solo lo pienso yo —le dije mientras le cogía la mano—. Lo piensa cualquiera que tenga ojos y un mínimo de buen gusto. Nunca permitas que nadie te diga lo contrario.

»Hay personas que disfrutan apagando la luz de quienes tienen alrededor: a veces por envidia, otras porque son infelices con el corazón podrido. No les des ese poder. Nunca.

—Niña, hazle caso a la niña grande —intervino Antonio—. Ella siempre dice verdades como puños. Si de algo peca, es de ser sincera.

No hizo falta decir nada más. Bea me lo agradeció con la mirada y una sonrisa cargada de ternura.

La mañana se alargó, como tantas otras veces. Hablamos de todo y de nada. Él me confesó miedos; yo también me permití hacerlo.

Nos despedimos con un hasta pronto. Sabía que viajaría siempre que pudiera y que, cada vez que regresara, volvería a sentarme frente a él para compartir una mañana más de las nuestras.

—Vive este momento con intensidad, pero con la cabeza fría. Y no permitas que nadie cambie eso tan bonito que tienes dentro —me dijo.

Entonces lloré.

Lo abracé con todas mis fuerzas y llené su mejilla arrugada de besos, uno tras otro, hasta que, entre risas, me pidió que parara.

Y por ese sonido... por esas risas roncadas, gastadas por el paso de los años, habría sido capaz de hacer cualquier cosa.

Me fui a casa con la sensación de dejar allí una parte enorme de mi corazón, con ese hombre que, sin saberlo, me había dado mucho más de lo

que yo jamás podría devolverle.

A veces, las personas que más te sostienen no son las que llegan para quedarse, sino las que te enseñan a marcharte sin romperte.

Capítulo 22



Héctor

Lo último que se me hubiese pasado por la imaginación era que Carolina se vendría a Roma para trabajar en mi agencia.

Sobre todo después de habérselo ofrecido cuando estábamos juntos. Aunque, pensándolo bien, tampoco me sorprendía tanto. Sabía que el trabajo de oficina no era lo suyo. Si había aguantado tanto tiempo como camarera en aquella cafetería fue porque no paraba quieta y porque necesitaba el contacto constante con la gente.

Y la verdad es que tenía un don para tratar con las personas. Las tres veces que fui a verla al trabajo, lo pude comprobar por mí mismo. De entre todos los clientes con los que se relacionaba, había uno al que protegía de forma especial. A ese hombre mayor lo trataba con un cariño y un respeto que decían mucho de ella, de la clase de persona que era.

Cuando Adrián me llamó de su parte para preguntarme si la oferta seguía en pie, pensé que se estaba riendo de mí. Pero cuando insistió en que hablaba en serio, sentí cómo algo se aflojaba dentro de mi pecho, un alivio pequeño, contenido, pero real.

Aunque no pudiéramos estar juntos, al menos la iba a ver. Y no poco. Estaría presente en sus sesiones de fotos para revistas de moda, porque me había propuesto buscarle los mejores trabajos, los que le dieran nombre y visibilidad.

Trabajos con los que pudiera destacar por encima de cualquiera. Me daba igual que ella no quisiera tener trato directo conmigo; tendría que hacerlo, al menos cuando le tocara desfilar.

Puede que antes enviara a esos desfiles y sesiones a mi mano derecha, pero eso iba a cambiar en el momento en que fuera ella quien estuviera delante de la cámara.

Mientras tanto, mi vida seguía siendo una mierda. Pero, a diferencia de los últimos meses, a partir de ese día entraba un rayo de luz. Lejano, sí, pero ahí estaría.

Y digo ese día porque, a esa hora, Carolina ya estaba dentro del avión y en poco tiempo aterrizaría en el aeropuerto de Roma.

Cuando nuestras familias se enteraron de que venía a trabajar conmigo, me llamaron para pedirme que cuidara de ella. *Como si hiciera falta recordármelo*, pensé. Claro que ellos no sabían nada de lo que yo sentía por Carolina, así que era normal que me lo pidieran.

Después de esas llamadas llegó la de mi cuñado. Me pidió que, por favor, acogiera en mi casa a su hermana y a Lorena.

¿Cómo iba a decirle que no? Además, cada vez que algún miembro de la familia venía de visita, siempre se quedaba aquí. Habitaciones, desde luego, no me faltaban, y menos aún excusas para negarme.

Imaginé que también habría hablado con Carolina para pedírselo y, conociéndola como la conocía, supe que no le habría quedado más remedio que aceptar. Adoraba a su hermano. Eso sí, puso una condición: solo se quedaría las dos primeras semanas, el tiempo justo para que ella y Lorena se adaptaran a la ciudad.

Dos semanas viviendo bajo el mismo techo que yo.

Solo pensarlo ya me tensaba por dentro. Por supuesto, tendría que mantenerme a distancia. Más aun sabiendo que Giulia iba a vigilar cada uno de mis movimientos con lupa.

Para resumirlo rápido, montó en cólera en cuanto se enteró de que se quedarían en casa.

Al principio se negó en redondo, sin matices ni negociación posible. Hasta que le dejé claro que, si no aceptaba su papel de mujer buena y servicial, corría el riesgo de quedar al descubierto. Y eso era algo que no estaba dispuesta a permitir.

Era tan hipócrita que, con tal de seguir aparentando lo que no era, era capaz de cualquier cosa.

—Me voy —le dije, cogiendo las llaves del coche.

—No seas tan rápido, que yo pienso ir contigo —respondió. Me detuve a medio camino de la salida—. No pienso dejar que vayas solo a por esas dos.

—¿Y a ti qué te importa, si lo nuestro es una farsa y una imposición tuya? —le pregunté, incapaz de disimular la rabia.

—Pues ahora te voy a imponer esto —espetó—. Puede que no quieras estar conmigo, pero tampoco voy a dejar que estés con otra.

Más hija de puta no podía ser.

—¿No tienes suficiente con haberle arruinado la vida a Antonella y a mí como para tomarla también con ellas dos? Ponte como quieras, me da igual, pero no vas a venir. No vas a hacer de mujer perfecta cuando, a la mínima, vas a intentar dañarlas.

»Puede que conmigo estés jugando, pero te aseguro que con Carolina no. —Di un paso en su dirección. No iba a tocarla, ni para bien ni para mal, pero necesitaba que entendiera que ahí no había margen de negociación.

—Por lo que veo, te importa mucho más de lo que yo creía —escupió, dejando salir toda la rabia que sentía cada vez que no se hacía su voluntad.

—Te puedo asegurar que hasta una rata me importa más que tú. —Ya estaba cansado de dejarme dominar. A esas alturas me daba igual casi todo,

pero a Carolina no le iba a permitir que le hiciera daño.

»Te aconsejo que empieces a mover el dinero que habéis robado, porque mi investigador está a un paso de tenerlo todo en su poder y denunciaros, dejando clara mi inocencia.

Quise meterle miedo.

Primero, para que viera que no iba a achantarme más ante ella. Segundo, para que entendiera lo importante que era para mí la mujer que estaba de camino y que por ella era capaz de cualquier cosa. Y tercero, porque era verdad: había contratado a un investigador recomendado por Adrián y, si la presionaba lo suficiente, quizá cometería algún error. Y entonces podría pillarla.

—Te pienso hacer la vida imposible, a ti y a la puta esa que vas a meter en mi casa.

Por ahí no la iba a dejar seguir.

—No te olvides de que esta es mi casa, *mía*. —Hice énfasis en la palabra mía para que se diera cuenta de una puta vez—. Aquí no tienes nada ni lo vas a tener nunca.

No dejé que me contestara. Salí por la puerta y, al cerrarse a mi espalda, algo se estrelló. Lo que fuese que me hubiera tirado se hizo añicos; podría haber sido un cuadro, un jarrón o vete tú a saber.

Esa era una de las formas en las que estallaba Giulia cuando no se salía con la suya.

De verdad, puede que me repitiera más que los ajos, pero cuanto más lo pensaba, más me arrepentía y maldecía. Es que más gilipollas no se podía ser en esta vida.

¿De verdad que no me di cuenta de la bruja con la que me casaba? Por lo que parece, no, no me di cuenta.

No iba a desperdiciar ni un segundo más de mi tiempo pensando en esa mujer. Ya enfrentaría las consecuencias de haberle impedido venir conmigo cuando regresara.

Miré el reloj del coche para ver si iba con tiempo y, al ver que sí, me desvié un momento a una cafetería que me gustaba mucho. Era una donde hacían los mejores cafés de la ciudad, por lo menos para mi gusto.

Y no era una de esas que son tan famosas hoy en día; esta era una cafetería antigua, de toda la vida, en la que sus clientes eran verdaderos amantes del café.

—Buenos días, Héctor —me saludó Lorenzo, el dueño del lugar—. Has estado un poco perdido últimamente.

—Buenos días, Lorenzo —le contesté sentándome en un taburete junto a la barra. Me gustaba sentarme allí y hablar con él—. He estado en España un tiempo.

Lo conocía desde hacía muchos años, pero no tenía el nivel de confianza como para hablar de mi vida privada. En realidad, con pocas personas hablaba de ella.

—A la que sí he visto últimamente es a tu mujer, acompañada por un hombre de tu edad más o menos.

Lo miré, a la espera de que me dijera algo más. Estaba claro que ese hombre era Leonardo.

—Es Leonardo, el marido de su amiga —le dije la verdad a medias.

—Pues para ser el marido de su amiga, se llevan muy bien. —Se veía avergonzado—. Héctor, te lo digo porque sabes que te aprecio, pero esa mujer te la está jugando.

¿Y qué le respondía? ¿Que sabía que era un cornudo, pero que tenía que aguantarlo un tiempo?

—Siempre se han llevado bien. —Me hice el tonto, pero estaba claro que Lorenzo había visto mucho más de lo que era capaz de decirme.

—No soy tonto. Si tú quieres hacértelo, me parece bien, pero no te mereces lo que esta mujer te está haciendo. —Me puso el café delante y se apoyó con los brazos en la barra.

¿Sabéis esa sensación de sentir de pronto el deseo de desahogarte con una persona que no sepa mucho de tu vida? Pues eso me pasó. Sentí la necesidad de hablar con él, de contarle todo y de que, con sus años, me diera un punto de vista o alguna solución para salir de todo aquello.

—Sabía que no era buena —me dijo después de escucharme con atención—. Creo que te puedo ayudar. Por el momento, vas a dejar de venir para que ellos puedan seguir haciéndolo...

Me contó lo que pensaba hacer y, joder, si todo salía bien, me salvaría de toda esta mierda.

Quedamos en ir manteniendo el contacto por teléfono y todo lo que él fuese viendo me lo iría contando. Le di las gracias antes de irme en busca de las chicas.

No sabía cómo me iba a encontrar a Carolina: si cabreada, triste o contestona. Me daba igual. Lo único que quería era verla y tenerla cerca de mí; lo demás ya se solucionaría.

Dejé el coche en el parquin, me bajé y tengo que admitir que estaba nervioso. Joder, un hombre con mi edad poniéndose nervioso antes de encontrarse con una mujer.

Claro que no era una mujer cualquiera. No para mí.

Era la mujer de la que estaba enamorado.

Capítulo 23



Carolina

—¿Estás segura? —me volvió a preguntar Lorena. Ya había perdido la cuenta de las veces que me lo había preguntado.

—Completamente segura. Voy a por todas y a por mi mayor sueño. — En cuanto nuestras maletas salieron por la cinta, las fuimos colocando en un carro.

—Sabes que siempre te voy a apoyar, pero tengo dudas con esto, por mucho que Adrián me haya asegurado de que todo va a ir muy bien. —Con lo enamorada que estaba de su chico, todavía no tenía ni idea de por qué se había querido venir conmigo.

A ver, que sabía que era temporal, pero es que la muy loca había pedido hasta una excedencia en su trabajo.

—No le des más vueltas. Si sale mal, me llevaré lo vivido y, si sale bien, seré completamente feliz. Ahora no tengo nada y, joder, me merezco luchar con uñas y dientes por lo que quiero. —Llegamos a la salida y allí, parado entre tanta gente, estaba mi pesadilla.

Por muchas personas que hubiera caminando de un lado para otro, Héctor era el que más resaltaba de todos, con esa altura, ese cuerpo, su pelo negro azabache y esos ojos azul cielo.

Dios, es que cuando lo veía seguía provocando en mí lo mismo que la primera vez.

A ese hombre lo habían puesto en el mundo para hacerme temblar. De verdad, es que no lo podía evitar. En el momento en el que él aparecía en escena, todo lo demás dejaba de existir.

—No la vas a liar, ¿verdad? Te lo digo porque nos vamos a quedar en su casa. Sé que lo hacemos por compromiso, pero vamos a intentar llevarnos bien. —Si ella supiera, pensé.

—Tranquila, tengo más que asumido que no fui importante para él. — Me miró de reojo, mordiéndose la lengua para no soltar lo que estaba deseando decir—. Además, será por poco tiempo. En dos semanas estará tu chico aquí, tú te irás al piso que habéis alquilado y yo me iré al que he buscado.

Sí, Adrián también se iba a venir y, si no lo había hecho ya, era porque tenía que hacer algunas cosas que se lo habían impedido.

Vamos, un poco más y se hubiera venido toda la familia. Ni que me fuese a perder o necesitara protección, pensé con ironía.

—Bienvenidas a Roma —fue lo que dijo cuando llegamos hasta él.

—Ni que fuese la primera vez que hubiera venido. —Lorena me dio con la punta del pie en el tobillo para que me callara. La miré queriendo matarla—. ¿Qué? No he dicho nada malo.

—No, pero tampoco quedas calladita —me dijo en voz baja, apretando los dientes y mirándome de reojo.

Dio un paso hacia Héctor, puso una sonrisa falsa en su rostro y le dio dos besos.

—Gracias por venir a recogernos —resoplé, poniendo los ojos en blanco.

—No tienes que dármelas, lo he hecho encantado. —Me miró un segundo, esperando a que replicara, pero decidí quedarme callada—. ¿Cómo habéis pasado el vuelo?

—Por encima de las nubes. —Joder, es que me lo estaba poniendo a huevo.

—Caro —me advirtió Lorena.

—Es la verdad. —Me encogí de hombros.

—Desde luego que vienes con fuerza. —Se acercó para saludarme con dos besos. Mi intención fue echarme para atrás y no dárselos, pero vi la mirada de Lorena y dejé que lo hiciera—. Me encanta que seas peleona —me susurró el muy capullo—. Lo que no sabes es que las uñas que has sacado contra mí terminarán clavadas en mi espalda mientras empujo dentro de ti.

Capullo.

—En tus sueños, capullo —le contesté en el mismo tono de voz.

Puede que yo hubiera llegado guerrera, pero él me había recibido de igual manera. El único problema es que él sabía disimularlo mejor que yo, pero a mí no me la daba.

—Eso ya lo veremos. —Me guiñó el ojo.

—Claro que sí, y mientras me follas, si te parece, grito bien fuerte para que tu mujer nos oiga. —Puse una mano en el pecho para separarlo de mí.

—A mí no me importaría que lo hicieras —reconoció con una de esas sonrisas que me hacía arder y querer comérmelo a besos.

—Héctor, no te pases. Sabes muy bien a qué he venido y no es a que pase nada entre los dos, y menos volver a caer en el mismo juego de yo ser la otra, mucho menos ahora que soy consciente. —Me puse seria para que viera la verdad en mis palabras.

Tenía que hacerle creer que no iba a tener nada conmigo. Si le decía cuáles eran mis intenciones, todo se podía ir a la mierda y no lo podía permitir.

Estaba claro que esas dos semanas iban a ser un infierno para mí.

—Perdona, tienes razón. Es que no sé lo que me pasa, que cuando te tengo delante pierdo la razón —reconoció con cierta tristeza.

—Chaval, perdona que te diga, pero tú perdiste la razón hace mucho —le dijo Lorena, dándole una palmada en el brazo antes de dirigirse hacia la salida.

Nosotros nos quedamos un poco más atrás. Caminábamos despacio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Por la mente de él no sabía qué estaría pasando; por la mía, mil cosas se atropellaban a la vez, sobre todo mis propósitos de llegar hasta donde quería.

—Necesito decirte esto. Aunque no me creas, te prometo que no te lo volveré a decir si no quieres escucharlo, pero quiero que sepas que el tiempo que estuvimos juntos, todo lo que vivimos, fue real.

»No quiero que pienses que fue mentira. —Íbamos andando despacio, casi sin mirarnos—. Para mí significó mucho. Tal vez no tenga sentido para ti, pero para mí sí lo tiene.

Para mí también lo tenía, más de lo que él imaginaba.

—Ya no importa. Todo eso quedó atrás. De nada vale pensar en ese mes que pasamos juntos; a fin de cuentas, no fue real del todo.

—Fue lo más real que he tenido en toda mi vida —me respondió sin titubear, con una firmeza que me atravesó por dentro.

—Será mejor que dejemos de hablar de eso. No sirve de nada darle más vueltas.

No me contestó. Solo asintió con la cabeza.

En la salida nos esperaba Lorena, hablando por teléfono. Imaginé que estaría con Adrián.

Dejamos que Héctor fuera delante de nosotras para indicarnos dónde estaba el coche. Una vez allí, guardamos las maletas y nos montamos.

Lorena se sentó rápido en la parte de atrás, dejándome sin escapatoria en el asiento del copiloto.

—¿Tenéis hambre? —preguntó cuando llevábamos un rato en el coche.

—Yo me muero de hambre —contestó Lorena y, una vez más, no me quedó más remedio que aceptar que se desviara para ir a un restaurante.

Si no me mentía a mí misma, tenía que reconocer que, a pesar de todo lo que había pasado, me gustaba tener a Héctor cerca. Me reconfortaba más de lo que debería. Incluso más desde que sabía la verdad.

Y fue precisamente por eso por lo que decidí venir aquí.

Al día siguiente de la boda de Rubén, Adrián me llamó para contarme todo lo que Héctor le había confesado.

Fue entonces cuando encajaron las palabras que me había dicho en la boda, cuando me arrinconó y habló de sueños. En ese momento comprendí que nada de aquello había sido casual. Y por eso me prometí que iba a cumplirlos. Porque lo de ser actriz, de pronto, me pareció una meta pequeña al lado de lo que había descubierto: que mi verdadero sueño era pasar el resto de mi vida junto al hombre del que estaba enamorada. Y por él, y por mí, iba a luchar.

De esto no tenía ni idea nadie. Para todos, yo solo venía a convertirme en modelo, cuando en realidad había venido para liberarlo de esa mujer.

Los únicos que estaban al tanto eran el novio de mi amiga y ella misma. Por eso Lorena me pedía que no fuera demasiado dura con él. Lo que no se daba cuenta era de que, si no lo era, acabaría dándose cuenta de todo.

No os voy a negar que me costó horrores no lanzarme a sus brazos al verlo en el aeropuerto y, sobre todo, mantener la distancia y el carácter. Cada palabra contenida me dolía por dentro, pero no podía permitir que interpretara nada distinto a lo que yo quería mostrarle.

Aunque no sabía cuánto tiempo sería capaz de resistir sin dejarme caer entre sus brazos, era justo eso lo que más necesitaba: sentir que estaba junto a él y creer que, juntos, podríamos con todo.

—Mañana tienes programada tu primera sesión de fotos —me dijo cuando nos trajeron la comida—. Es para una revista de novias.

—Mira por dónde, te vas a vestir de novia —comentó Lorena, disfrutando como una condenada de su plato.

Desde luego, esto de ser modelo iba a ser un martirio para mí. Mira que estaba delgada y tenía buen cuerpo, pues aun así los estilistas me habían prohibido casi todo. Allí estaba yo, con una triste ensalada delante, mientras ellos se comían un plato de pasta con una pinta que hacía que se me hiciera la boca agua.

—No va a ser la única vez que me vista de novia —respondí, y ahora venía lo peor—. Mira por dónde me va a venir bien; así me ahorro tener que buscar vestido para cuando me case con Félix.

Os puedo asegurar que esas palabras me dolieron más a mí que a Héctor.

Por no decir que era la mentira más grande que había pronunciado en mi vida.

Héctor soltó el tenedor que estaba a punto de llevarse a la boca, cargado de esa deliciosa pasta, y levantó la mirada lentamente hacia la mía. Cuando el azul de sus ojos chocó con el verde de los míos, el mundo se detuvo por completo.

Lo vi tan roto, tan dolido, con una tristeza tan profunda reflejada en la mirada, que me juré a mí misma que jamás volvería a hacerle daño. Ni siquiera aunque fuera por sacarlo de donde estaba metido.

Esa batalla la íbamos a luchar entre los dos. Porque, si estábamos unidos, todo sería más fácil, aunque tuviera que ser en secreto. ¿De qué nos servía seguir haciéndonos daño cuando la verdad, aunque incompleta, ya había empezado a salir a la luz?

Puede que él no tuviera ni idea de que yo lo sabía todo, pero se iba a enterar ahora mismo. No podía verlo así y quedarme de brazos cruzados. Mi corazón ya no podía aguantar ni un segundo más lejos del hombre que se había adueñado de él.

—No te vas a casar con ese hombre —fue todo lo que dijo.

Y lo hizo con calma, sin levantar la voz, sin imponerse. No fue una pregunta ni una súplica. Solo una afirmación cargada de verdad.

—No, no me voy a casar con ese hombre. —Nuestras miradas seguían conectadas sin desviarse ni un solo milímetro—. Porque con quien me voy a casar es contigo.

Era increíble la capacidad que tenían unas palabras, ya fuera para destruir o, por el contrario, para dar la mayor felicidad.

—Yo ya estoy casado —me contestó, pero lo hizo con los ojos brillantes de emoción.

—No por mucho tiempo, eso te lo prometo. Me caso contigo o no me caso con nadie. En ti está si quieres que sea la mujer más feliz del mundo o una vieja amargada. —Por primera vez en mucho tiempo le sonreí de verdad—. Lo sé todo y no voy a permitir que esa bruja nos quite lo bonito que estábamos construyendo.

Capítulo 24



Héctor

«Me caso contigo o no me caso con nadie». Esa fue la frase que se me quedó en la mente, dando vueltas una y otra vez.

No me podía creer que estuviera delante de mí y hubiera dicho esas palabras.

—¿Estás hablando en serio? —le pregunté, aferrándome a la posibilidad de que hubieran sido un sueño esas palabras—. ¿Lo sabes todo? ¿Sabes por qué me tuve que ir?

—Adrián nos lo ha contado todo, tranquilo. Solo lo sabemos nosotras. Por eso estoy aquí, no pienso permitir que se salga con la suya —me confesó.

—Ains, qué bonito... y mi amorcito se lo está perdiendo todo —soltó de pronto Lorena, haciéndonos reír—. No te preocupes, guapo, que venimos dispuestas a que se sepa todo y a poner las cartas sobre la mesa.

Una sensación de alivio me inundó el pecho. Por primera vez en meses fui capaz de respirar con normalidad, sin que cada bocanada de aire me doliera por dentro.

Y no era solo porque quisieran ayudarme a destapar a Giulia y a Leonardo. De eso ya me estaba ocupando yo y, con la ayuda inesperada de

Lorenzo, estaba convencido de que todo saldría a la luz mucho antes de lo que imaginaban.

Era porque la tenía a mi lado. Porque estaba dispuesta a todo por nosotros. Y porque eso solo podía significar una cosa: que seguía queriéndome.

—Eso de la boda con el tío ese ha dolido —le dije en tono de broma, aunque la verdad era que, al escucharla decirlo, me había dolido de verdad.

—Se suponía que no iba a decirte nada y que tenía que fingir que no me importabas, pero no he podido —confesó—. Me ha dolido mucho tu mirada.

A la mierda todo, pensé. O, mejor dicho, no pensé en absoluto en las consecuencias de lo que estaba a punto de hacer.

Me levanté de la silla. Me dio igual el resto de los comensales, me dio igual el mundo entero. Solo existía ella.

Tiré suavemente de su mano para ayudarla a levantarse y, sin darme tiempo a pensarlo dos veces, le sujeté el rostro entre mis manos.

—Héctor, nos puede ver algún conocido tuyo —susurró, con miedo... y con anhelo.

—Me da igual —respondí, acercándome cada vez más—. Llevo muchos meses deseando besarte de nuevo y ni una bomba me va a impedir hacerlo.

Nuestros labios se rozaron al pronunciar la última palabra.

Ese simple contacto fue todo lo que necesité. La besé con hambre, con fuerza, volcándolo todo en ese beso: lo bueno, lo malo, lo que dolía y lo que sanaba. Porque ella era eso para mí. La cura de todos mis males. La que devolvía la calma y la felicidad a mi alma.

La saboreé con las mismas ganas que llevaba meses reprimiendo, con una necesidad que no pensaba volver a contener jamás. No después de que

todo se arreglara.

—No sabes cómo te he echado de menos —murmuré contra sus labios.

—No vuelvas a dejar que nadie te chantajee —me pidió—. Si pasa cualquier cosa, tienes que decírmelo. Estoy segura de que juntos podremos afrontar lo que venga.

Una lágrima solitaria rodó por su mejilla.

—Pero si te vas... si desapareces... solo nos haces daño.

Me pasó una mano por el pelo, echándolo hacia atrás. Siempre le había gustado deslizar los dedos entre mis mechones, tocarme así, sin prisa.

Podía pasarse horas haciéndolo. Y yo horas dejándola. Me calmaba, me hacía sentir a salvo, como si nada pudiera atravesar ese refugio que construía solo con su contacto.

—Te prometo que todo lo que pase serás la primera en saberlo —le dije antes de darle un último beso y ayudarla a sentarse de nuevo. Luego regresé a mi sitio.

—¿Qué te pasa, tonta? —le preguntó Carolina a su amiga al verla secarse una lágrima con la esquina de la servilleta.

—Es que ha sido muy bonito y tierno —habló con emoción en la voz—. Déjame llorar, coño, que te he visto pasarlo mal durante meses y ya era hora de llorar, pero de alegría.

Su voz en ese momento era mucho más cantarina y alegre. Pobre Adrián, esta mujer pasaba de un estado de ánimo a otro en menos de un segundo.

—Ya veréis cuando se entere toda vuestra familia, van a flipar.

La verdad es que no había pensado demasiado en la reacción que podrían tener. Supuse que sería buena; al menos, mi madre se llevaría una

gran alegría y estaba convencido de que el resto también lo celebraría.

—No quiero ni imaginar las caras que se les van a quedar a Rubén y a Sonia —dijo entre risas.

Fue una risa limpia, bonita, de esas que sabes que nacen de dentro y no necesitan explicación.

Me gustaba verla así, tan relajada. Me hacía feliz observarla siendo ella misma, sin defensas ni miedos.

—No sé hasta qué punto puede resultar tan divertido —admití—. Me llevo muy bien con tu hermano, pero no sé si le hará demasiada gracia que su cuñado esté con su hermana pequeña, sobre todo teniendo en cuenta que soy mayor que él... y bastante más mayor que tú.

Las dos me miraron como si acabara de decir la mayor tontería del mundo.

—Me gustan los *sugar daddies* —soltó, la muy descarada.

—Te recuerdo que este *sugar daddy*, como tú dices, tiene mucha más energía que tú —le respondí, levantando la copa a modo de brindis.

—De esas cosas no se habla —replicó, con los mofletes encendidos.

—Uy, amigo... que Carolina hable de sexo abiertamente es casi misión imposible —intervino Lorena—. Siempre le ha dado vergüenza hablar de eso, incluso conmigo.

—Pues a la hora de practicarlo no es tan vergonzosa —añadí solo para picarla un poco.

—Cállate. —Me lanzó una servilleta, que atrapé al vuelo—. Sois lo que no hay.

Se tapó la cara con las manos, muerta de vergüenza.

Era increíble lo directa que podía llegar a ser para decir ciertas cosas y lo cortada que se volvía para otras.

Ojalá, Giulia, no esté en casa cuando lleguemos, pensé mientras conducía de regreso.

No me apetecía que rompiera el momento que estábamos viviendo y, para qué mentir, me moría de ganas de hacerle el amor. No pensaba quedarme con esas ganas; ya encontraría la manera de disfrutar de ella y de su cuerpo.

—Amiga, ¿preparada para la guerra? —le preguntó Lorena al llegar a la verja de entrada.

—Más preparada que nunca. Ya sabes, tenemos que sacarla de sus casillas para que estalle y termine soltándolo todo, llevada por la rabia.

A una la miré de reojo y a la otra por el retrovisor.

Madre mía... venían dispuestas a todo. Sonreí al verlas conspirar contra Giulia; la bruja no tenía ni idea de lo que se le venía encima.

—No la conocéis —les advertí—. Puede ser muy dañina con sus palabras.

—No te preocupes —respondió con seguridad—. Me he cruzado con más personas como ella a lo largo de mi vida. Sé muy bien lo que tengo que hacer.

Apoyó la mano sobre mi pierna.

Puse la mía sobre la suya, entrelazando nuestros dedos. Al llegar a la puerta de entrada, donde siempre dejaba el coche, tuve que soltarla. Me costó, pero no me quedó más remedio que hacerlo.

—De todos modos, tengo que decírtelo —añadí—. Intentará hacer ver que somos una pareja normal delante de vosotras. Te prometo que no voy a

dejar que me toque. —Me giré para mirarla a la cara—. Te juro que desde que estuve contigo no he vuelto a estar con nadie, y mucho menos con ella.

—Héctor, no necesito que me jures nada. Te creo y confío en ti —dijo, posando una mano en mi mejilla.

Ese simple gesto me dio fuerzas para bajar del coche y enfrentar lo que pudiera esperarnos tras esas puertas.

Las llevé a sus habitaciones. La de Lorena estaba en la parte izquierda, junto a la de Giulia, y la de Carolina a la derecha, justo enfrente de la mía.

Ese había sido otro motivo de discusión: Giulia insistía en que, para seguir aparentando, tendríamos que dormir juntos. Le dejé claro que antes muerto, que me daba igual lo que pensarán; no iba a compartir cama con ella ni loco.

Así que no tenía ni idea de qué excusa se habría inventado para explicárselo a las chicas. Por mi parte, ya conocían de sobra la razón.

Por lo visto, se cansó de esperarnos y, como paramos a comer, decidió ir a ver a su amante. Por mí, podía quedarse con él y no volver.

—Esta es tu habitación —le dije en voz baja cuando entramos y cerré la puerta tras nosotros—. La mía está justo enfrente —susurré, dando un paso hacia ella.

—Héctor, puede llegar en cualquier momento —respondió, con un temblor que no supe si era miedo o deseo.

—No nos prives de esto. Te necesito —confesé.

Mi voz sonó tan desesperada como la mirada que vi en sus ojos.

—A la mierda todo. —Saltó, enredando sus largas piernas alrededor de mi cintura—. Te deseo. Hazme tuya como si te fuera la vida en ello.

Dios... me moría por estar dentro de ella, por sentir su calor envolviéndome.

—Joder, Caro, no tienes ni idea de lo que me han provocado tus palabras. —Le devoré la boca con hambre, con urgencia, con una necesidad que me estaba consumiendo por dentro.

—Héctor, te necesito ya —susurró, convertida en un ruego.

No tuvo que repetirlo. Yo la necesitaba con la misma urgencia.

Joder, me vino de puta madre que llevara un vestido y no pantalones. Con una mano le subí la tela hasta dejarla recogida alrededor de su cintura.

Metí una mano entre nuestros cuerpos, me desabroché el pantalón y bajé la cremallera. Fue ella quien, con los talones, me los bajó junto con la ropa interior.

No recordaba cuándo había sentido una necesidad tan urgente de hacerla mía. Bueno, eso no era del todo cierto, porque siempre le había tenido las mismas ganas.

Llevé la mano a su sexo y la toqué por encima de las bragas. Estaba tan caliente como yo; el calor y la humedad traspasaban esa fina tela.

Gemí al sentirlo, enganché un dedo en el lateral de la prenda, la aparté a un lado y dejé su piel expuesta.

Pasé dos dedos a lo largo de sus pliegues. Dios, era puro fuego lo que salía de su interior.

—Por favor —me volvió a rogar.

Entre ese ruego y mis ganas, toda mi resistencia se fue a la mierda. Me introduje en su interior de una sola embestida.

—Qué gusto —pronunció, rota en un gemido.

Me quedé un instante dentro de ella, sin moverme. Necesitaba calmarme o terminaría mucho antes que ella. Hacía demasiado tiempo desde la última vez que habíamos estado juntos.

—Joder... qué bueno —murmuré con la voz ronca al sentir cómo se contraía a mi alrededor—. Me matas, preciosa.

Comencé a moverme despacio, saliendo de su interior para volver a entrar con calma.

Al principio marqué un ritmo lento, contenido. Pero en cuanto noté que los dos necesitábamos más, fui aumentando la intensidad. Las embestidas se volvieron más profundas, más rápidas, y los besos...

Los besos eran salvajes. Después de aquello estaba seguro de que tendría los labios hinchados y enrojecidos. Dios, qué gustazo saber que el responsable de todo eso era yo.

Ver cómo se deshacía entre mis brazos, conmigo dentro de ella, era una locura.

—Necesito que te corras —le susurré cuando estaba llegando al límite de mi resistencia.

Metió una mano entre nuestros cuerpos y comenzó a acariciarse. Podía sentir cómo estaba a punto de romperse alrededor de mí.

—Eso es, nena... déjate ir —murmuré, dejando un rastro de besos desde su hombro hasta la barbilla.

Sentí el instante exacto en el que se desbordó. Me mordió el hombro, clavó las uñas en mi espalda y su cuerpo se tensó por completo, sacudido por el orgasmo.

Y entonces me dejé ir con ella, liberando todo lo que había estado conteniendo durante aquellos meses.

Capítulo 25



Carolina

No sabía qué había pasado la noche anterior, pero para mí fue un alivio que la bruja no apareciera por el chalé; estaba convencida de que se había quedado a dormir con el hombre con el que estaba.

El caso es que, para nosotros tres, fue un respiro, sobre todo porque pudimos disfrutar de una cena entre risas y sin malos rollos.

Claro que eso no fue todo, porque después de despedirse Lorena e irse para su habitación, Héctor se vino a la mía, donde pasó toda la noche haciéndome gritar su nombre una y otra vez.

Nos habíamos cogido con ganas, eso no se podía negar.

Tuve que rogarle que me dejara dormir, que no podía más. Ese hombre parecía que tenía las pilas bien recargadas, porque lo suyo no era ni medio normal.

A ver, no os creáis que siempre era así; en esta ocasión fue una excepción. Estaba claro que siempre había tenido mucho aguante, pero nunca hasta ese punto.

Así que, bien entrada la madrugada, me dejó descansar. Fue la primera noche desde que se había marchado en la que dormí tan bien y de un solo tirón y, claro, el no dormir suficientes horas, aunque las hubiera dormido

profundas, provocó que me llevara una bronca de la maquilladora y del fotógrafo.

—La bronca me la he llevado por tu culpa —le dije a un Héctor que estaba pendiente hasta del más mínimo detalle.

—Te han reñido por las ojeras, pero también te han alabado el rostro tan resplandeciente que traes. Eso también es por mi culpa —me lo dijo en voz baja para que no se enterara nadie.

Pues tenía razón; si le decía lo malo, también le tendría que decir lo bueno.

—Tienes razón, pero para la próxima me dejas que duerma más. —Pasé por su lado con una bata de seda puesta.

Era blanca, brillante, de esas como las que suelen utilizar las novias cuando se están arreglando para el día más feliz de su vida.

—Menos mal que no he desayunado —pronuncié en voz alta.

—Se nota que es tu primera vez. A casi todas os pasa lo mismo; ya verás que no es para tanto. Tú solo tienes que dejar que te vistan ellos y hacer lo que yo te diga —me dijo Giuseppe, que era el fotógrafo que siempre contrataba Héctor para las sesiones de fotos.

—No estoy segura de que valga para esto —confesé con un poco de miedo.

—Nena, si alguien sabe cuándo alguien vale o no para esto, ese soy yo, y desde ya te digo que tú has nacido para posar. Solo hay que verte la cara tan bonita que tienes. —Esas palabras me reconfortaron un poco—. Con esta no has podido tener mejor ojo —le dijo a Héctor.

Él estaba de brazos cruzados, pendiente de todo lo que me iban haciendo.

—Ella es especial, la más especial de mi vida. —Lo miré con los ojos muy abiertos; no podía creer que hubiera dicho eso delante de todos—. No me mires así, preciosa, solo he dicho la verdad. —Me guiñó un ojo. El muy capullo me guiñó un ojo delante de todos.

—Héctor. —Lo nombré como una advertencia.

—Ya habéis escuchado, Carolina es especial, así que ya sabéis cómo la tenéis que tratar. —Me ignoró por completo. Ya lo cogería y le preguntaría qué cojones le pasaba por la cabeza para actuar de esa manera. Por ahora me iba a centrar en disfrutar de este momento.

Estaba nerviosa, no podía negarlo. Era la primera vez que posaba delante de una cámara de fotos sin que se tratara de un evento familiar o de alguna broma entre amigos, y eso imponía más de lo que había imaginado.

Las indicaciones que me fue dando Giuseppe eran claras y precisas, tanto que acabaron ayudándome más de lo que esperaba. Tenía una forma muy suya de hablar, directa, casi exagerada, pero efectiva.

El primer vestido fue una auténtica pasada. Para ese look me hicieron un maquillaje algo más marcado y un recogido más salvaje, porque ese era justo el efecto que querían transmitir con la novia: salvaje, sensual, atrevida.

Esas fueron, exactamente, las palabras que el loco que sostenía la cámara no dejaba de repetirme.

—Eso es... inclina un poco la cabeza y levanta la mirada, como si quisieras devorar a la persona que estás mirando —dijo.

Aquello era fácil. Héctor estaba delante de mí, sin apartar la vista ni un solo segundo de cada uno de mis movimientos.

—Corazón, estás hecha para esto.

—Pues yo sigo sin verme —confesé casi sin mover los labios, más para mí que para el resto.

—Preciosa, puedes confiar en cualquiera de los que están aquí. Son muchos años en este círculo y te aseguro que vas a brillar —me dijo Héctor con una seguridad que me desarmó.

Yo no quería brillar. Había venido para arreglar todo el caos que teníamos alrededor. Aunque, no iba a mentir, me estaba gustando ese jaleo inesperado, esa sensación nueva... así que pensaba disfrutarlo mientras durara.

—Yo sigo pensando que es mucha casualidad que tu primera sesión sea con vestidos de novia, ¿verdad, Héctor? —Le lanzó Lorena, aguantándose la risa.

—Era la propuesta que creí más acertada —reconoció sin ningún pudor.

—Leches, ya podías haberle elegido algo de ropa interior o bikinis —replicó mi amiga—. Con tanta tela no se aprecia bien el cuerpo.

Ni yo quería hacerlo, ni ella hablaba en serio. Lorena solo estaba intentando pincharle.

—No la escuches —le dije sonriendo—. Solo quiere provocarte.

—Las sesiones de trajes de baño se hacen en invierno —le explicó Héctor—. ¿Qué sentido tendría hacerlas en verano, cuando todo el mundo ya tiene el suyo comprado? Y normalmente se realizan en playas paradisíacas —añadió.

»En cuanto a la ropa interior, estoy revisando las condiciones con una nueva firma. Si el acuerdo nos encaja y Carolina quiere participar en ese catálogo, lo hará.

Lo miré, intentando descifrar si hablaba en serio. Después de lo que había visto en la boda de mi hermano, cuando me vio con Félix, pensé que sería más celoso. Pero no: no titubeó ni un segundo.

No le importaba que hiciera fotos en ropa interior. Y eso me gustó. Porque, aunque no fuera algo que le entusiasmara, estaba dispuesto a aceptar lo que hiciera falta si con ello yo era feliz.

—¿De verdad no te importa que pose con ese tipo de ropa? —insistió Lorena, empeñada en provocarlo un poco más.

—No —respondió él con calma—. Si es lo que ella quiere, a mí me parece bien.

Su mirada no mentía. Y sus palabras, mucho menos.

Lo hacía por mí, para que yo fuera feliz. Aunque Héctor fuera un poco celoso, prefería tragarse esos celos y dejarme volar.

Eso tenía que ser amor, ¿verdad? Dejar que la persona a la que quieres haga algo, aunque no sea de tu agrado, si con ello la ves brillar, sentirse plena, feliz de verdad.

Lo que él no sabía era que yo no quería hacer ese tipo de fotos ni de desfiles. No por él, sino por mí. Si podía evitarlo, no los haría; no me sentía cómoda.

Y no porque hubiera nada de malo en ello, ni mucho menos. Era por mi forma de ser, porque no creía ser capaz de soportar la vergüenza que me produciría, y mucho menos al imaginar a todos mis conocidos viendo esas imágenes.

Gracias, pero no.

Tal vez aquello fuera una señal clara de que aún no estaba realmente preparada para esa vida.

El segundo vestido con el que me hicieron las fotos era todavía más impresionante que el primero. De corte princesa, con la parte superior completamente de encaje y manga larga; desde la cintura, una falda de tul caía con una cola larga y elegante.

Era precioso, sí, pero no era mi estilo. A mí me gustaban menos pomposos, algo más sencillos, aunque siempre con ese punto de sensualidad que no necesitaba exagerarse.

Me encantaría llevar, el día de mi boda, uno de esos vestidos que hacen que tu pareja no pueda apartar la mirada de ti ni un solo segundo. Porque ese día sería suyo y mío. Porque ese día, aunque para muchos no tuviera demasiada importancia, para mí lo tendría todo.

Pasé por una infinidad de vestidos, con cambios constantes de peinado y maquillaje.

El día se nos fue por completo. Cuando por fin me quité el último vestido, me lavé la cara y solté el pelo, estaba completamente molida. Entre lo poco que había dormido la noche anterior y el no haber parado ni un segundo, estaba segura de que en cuanto me subiera al coche, caería rendida.

—¿Cansada? —me preguntó Héctor, entrelazando sus dedos con los míos sobre mi pierna.

—Sí, no pensaba que pudiera ser tan agotador —respondí, con la cabeza apoyada en el reposacabezas; la giré para mirarlo—. Aunque ha sido muy gratificante —admití con una sonrisa.

—Has estado fantástica. —Levantó nuestras manos y dejó un beso suave en el dorso de la mía.

—Concuerdo con tu hombre —dijo Lorena desde el asiento trasero.

La miré por encima del hombro, con las cejas levantadas por ese tu hombre.

—No me mires así —añadió—. Es tu hombre, aunque todavía no lo podáis decir en voz alta.

—Dentro de poco lo gritaremos a todo el mundo —dije, dejándome llevar por la ilusión—. Pero, mientras tanto, hoy no nos libra nadie de enfrentarnos a la bruja.

—Tienes razón —intervino Héctor—. Hoy está en casa. De hecho, me ha estado llamando todo el día y, al ver que no le contestaba, han empezado

a llegarme sus mensajes.

—Sé que todo esto es una mierda para vosotros —dijo Lorena—, pero ¿os habéis parado a pensar que esto parece un lío de adolescentes... o directamente una telenovela?

Hizo un gesto con las manos, como si anunciara un cartel.

—De esas en las que el amado no puede estar con su enamorada y, por mucho que lo intente, siempre hay algo que se interpone.

La muy cabrona lo estaba disfrutando mientras lo decía.

—Aquí la única que se interpone es la bruja —respondí siguiéndole el juego—, y porque ha falsificado unos papeles que pueden llevar a mi amado directamente entre rejas.

—¿Y te parece poco? —me preguntó Héctor con una ceja levantada.

—Cariño, para la próxima no dejes tus papeles a mano donde los pueda coger cualquiera y sé un poco más original con tus claves del ordenador —le contesté.

Detuvo el coche en la entrada del chalé. No nos habíamos bajado aún, cuando la puerta se abrió de golpe, saliendo por allí la bruja. Sí, porque era como la había bautizado y así se iba a quedar, eso sí no quería llamarla de otro modo peor.

—Ya era hora. —Se dirigió a Héctor sin detenerse a saludarnos a Lorena ni a mí, pero ni falta hacía—. Te he estado llamando y escribiendo, podrías haber contestado. —Cada vez estaba más cerca de él y, como se le ocurriera darle un beso, le arrancaba los pelos sin pensarlo dos veces—. Me tenías preocupada.

Mira qué bien hacía su papel de mujer enamorada de su marido, pensé con ironía.

—¿Desde cuándo te preocupas? —le preguntó serio—. Y lo mínimo que puedes hacer antes de montar esta escena de mujer afligida es pararte a saludar a nuestras invitadas.

Desde luego, Héctor no se lo iba a poner fácil. Esa actitud de él hacia ella me gustó mucho.

—No te pases, amor. —Dio un paso en su dirección. Me jodió mucho que le llamara por ese apelativo cariñoso, aunque sabía que se lo decía con sarcasmo; me jodió—. Parece que no te ha hecho mucha gracia que anoche me quedara a dormir en casa de mi hermana.

»Claro, estás tan acostumbrado a dormir todas las noches demasiado acurrucado conmigo, que me has echado de menos. —La odiaba con todas mis fuerzas.

Levanté la mirada, conectando con la de él por unos segundos. Vi pena: por mí, por él y por toda la situación.

—Buenas noches. Creo que en la boda no tuvimos mucha oportunidad de hablar. Soy Lorena, no sé si lo recuerdas. —Intervino mi amiga, mientras yo me dedicaba a contar por lo menos hasta mil para intentar tranquilizarme y no cargármela allí mismo.

—Perdonad, pero es que en cuanto veo a mi marido, me olvido de todo lo demás. —Hipócrita, eso es lo que era.

—Qué curioso, a mí me pasa lo mismo cuando lo veo. —Dejé un segundo para que se confundiera—. O, perdón, quiero decir que me pasa lo mismo cuando veo a mi pareja. —Puse una sonrisa dulce, aunque por dentro estaba que trinaba.

Capítulo 26



Héctor

Hacía una semana que Carolina estaba en mi casa y, desde la primera noche que pasamos juntos, no había podido volver a estar con ella a solas.

Giulia estaba atenta a todo y no me dejaba ni respirar. Estaba más insoportable que nunca, me tenía al límite. Menos mal que el detective me dio algo de alivio al decirme que ya lo tenía todo controlado y que solo le faltaban unos puntos que todavía tenía sueltos.

Ya sabía a qué cuentas había ido a parar el dinero y a nombre de quién estaban. Como era de esperar, estaban a nombre de ella. No todo el dinero; faltaba una parte y era precisamente ese uno de los puntos que todavía estaba investigando.

Yo sabía de sobra dónde estaba ese dinero, y no era en otro sitio que a nombre de Leonardo, pero por muy seguros que estuviésemos los dos, con eso no nos valía; debíamos tener documentación para poder demostrarlo.

Estaba disfrutando a medias. Por un lado, estaba feliz porque Giulia se veía muy confiada; lo que no sabía era que cada vez tenía más apretado el nudo de la cuerda que tenía alrededor del cuello; pero, por otro lado, quería que todo esto terminara de una vez para poder estar libremente con Carolina.

Habían sido muchos meses de angustia y ya iba siendo hora de poder respirar con tranquilidad.

Estaba duchándome para meterme en la cama, a ver si pasaba rápido la noche para poder contar una menos alejada de mi mujer. Porque, para mí, Carolina era mi única mujer, la que me importaba y de la que estaba enamorado.

Ya faltaba un día menos, pensé con un resoplido, dejando que el agua cayera desde mi cabeza hasta mis pies.

Estaba con los ojos cerrados mientras me iba enjuagando la espuma del pelo cuando sentí unas manos acariciarme desde los hombros, bajando por la espalda, pasando por ambos lados de la cintura y, más abajo, intentando llegar a mi miembro.

Cogí esas manos con miedo a que fuera Giulia, pero con la esperanza de que fuera Carolina.

—¿Qué haces? —Mi voz sonó más brusca de lo que pretendía.

—No soporto una noche más alejada de ti y, a la vez, estando tan cerca —suspiré al oír la voz de Carolina—. Te necesito, quiero sentir tus besos, quiero que me abracés fuerte, necesito sentirte cerca para seguir aguantando toda esta mierda.

Solté sus manos y dejé que siguiera el camino que había empezado.

Ahora que sabía que era ella, no le iba a impedir que me tocara, no cuando lo deseaba con todas mis fuerzas.

Carolina seguía a mi espalda. Sentía cómo sus pechos estaban totalmente pegados a mí. Su mano pasó por encima de mi longitud con suavidad, despacio, sin prisas. Se notaba que quería disfrutar de ese momento con toda la calma del mundo.

En cuanto rodeó mi pene erecto con sus finos dedos, eché la cabeza hacia atrás, apoyándola sobre su hombro, soltando un suspiro ronco.

Era increíble lo que esa mujer podía hacer con mi cuerpo, cómo con su sola presencia podía hacer que todo lo que no fuera ella dejara de tener sentido y valor para mí.

Con una mano rodeé la que se movía sobre mi miembro y apreté un poco para que el placer fuera aún mayor de lo que ya era.

—Preciosa, han pasado días —le dije con la voz ronca.

—Lo sé, por eso estoy aquí, sin importarme que nos puedan pillar. —No paró de darme besos desde un hombro hasta el otro. Fueron besos dulces, de esos que das cuando de verdad quieres a alguien.

Me giré para tenerla de frente; necesitaba besarla, hacerle ver que estaba aquí con ella y que me iba a quedar para siempre.

No teníamos urgencia. Aunque el tiempo y el lugar estuvieran en nuestra contra, no nos importaba nada, solo nosotros, ese momento y lo que nos hacíamos sentir el uno al otro.

Nos recorrimos el cuerpo acariciándonos, besándonos y sintiendo cómo cada vez crecía más el amor que sentíamos.

Los besos fueron subiendo de intensidad, una que nos estaba cegando por completo. Me volvió loco cuando su lengua hizo un camino descendente desde la base del cuello hasta el centro del pecho; siguió bajando y el cosquilleo que sentía en la parte baja de mi vientre aumentó considerablemente.

Cerré los ojos con fuerza, tomando una bocanada de aire cuando llegó al ombligo, lo rodeó con la punta de su lengua húmeda y caliente.

—Joder... —gemí.

Sonrió sobre mi piel, sentí cada soplo de aire que se le escapaba.

Siguió con su juego de besos desde una cadera a la otra, deteniéndose un poco más de tiempo sobre el final de la V. Me estaba matando, literalmente;

esa mujer iba a terminar con mi cordura.

Se arrodilló ante mí, separando sus piernas. Joder, era una imagen que no iba a olvidar en la vida.

Me estaba provocando cada vez más con su mirada, con esa mano con la que recorrió su cuerpo hasta llevarla a su vagina, dejándola allí, dándose placer ella misma mientras se introducía mi miembro en la boca.

—Bendita boca —pronuncié cuando rodeó la cabeza del glande con su lengua.

—Me encanta ver cómo te hago disfrutar —habló entre el deseo que sentía al tener mi pene en la boca y el placer que se estaba proporcionando ella misma.

—Te puedo asegurar que no más que a mí, sobre todo con la imagen que tengo ante mis ojos —susurré, azorado por las sensaciones que me estaban invadiendo.

Con una sonrisa traviesa y gimiendo, volvió a introducir mi miembro en la boca, se lo metió tan dentro como pudo. Desde ese momento no dejó de mover su cabeza sobre él; subía y bajaba cada vez más rápido, ayudándose con la mano contraria, con la que se estaba tocando.

O paraba en ese momento o iba a terminar en su boca, y no era precisamente ahí donde quería hacerlo.

—Preciosa, para, que no aguanto mucho más. —Pero no me escuchó o no quiso hacerlo.

Tuve que apretar la mano con la que le tenía cogido el pelo para separarla de mí.

—No te detengas y sigue tocándote —le dije con la vista fija en esa mano y escuchando sus jadeos.

—Estoy a punto —me comunicó, aunque no hacía falta que lo hiciera.

Lo sabía por la humedad que veía en su vagina y en sus dedos, y por la respiración acelerada.

Llegó al orgasmo que se había provocado ella misma un segundo más tarde. En cuanto lo hizo, la ayudé a levantarse.

Le devoré la boca con más hambre que nunca, con la sangre hirviendo en mis venas, con la impaciencia de estar dentro de ella.

Hice que rodeara mi cintura con sus piernas, ayudándola con una mano debajo de su trasero y la otra apoyada en la pared de la ducha, a la altura de su cabeza.

—Ya, Héctor, no me hagas esperar más —rogó sin dejar de mover sus caderas para que nuestros sexos se rozaran.

—Me encanta lo impaciente que te pones por sentir cómo entro en ti —le susurré al oído, atrapando el lóbulo entre mis dientes y tirando un poco de él—. No hay nada mejor que escucharte rogarme para que te dé placer.

—Sí que hay algo mejor, pero ahora mismo nos lo estás negando para hacer que te ruegue más. —Cruzó los tobillos en mi espalda, empujándome hacia delante para que la penetrara.

Paseé mi nariz por su cuello, inspirando profundamente su olor. Ella decía que mi olor le encantaba, que la volvía loca y que, si fuera por ella, estaría todo el día con la nariz enterrada en el pliegue de mi cuello.

Lo que no sabía era que su olor me producía las mismas sensaciones, me volvía igual de loco, me encantaba y me hacía desearla cada vez más.

De una sola embestida llegué a lo más profundo de su interior. Tuvimos que contener el grito para que nadie nos escuchara.

Qué ganas tenía de no tener que contenernos nunca más, de hacerla gritar tan fuerte hasta que le doliera la garganta y no pudiera ni hablar al día siguiente.

Fueron penetraciones profundas, certeras, llegando justo donde tenía que llegar para hacer que se le quedaran los ojos en blanco de tanto placer.

Me gustaba verla así, dejándose llevar por el deseo, por el placer que nos dábamos los dos.

Justo después de que Carolina llegara a su segundo orgasmo de la noche, llegué al mío. Lo hice mientras la abrazaba con todas mis fuerzas.

Me quedé dentro de ella, dejando toda mi esencia en su interior, disfrutando hasta el último segundo de placer. Era una sensación tan agradable que quería quedarme allí para siempre.

—Te amo —fue la primera vez que me atreví a decirle esas palabras.

Le había dicho muchas veces que estaba enamorado de ella, que la quería, pero nunca le había dicho que la amaba.

No lo había hecho porque, cuando se lo dijera, quería que fuéramos completamente libres. Sin embargo, no pude callármelo por más tiempo; necesitaba expresarlo y que ella se diera cuenta del nivel de amor que sentía por ella.

—Yo también te amo, y lo hago de una forma tan profunda que me duele en el alma no poder estar contigo como deseo —dijo con una lágrima rodando por sus mejillas.

Se la limpié con un beso, haciéndome una promesa que pensaba cumplir aunque me costara la vida: Carolina no volvería a llorar por mi culpa si era por dolor o pena.

A partir de ese momento, las únicas lágrimas que le provocaría serían de felicidad.

—No llores, te prometo que queda poco para que todo termine —dije sobre sus labios— y en cuanto tenga el divorcio, nos vamos a casar. Quiero pasar el resto de mi vida junto a ti, formar una familia contigo y hacerte la mujer más feliz del mundo. Esa es mi meta y la pienso cumplir.

Me rodeó el cuello con fuerza, apoyando su frente contra la mía.

—Yo también te prometo que te voy a hacer el hombre más feliz del mundo, porque nunca voy a dejar de amarte con todo mi corazón — pronunció esas palabras sin apartar sus ojos de los míos.

Capítulo 27



Carolina

—Eres una zorra. —Fue lo que escuché a mi espalda cuando salí de la habitación de Héctor bien entrada la madrugada—. ¿No te da vergüenza meterte en la cama de un hombre que está casado?

Enderecé la espalda todo lo que pude y me volví hacia ella con una gran sonrisa.

¿A mí me hablaba de tener vergüenza? Yo no había sido la que había engañado a su marido follando con otro mientras él estaba en otra habitación.

—Es que tu marido está demasiado bueno como para dejarlo pasar. —Había venido buscando guerra y la iba a encontrar.

—No eres más que una puta que solo sabe abrirse de piernas —dijo con la cara roja por la rabia que le recorría todo el cuerpo.

Y esa rabia no era porque lo quisiera, era porque no soportaba que alguien le quitara lo que consideraba suyo, aun sabiendo que, si no habían firmado los papeles del divorcio, era porque ella lo tenía amenazado.

¿Podía ser más hipócrita? Yo creo que no. Si buscáramos en un diccionario la definición de esa palabra, estaba segura de que saldría su cara reflejada al lado.

—¿Yo soy una puta que se abre de piernas? —Me señalé con el dedo a mí misma—. No soy yo la que se folló a otro estando mi marido y mi amiga en la casa, no soy yo la que sigue casada con él porque lo está obligando, no soy yo la que lo está obligando a permanecer conmigo estando enamorado de otra. —Fui dando pasos hasta quedar justo delante de ella.

Por el rabillo del ojo vi que Lorena había salido de su habitación. Estaba segura de que estaba vigilando para evitar que me pillara, pero, por lo que se veía, no había podido evitarlo. Me daba igual; mi paciencia había llegado al límite.

Me di cuenta de que Lorena movió el teléfono para indicarme que lo estaba grabando todo y estaba segura de que Héctor estaba haciendo lo mismo desde dentro y que, si no salía por ahora, era para aprovechar la oportunidad que se nos había presentado para poder librarnos de ella.

—Héctor es mío y así seguirá siendo hasta que me dé la gana, porque o sigue a mi lado o lo mando a la cárcel. Y tú no querrás que eso pase, ¿verdad? —Quería provocarme más, pero yo iba a ser más lista que ella.

Porque dejarte llevar por la rabia te podía hacer perder los papeles y cometer errores, y yo tenía la cabeza fría, al contrario que ella, que cada vez estaba más cabreada.

—Es tuyo sobre el papel, porque a la que se folla cada vez que puede es a mí, y no sabes cómo lo hago disfrutar. Tendrías que ver cómo gime mi nombre junto a mi oído mientras se corre, intentando dejarme embarazada. —No me gustaba hablar así, pero a medidas desesperadas, soluciones más desesperadas todavía.

»Y lo mejor de todo es que él no ha tenido que engañarte: cuando me vio de verdad, ya estaba tu matrimonio roto, porque tú te encargaste de romperlo poniéndole los cuernos tantas veces como quisiste. —La hija de puta me sonrió.

—Sigue disfrutando de él lo que puedas, que en el fondo vas a ser la amante. Cuando lo mande a la cárcel, ¿también vas a ir allí a abrirte de piernas? Porque es donde lo pienso mandar.

—Estás muy equivocada, porque los que vais a ir a la cárcel vais a ser tu amante y tú por robar, hacer un desfalco e intentar que Héctor parezca el culpable —le contesté, conteniéndome para no cruzarle la cara.

—Eso no lo puedes probar. Mientras la policía investiga o no, a mí me habrá dado tiempo de irme a un país donde no tengan poder para extraditarme. —*Sigue hablando, capulla, pensé*—. Con todo el dinero que he robado, voy a vivir una vida llena de lujos mientras tú vives alejada del hombre que quieres.

—Si no lo quieres, ¿por qué obligarlo a seguir casado contigo? No te cortes ahora y dilo, ya que te vas a ir de rositas; por lo menos no me dejes con la duda. —Metí un poco más el dedo por si volvía a caer y seguía soltándolo todo.

—Porque lo necesitaba para que alguien pagara por ese desfalco. Lo hemos calculado tan bien Leonardo y yo que jamás sabrán que hemos tenido nada que ver, pero, si lo descubren, no podrán hacerme nada, porque, como te he dicho, estaré muy lejos. —Me sonrió con arrogancia.

Con ella me daba igual aparentar arrogancia. Esa mujer tenía la capacidad de sacar de mí lo peor, actitudes que jamás había tenido con nadie.

Nunca me había comportado así con nadie y no creí que volviera a hacerlo, aunque estaba segura de que, si su querido «amiguito» también estuviera delante, provocaría lo mismo.

Sabía que era el odio tan grande que les tenía por hacer daño a un hombre bueno, al único hombre que había querido en toda mi vida.

—Vaya, me has dejado perpleja de lo inteligentes que habéis sido los dos y ahora te lo voy a preguntar una sola vez. —Hice que me mirara directamente a los ojos—. ¿Estás segura de que quieres seguir por ese camino? ¿No quieres devolver ese dinero, divorciarte y vivir tu vida con ese hombre?

—Estás loca si piensas que voy a hacer eso después de lo que me ha costado conseguirlo. —Se estiró todo lo que pudo, como si esa actitud me fuera a dar miedo—. Llevamos casi un año moviendo ese dinero poco a poco para que nadie se diera cuenta, inflando facturas para que no sospecharan.

»Esto lo empecé mucho antes de que me pillara con Leonardo; en ese momento creí que lo había perdido todo por haberme dejado llevar por el calentón aquella noche, por eso he tenido que mostrar mis cartas y chantajearlo.

—Entonces, por lo que veo, tu idea era desaparecer sin decir nada. —No se lo pregunté, lo afirmé; ella lo había dejado bien claro.

—Exacto. No iba a decirle nada porque no se iba a enterar hasta que tuviera a la policía encima, después de que recibiesen una llamada anónima y yo estuviera bien lejos, pero todo se fue al traste cuando nos pilló en el baño. —Qué hija de gran puta era.

—De verdad, me dejas sin palabras de la mente tan ingeniosa que tienes, pero ¿sabes qué? —No la dejé contestar—. Que no eres la única inteligente que hay; por suerte somos más personas y con una inteligencia mayor que la tuya. —Me miró como si no supiera de qué estaba hablando.

Estaba claro que cuando le dije que era inteligente, era con sarcasmo, porque de eso tenía la justa para respirar.

Lo que no podía negar era lo mala y víbora que era. Menos mal que su jugada había llegado a su fin.

—¿Lo tienes?

—Claro que lo tengo, ya te he dicho que ese dinero lo tengo yo y la libertad de Héctor también la tengo yo en mis manos. —La gilipollas pensó que le estaba preguntando a ella.

—Lo tengo todo y bien clarito, se le escucha hablar —dijo mi amiga apareciendo por su espalda.

Giulia se giró con rapidez al escucharla.

—No sabes lo bien que se te escucha grabada aquí. —Levantó su móvil para enseñárselo.

—Dame ese puto teléfono. No vais a venir a fastidiármelo todo, no después de todo lo que he hecho, no me vais a privar de lo que me pertenece. —Intentó abalanzarse sobre Lorena.

No se lo permití. Fui más rápida y la detuve, cogiéndola por la parte de atrás de la camiseta para impedir que alcanzara a Lorena.

Con lo que no contaba era con que se volviera hacia mí y me soltara una bofetada.

Lo vi todo rojo. Hasta ahí había llegado mi paciencia. Se la devolví en el acto, sin pensar ni medir consecuencias.

Sentí unos brazos rodearme desde la espalda, levantarme casi en volandas y apartarme de ella.

—No caigas en su juego, la policía viene de camino —me dijo Héctor con firmeza, sujetándome con fuerza.

—Ha sido ella la primera que ha pegado —respondí con rabia, todavía temblando.

—Lo sé, pero no puedes caer —me habló en voz baja, pegado a mi oído—. Si la agredes, puede decir que todo es mentira, que se vio obligada a confesar porque le pegaste. Ahora que la tenemos, no puedes dejarte llevar por la rabia. Demuestra que vales mucho más que ella.

Sabía que tenía razón, pero joder... me fastidiaba no poder darle lo que se merecía. Y mira que no era violenta, pero esa mujer tenía la capacidad de sacarme de quicio, de convertirme en alguien que no reconocía.

—Suéltame —le exigió a Lorena, que la tenía bien sujeta por los brazos para evitar que volviera a atacarnos.

—Claro que sí, para que me destroces la cara y deje de gustarle a mi chico —respondió mi amiga, completamente fuera de sí. Estaba claro que estaba loca... y bendita locura.

La policía no tardó ni cinco minutos en llegar. Fue Héctor quien se hizo cargo de todo, con una calma que yo no sabía de dónde sacaba. A Giulia se la llevaron detenida, mientras que otra patrulla salió en busca de Leonardo.

Tuvimos que vestirnos y acompañarlos a comisaría para que Héctor presentara la denuncia formalmente.

Por primera vez en meses pude respirar tranquila, dejando que el aire llenara mis pulmones sin miedo, sin opresión. A partir de esa noche sabía que comenzaba una nueva vida. Solo esperaba que nada más se interpusiera en mi felicidad.

A partir de ese momento, me tocaba disfrutar de mi trabajo, que quizá no fuera definitivo, pero mientras durara, pensaba vivirlo al máximo.

Durante años había idealizado una vida detrás de una pantalla y, al tener por fin algo que se le parecía —aunque fuera muy distinto—, comprendí que no todos los sueños nacen para quedarse, sino para conducirte hasta otros más reales.

—Por fin sois libres... ¿qué pensáis hacer a partir de aquí? —nos preguntó Lorena después de llegar a casa y sentarnos en el sofá con una copa de vino cada uno; fue con eso con lo que brindamos por haber acabado todo.

—Lo primero que vamos a hacer es ir a España. —Lo miré con cierto temor por lo que pudiera decir la familia—. No me mires así, no pienso esconderme ante nadie. Se lo vamos a decir a la familia. Y después vivir nuestras vidas como queramos y de la mejor forma que sepamos. —Me echó el brazo por encima de los hombros, atrayéndome hacia él.

Capítulo 28



Carolina

Estábamos de vuelta en España. Solo habíamos venido para pasar el fin de semana, sobre todo para contarles a nuestras familias todo lo que había pasado y que, por fin, estábamos juntos.

La idea era hacerlo a modo de sorpresa. Vamos, que nadie esperaba que yo estuviera allí, en el chalé de Héctor, así que, cuando llegaran y me vieran, se iban a quedar con la boca abierta... o al menos eso pensaba yo.

—¿A qué hora les dijiste que vinieran? —le pregunté al salir de la ducha, mientras me liaba una toalla alrededor del cuerpo y otra en la cabeza.

—A las nueve de la noche —me respondió saliendo detrás de mí, con otra toalla rodeándole las caderas.

Nos habíamos duchado juntos; eso sí, antes nos dejamos llevar. Héctor era puro fuego y, en cuanto tenía ocasión, me buscaba. Siempre lo hacía con las mismas ganas, con la misma intensidad, como si no se cansara nunca de mí.

Al pasar por detrás de mí camino del vestidor, me dio un beso en el hombro desnudo. Me encantaba ese hombre, sobre todo ahora que se sentía libre. Siempre estaba demostrándome su cariño, ya fuera con palabras, gestos, miradas o caricias que decían mucho más de lo que él creía.

Habíamos llegado por la mañana y, tal como Adrián nos recogió —eso sí, antes se comió a su chica a besos—, cuando se cansaron de darse esas muestras de amor, nos dejaron en casa.

Quedamos en que ellos llegarían antes que el resto para ayudarnos a prepararlo todo. El cochinillo ya estaba metido en el horno, aunque todavía quedaban algunas cosas por hacer.

Menos mal que la buena de Lola nos había hecho la compra el día anterior. Héctor la avisó un par de días antes para decirle que íbamos a venir.

A Lola la conocí cuando estuve con Héctor la vez anterior, antes de que todo se fuera a la mierda, y desde el principio me llevé muy bien con ella. Era una mujer superdulce, cercana y agradable.

Nos había comprado de todo, y eso que solo íbamos a pasar el fin de semana. Podíamos permitirnos ese pequeño lujo porque Héctor me había librado de una pasarela y de una sesión de fotos.

—Nena, si te pones así delante de mí me provocas —me dijo mientras se iba acercando.

—Quieto. —Lo detuve apoyando la mano en su pecho—. Te provocas tú solito y sin mucho esfuerzo. —Sonrió al oírme—. ¿Cómo crees que se lo tomarán cuando sepan que estamos juntos? —pregunté, esta vez con un deje de inquietud.

No es que pensara que se lo fueran a tomar mal... o al menos quería creer que no. Pero Héctor había estado casado. Bueno, seguía casado todavía, aunque por poco tiempo, si la bruja firmaba los papeles y dejaba de dar por culo.

En fin, que empiezo contando una cosa y acabo yéndome por otra.

Lo cierto es que Héctor seguía legalmente casado y, por la pinta que tenía, iba a seguir así hasta que un juez dijera lo contrario, porque la bruja no lo iba a soltar tan fácilmente.

Al principio pensé que el proceso iba a durar años. Por suerte, el abogado nos había dicho que el tema de los divorcios estaba yendo bastante rápido y que, en el caso de Héctor, lo sería aún más. Con todas las pruebas de estafa, la habían imputado y mandado a la cárcel hasta que se celebrara el juicio.

¿Veis? Otra vez me he ido... y yo lo que quería era hablar de mis miedos.

Por un lado, estaba tranquila. Mis padres apreciaban mucho a Héctor y los suyos me querían a mí. Pero, por otro, aparecían las dudas, sobre todo al pensar en mi hermano y en Sonia. Lo que menos quería era que pensarán que les habíamos estado mintiendo.

—No te preocupes más —me dijo Héctor—. Se lo van a tomar bien y, si no es así, sintiéndolo mucho, son nuestras vidas y haremos con ellas lo que queramos.

Tenía razón. Y por primera vez en mucho tiempo, decidí creerlo y respirar un poco más tranquila.

Iba a pensar en positivo y a tomármelo todo con más calma; ya habíamos tenido sobresaltos de sobra para una larga temporada.

Cuando volví a mirar a Héctor, fue como si lo estuviera viendo por primera vez. No tenía ni idea de qué hacía ese hombre conmigo, pero lo que sí tenía claro era que, cada día que pasaba, me parecía más guapo.

Se había puesto unos pantalones de vestir, algo más informales, en verde caqui, y una camisa blanca con las mangas remangadas justo por debajo de los codos.

Había completado el conjunto con un cinturón marrón, a juego con unos mocasines más modernos y desenfadados que los clásicos de siempre.

Más guapo no podía estar.

Yo opté por unos pantalones pitillo negros, una blusa azul clara y unas manoleínas *beige*. Me había vestido sencilla, pero quería estar cómoda y, como íbamos a estar en casa y los invitados eran solo familia, no tenía ninguna intención de pasarme la noche subida a unos tacones.

Me recogí el pelo en una coleta ladeada, me di un poco de rímel y brillo en los labios y, por último, me puse perfume. Lista para ir a la cocina y seguir preparando algunos entrantes.

—¿Puedes abrir? —le pregunté cuando sonó el timbre de la puerta principal.

Hacía un rato que Héctor había decidido dejar la verja abierta para que fueran entrando sin necesidad de tocar el portero exterior.

—Ya está aquí lo más bonito de la tierra. —Escuché la voz de Lorena—. ¿Dónde está metida la fea? —le preguntó a mi chico.

—Está en la cocina —respondió entre risas. Desde allí distinguí perfectamente su carcajada; tenía una risa tan varonil que cada vez que la oía se me erizaba la piel.

—Amiga, no te escondas, que encima que traigo el postre, huyes de mí.

Lorena era especial. Era una hermana, una amiga con la que podías contar para lo malo, para lo bueno y para lo regular. Siempre había estado presente en mi vida desde que nos conocimos aquel día en el centro comercial.

¿Quién me iba a decir que la chica que encontré llorando a moco tendido acabaría convirtiéndose en uno de los pilares más importantes de mi vida?

—Es que cuando te oigo me empieza a invadir el terror, pero no sé cómo te las arreglas para que siempre termines encontrándome. —Le seguí la broma.

—Nena, admítelo: no podrías vivir sin mí ni un solo día. —Dejó sobre la isla una caja de una pastelería famosa que, por cierto, hacía unas tartas de

escándalo.

—Como hayas comprado la de turrón o la de queso, te como la boca —le dije mientras iba directa a por la caja para comprobarlo y guardarla en la nevera.

—Cariño, corre, no te lo pierdas —le gritó a Adrián—. ¿No decías que te daba morbo ver a dos tías besarse? Pues date prisa, que Caro me va a comer la boca.

La carcajada que solté fue monumental.

—Joder, mi sueño hecho realidad: ver a mi chica con otra —dijo Adrián entrando por el arco de la cocina—. Ya os podéis besar —añadió, dando una palmada y frotándose las manos.

Antes de que mis labios llegaran a rozar los de mi amiga, Héctor apareció y me cogió al vuelo, impidiéndolo.

—Lo siento, pero a ella solo la beso yo. —Y lo hizo. Vaya si lo hizo. Me dejó con las piernas temblando.

—No sé si pensar que eres mi amigo o mi enemigo —le dijo Adrián, fingiendo estar dolido—. Si me das una cerveza, te perdono —añadió—. No me puedo creer lo blando que soy.

Sacó cervezas para los cuatro y, entre charla relajada y sorbos tranquilos, terminamos de preparar los entrantes y el resto de la comida.

Estábamos terminando de montar la mesa cuando sonó el timbre de la puerta. De nuevo fue Héctor quien fue a abrir.

Los primeros en llegar fueron Rubén y Sonia. No me hizo falta verlos; con solo escucharlos supe perfectamente quiénes eran.

—No cierres —le dijo mi cuñada a su hermano—. Papá está aparcando. Puedes cerrar la verja, que Tomás y Aurora vienen con ellos.

Sonreí para mis adentros. La sorpresa que se iba a llevar cuando me viera en la cocina de su hermano prometía ser memorable.

—¿Dónde te has dejado a la bruja? —Oí que le preguntaba mi hermano—. Lo siento, tío, pero es una bruja por mucho que sigas con ella.

—Giulia está donde tiene que estar —respondió Héctor con calma—. Han pasado muchas cosas y ya os las contaré a todos juntos.

—Espero que sea para bien y no para peor, porque, macho, anda que volver con ella después de lo que te ha hecho... —Rubén no se callaba ni debajo del agua—. Que mujeres hay a patadas en este mundo.

El resoplido de mi hermano se escuchó hasta la cocina.

—En tres, dos... —empezó Lorena la cuenta atrás, conteniendo la risa—. Uno, cero.

Sonia apareció la primera por la entrada.

—Pero bueno, ¿qué haces tú aquí? ¿Y por qué no nos habías dicho que venías también? —preguntó, soltando las botellas de vino para venir directa a abrazarme.

—Lorena y yo hemos venido en el mismo vuelo que tu hermano —le respondí, devolviéndole el abrazo con fuerza.

—Enana, no te esperaba aquí. —Rubén llegó hasta mí y, como tenía por costumbre, me cogió en brazos y dio una vuelta conmigo.

—Me vas a marear, bruto. —Le di un golpe en el brazo para que me soltara.

La escena se aclaró del todo cuando Héctor se colocó a mi lado, me rodeó los hombros con el brazo y dejó un beso suave en mi cabeza.

No supe qué cara me hizo más gracia: la de mi hermano, la de Sonia o la de mis amigos, que estaban a punto de estallar de la risa al ver sus

expresiones.

—Creo que me he perdido algo... ¿Desde cuándo os lleváis tan bien? —preguntó Sonia, todavía sin atar cabos.

—Cariño, creo que te has perdido más de lo que imaginas —le dijo Rubén, mirándola con una sonrisa ladeada.

Me miró entonces a mí, directo a los ojos, preguntándome sin palabras. Asentí una sola vez.

—¿Así que cuñado por partida doble? —le dijo a Héctor, alzando una ceja.

—¿Cómo que cuñado por partida doble? —preguntó Sonia, completamente descolocada.

—Que estos dos están juntos, cariño —explicó Rubén—. Vamos, que el capullo de tu hermano se ha llevado a la mía a su terreno —añadió entre risas.

—¿Pero juntos de juntos?

—Juntos de que, si no toman precauciones, nos hacen tíos en un abrir y cerrar de ojos. —Remató mi hermano.

—¡Ay, si es que lo sabía! —exclamó Sonia, llevándose una mano al pecho—. Hacéis una pareja perfecta. Anda que no habéis tardado nada en daros cuenta.

—En realidad nos dimos cuenta un mes antes de vuestra boda —aclaró Héctor—, pero eso os lo contaremos cuando lleguen nuestros padres.

—¿Qué es lo que nos tenéis que contar? —preguntó su padre, apareciendo junto a su mujer, seguidos de mis padres.

Tras los saludos y los besos de rigor, antes siquiera de sentarnos a cenar, decidimos contarle todo.

Ya no tenía ningún sentido posponerlo más.

Capítulo 29



Héctor

—No sé ni qué decir —nos dijo mi madre, y sabía que no lo decía por mi relación con Carolina.

Era porque había quedado conmocionada con lo de Giulia; aunque no le hiciera gracia, jamás pensó que pudiera hacer algo así.

—Pues yo sí sé qué decir —pronunció Aurora—. No puedo estar más feliz, de verdad que no. Yo sabía que mi hija tenía que encontrar a un buen hombre y no ha podido encontrar a uno mejor. —Le agradecí esas palabras con una sonrisa.

—¿Se te ha quitado el miedo ya? —le pregunté cogiéndola por la cintura—. Tenía miedo a vuestra reacción, no sabía cómo os lo ibais a tomar —le dije a todos, provocando que Caro me diera un codazo justo en las costillas—. Nena, si me das un poco más fuerte, me rompes dos costillas como mínimo.

—Ahora sí, hijo —me dijo mi madre emocionada—. Ahora sí tienes a la mujer que te mereces y ella al hombre perfecto para ella. —Nos dio un abrazo a cada uno, de esos que se dan con sentimiento, de los que transmiten un amor grande y profundo.

—Gracias, Pilar —le contestó Caro.

Uno a uno nos fueron felicitando todos. Nos dedicaron palabras bonitas, buenos deseos y algún que otro comentario un poco más gracioso por parte de mi cuñado.

—Yo no es por nada, pero u os ponéis cuanto antes con los niños o vas a parecer un abuelo el día que los tengas —dijo Rubén.

El capullo tuvo que meter el dedo en la llaga. Yo no tenía problema con mi edad; me encontraba perfecto y joven, pero era verdad que no podía olvidar que Carolina era once años más joven que yo y, aunque ahora no se notara, sabía que en el futuro sí lo haría.

Y no es que tuviera problemas con mi autoestima; de hecho, sabía muy bien que mi físico y mi cara llamaban mucho la atención y que las mujeres solían mirarme más de la cuenta.

Pero, joder, tenía una mujer que era un cañón, que podía hacer que cualquier hombre perdiera el culo por ella. A la vista estaba el nombre que se estaba haciendo en el mundo del modelaje, y eso que llevaba poco tiempo.

—No le hagas caso, solo está intentando buscarte la boca. —Mi chica me conocía demasiado bien como para saber lo que se me había pasado por la cabeza—. Los niños llegarán cuando estemos preparados los dos. Primero vamos a disfrutar un poco de tiempo los dos solos, creo que nos lo merecemos —le respondió a su hermano.

Menos mal que dejaron ese tema, porque era algo que no me hacía ninguna gracia. Sobre todo porque, desde hacía unos años, se me había despertado el lado paternal y me moría de ganas de tener un pedacito de mi chica y mío entre mis brazos. Oír cómo latía su corazoncito, acunarlo en mi pecho, protegerlo por encima de todo y amarlo hasta mi último aliento.

Ese día daba gracias por no haber tenido un hijo con mi ex, pero sí que deseaba tenerlos con Carolina.

Imaginar cómo, poco a poco, su vientre se iba redondeando; poner mi mano sobre él y sentir los primeros movimientos de nuestro hijo a través de

su piel... solo pensarlo me removía algo muy profundo por dentro.

Pero no le iba a decir que me moría de ganas de que todo eso pasara. No iba a ser egoísta con ella. Se merecía disfrutar de la carrera que estaba empezando a despegar, vivir cada paso sin cargas ni miedos añadidos.

Disfrutar de cada momento sin tener que pensar si el niño estaría bien o en el temor de no poder estar a su lado si la necesitaba. Era joven todavía, y tenía todo un mundo por descubrir.

La abracé con fuerza. Cada segundo que pasaba a su lado me sentía más feliz. Aún me costaba creer la gran mujer que era y el tiempo que había perdido por no detenerme antes a conocerla de verdad. Me prometí a mí mismo que no pensaba desperdiciar ni un solo instante junto a ella; lo viviría todo como si fuera lo último que me regalaba la vida.

Fue una noche bonita, de las que se quedan grabadas. Disfrutamos con la familia, sin dramas, porque no en todas las familias tienen que existir. Digo entre nosotros, porque dramas ya había vivido de sobra. De esa historia prefería olvidarme; lo importante era que faltaba poco para sacarla de mi vida definitivamente.

Los fui observando uno a uno y me encantó lo que vi en esos momentos. Mi madre y mi suegra, riendo a un lado de la mesa, seguramente compartiendo algún chisme inofensivo.

Mi cuñado charlando animadamente con su padre y mi amigo conversando con el mío. Adrián debía de estar contando alguna de las tuyas, porque mi padre rompió a reír con ganas.

Giré la cabeza buscando a mi chica y la encontré apoyada en la isla de la cocina, riendo de algo que Lorena le estaba contando a ella y a mi hermana.

Definitivamente, no podía ser más feliz. A mis casi treinta y ocho años, se podía decir sin rodeos que era un capullo con suerte.

—Oye, te has quedado muy callado de repente —me dijo mi padre sentándose a mi lado cuando terminó de hablar con mi amigo.

—Solo estaba pensando —le contesté.

—¿Tiene algo que ver con la rubia que has tenido delante de tus narices y que todos supimos verla menos tú? —Venga, otro más metiendo el dedo en la llaga.

—Sí, pensando en la mujer que no había visto hasta hace poco. Supongo que nunca es tarde si la dicha es buena o, como dice el otro dicho, más vale tarde que nunca. —Cogí la copa de vino por el tallo y le di un sorbo.

—Tienes razón. Cuídala, hijo, porque te estás llevando un auténtico tesoro.

—Lo sé, papá, sé que como ella no hay otra. —Dejé la copa sobre la mesa—. ¿Sabes? Soy feliz, realmente feliz. Sé que con ella a mi lado no necesito nada más, porque para mí Carolina es como el oxígeno que necesito para respirar.

—Eso que has dicho es muy bonito, hijo, y nunca te había oído decir lo mismo cuando estabas con tu ex.

No voy a negar que me casé estando enamorado de ella, o por lo menos eso es lo que creí, porque era ahora cuando me daba cuenta de lo que era el verdadero amor.

—Nunca había sentido con ella lo que siento con Carolina y en mucho menos tiempo. Supongo que cuando el verdadero amor llega, no entiende de edades ni de tiempo; simplemente entra arrasando con todo, sin importar lo que arrastra a su paso.

—Hoy estás muy filosófico —me dijo con media sonrisa.

—Sí, debe de ser que me siento feliz, pero feliz de verdad, al teneros a todos aquí. Siento que no necesito nada más en la vida —lo dije con la boca pequeña, porque para que mi felicidad fuera completa me faltaba tener una mini Carolina enganchada a mi pierna y llenándome la cara de besos con babas.

—Te puedo asegurar que todavía no sabes lo que es la felicidad completa. Espero que cuando la tengas vengas a mí y me digas: «Ahora sí, papá, ahora sí tengo esa felicidad de la que estuvimos hablando hace un tiempo» —me contestó posando su mano en el hombro mientras se levantaba.

Me quedé un rato más solo con mi copa de vino, dando un repaso a los últimos años de mi vida.

No me di cuenta de que Carolina se había acercado hasta que se sentó de lado sobre mis piernas, a la vez que me rodeaba el cuello con los brazos.

Acercó la punta de su nariz a mi cuello, aspiró con fuerza, reteniendo el aire en sus pulmones durante unos segundos. Había cogido esa costumbre desde la primera noche que pasamos juntos, y a mí me encantaba que lo hiciera.

—Estás muy solito. —Me dio un beso en la mejilla.

—Estaba esperando a que vinieras y evitaras esta soledad. —Le pasé la mano a lo largo de la espalda.

—Pues ya estoy aquí y es para quedarme. —Sabía que no estaba hablando de ese momento; hablaba del futuro.

—¿Sabes qué? —Puse un brazo detrás de su espalda y el otro por debajo de sus rodillas; me levanté llevándomela conmigo—. Que tú y yo nos vamos a dar un paseo por la orilla del mar.

—Héctor, están todos aquí —dijo riendo.

—Y no los vamos a echar. Se pueden quedar todo el tiempo que quieran, pero yo necesito un rato a solas con mi chica —dije besando su frente.

Me dirigí a nuestra habitación para salir por la puerta de la terraza que teníamos allí. Sí, hablaba en plural, porque lo mío era suyo.

Antes de salir, la dejé en el suelo para quitarnos los zapatos y remangarnos los pantalones. Abrí la puerta y me llegó el olor y la brisa del mar. Era increíble la paz que me traía ese olor y, sobre todo, el sonido de las olas rompiendo en la orilla.

Cogidos de la mano, fuimos dando un paseo hasta que nuestros pies tocaron el agua salada.

Abrazándola por la espalda y con la barbilla apoyada sobre su hombro, nos quedamos un rato sin hablar, solo escuchando ese sonido tan relajante, ese que tenía la capacidad de calmar hasta el alma más intranquila.

—¿Estás bien? —me preguntó al cabo de un rato—. Hoy te noto como nostálgico.

—Ven. —Tiré de su mano para apartarnos del agua—. Vamos a sentarnos un rato. —Se sentó sobre la arena fría; yo lo hice detrás de ella, rodeando su cintura con mis brazos.

»No estoy nostálgico, como tú has dicho. —Besé su cuello—. Estoy feliz, completamente feliz, y eso me asusta un poco, porque pienso que puedo perder toda esta felicidad en cualquier momento —le confesé.

—Vida. —Era la primera vez que me llamaba así—. No puedes pensar en lo que puedes perder, tienes que pensar en lo que tienes y disfrutarlo tanto como puedas. —Puso sus manos sobre las mías, que descansaban sobre su vientre plano.

—Tienes razón. No voy a pensar en la posibilidad de perderte, voy a pensar en que te tengo junto a mí.

—Y para siempre. —Terminó la frase por mí.

Giró la cabeza lo justo para darme un beso. Un beso que me hizo sentir pleno.

Capítulo 30



Carolina

De vuelta a la rutina, de nuevo estábamos en Roma y la actividad empezaba a ser frenética. Desde que se publicó la revista de novias, muchas firmas se habían puesto en contacto con la agencia de Héctor, interesadas en que yo fuese la imagen de sus catálogos. Todo parecía avanzar demasiado deprisa, como si alguien hubiera pulsado el botón de acelerar sin pedirme permiso.

Estuvimos barajando los proyectos que quería aceptar y aquellos a los que me negaba en redondo, y tenía claro que los de ropa interior se quedaban fuera. Y que conste que no era por Héctor; era una decisión únicamente mía, tomada desde un lugar muy concreto de mi interior.

—No tiene nada de malo que poses en ropa interior —comentó mientras preparábamos la cena, con un tono aparentemente despreocupado.

—¿Perdón? —pregunté, asombrada—. ¿No te importa que pose con encajes y transparencias que solo me van a cubrir los pezones y poco más de ahí abajo? —Señalé mi sexo para dejarlo claro, aunque más explícita no podía haber sido.

—Dicho así, no me hace mucha gracia —respondió apretando la mandíbula—. Yo solo quiero que hagas lo que a ti te haga feliz. Jamás voy a cortarte las alas. —Ains, qué mono era cuando se ponía en modo comprensivo.

—Pues a mí no me hace ni puta gracia que unos pervertidos se pajeen viendo mis fotos. —Ahí sí que di en el clavo.

—No, mejor nos olvidamos de la ropa interior o de cualquier cosa demasiado provocativa. —Me reí al ver lo rápido que había cambiado de opinión—. Creo que tengo por ahí algo de hábitos para monjas.

—Héctor. —No podía parar de reír—. Si me hago fotos con un hábito, seguro que voy directa al infierno, y todo por tu culpa.

—No sé yo si soy el único culpable, aunque, si no quieres ir allí, creo que vas a tener que rezar mucho y muy a menudo. —Le lancé el paño de la cocina a la cara sin dejar de reír.

—Eres un descarado.

—No sé por qué te sigue dando vergüenza hablar de sexo, si luego se te da de puta madre. —No podía con él.

—De verdad, eres insufrible. —Me giré, dispuesta a zanzar la conversación y seguir con la cena.

—Creo que, para que superes esa vergüenza, alguna vez tendríamos que practicar sexo telefónico —me rodeó la cintura desde atrás—, aunque a mí me gusta mucho más sentirte debajo de mí.

Sí, le gustaba. Prueba de ello era la erección que estaba restregando contra mi trasero.

—Así no vamos a terminar la cena —susurré, porque yo tampoco iba sobrada de autocontrol.

—Ahora mismo tengo hambre de otra cosa —murmuró mientras me dejaba besos lentos en el cuello.

Y vaya si tenía hambre, porque se encargó de demostrármelo. El caso fue que aquella noche terminamos cenando de picoteo a horas intempestivas, con la cocina hecha un desastre y una sonrisa tonta instalada

en los labios, de esas que aparecen cuando todo parece estar bien, aunque solo sea por un rato.

Los días y los meses fueron pasando y mi nombre cada vez sonaba más, mientras yo me sentía cada vez más cansada. Un cansancio que no se iba durmiendo ni descansando, que se quedaba pegado a la piel y al ánimo.

Había días en los que no tenía tiempo ni para respirar. Llegaba a casa tan agotada que solo me daba una ducha rápida y me metía en la cama sin cenar, con el cuerpo pidiendo tregua y la cabeza incapaz de desconectar.

Mi cansancio y la falta de energía incluso para practicar sexo empezaron a enfriar un poco mi relación con Héctor.

No es que hubiéramos dejado de querernos, ni mucho menos, pero sí era verdad que los dos saltábamos a la mínima, como si estuviéramos siempre al borde de algo que no sabíamos nombrar.

No sabía qué me pasaba, pero cada día podía menos con mi propio cuerpo. Algunas mañanas levantarme de la cama era casi una misión imposible, y no era solo cansancio físico; era algo más profundo, más silencioso, más emocional.

La mayoría de los días me sentía como una muñeca: ponte aquí, ahora allí, no mires así, baja la barbilla, mira a través de las pestañas, no puedes comer esto, tienes que ponerte esta ropa... y la lista seguía y seguía, interminable, marcándome cada paso hasta hacerme olvidar quién era yo fuera de todo aquello.

No supe cuánto echaba de menos ser camarera hasta ese momento. O trabajar en la empresa de mi padre. Tener una vida sencilla, sin focos, sin exigencias constantes, sin sentir que siempre estaba fallando a algo o a alguien.

Esa noche Héctor tenía una cena de empresa y a mí no me apetecía ir. Aquello terminó en bronca, aunque él estaba haciendo todo lo posible por entenderme. Siendo sincera, muchas de nuestras discusiones tenían un origen claro: no me soportaba ni yo misma.

Cuando se fue y supe que todavía tardaría unas horas en volver, decidí darme un baño relajante, lleno de espuma, con la esperanza de que al menos eso me bajara el genio. Porque, últimamente, ni yo misma me aguantaba.

Puse música, quizá más alta de lo habitual, pero estaba sola y no tenía vecinos a los que molestar, así que no me contuve.

Creo que meterme en la bañera, sola y con música triste, en lugar de calmarme, terminó de romperme por dentro.

Me pesó no estar bien con Héctor, un trabajo que cada día me gustaba menos, la distancia con mi familia, echar tanto de menos a Lorena... Fue todo junto, una avalancha imposible de frenar, lo que hizo que llorara como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

Lloraba con pena, con dolor, desgarrándome la garganta, porque no era un llanto silencioso; no, era de esos que, cuando escuchas a alguien llorar así, te duele incluso a ti.

Doblé las rodillas, abrazándome a ellas y apoyando una de mis mejillas. Tenía la vista fija en el alicatado justo a mi lado y, aunque parecía que estaba mirando la pared, en realidad no estaba viendo nada.

Entre la música alta, el llanto y mis pensamientos, no me di cuenta de que Héctor había llegado a casa hasta que lo sentí meterse en el agua detrás de mí.

No me preguntó. No me atosigó para que le contara nada. Simplemente apoyó la espalda en la bañera, haciendo que la mía quedara contra su pecho.

Me abrazó fuerte contra él, y fue entonces cuando me sentí aún peor, al darme cuenta de que siempre había sido él quien me cuidaba y que, sin darme cuenta, había sido yo la que había dejado de hacerlo. No del todo, pero sí lo suficiente como para notarlo.

Y no me parecía justo. Héctor ya había pasado por una relación en la que ella había sido una hija de puta con él y, aunque yo no tenía nada que ver con su ex, en esos momentos me sentía mala persona.

—Shhh, tranquila, te tengo y no te voy a soltar nunca —me susurró con voz baja y calmada—. Lloro cuanto necesites.

—Se suponía que ibas a una cena —logré decir entre sollozos.

—No podía irme y dejarte así. ¿Qué clase de pareja sería si hiciera algo así? Nena, te amo más que a mi vida, pero no sé qué te pasa si no me lo cuentas. —No dejó de acariciarme en ningún momento; no eran caricias que buscaran sexo, eran caricias que decían *estoy aquí*.

—No puedo, Héctor, no puedo más. —Sentí cómo su agarre se hacía más firme.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Que no puedes seguir con lo nuestro? ¿Con qué es con lo que no puedes?

—Contigo seguiría hasta el fin del mundo, porque eres lo que más amo en el mundo. —Me giré para sentarme a horcajadas sobre él.

Necesitaba mirarlo a los ojos. Necesitaba que viera la verdad en los míos.

—Te amo, eso no lo dudes nunca. —Le di un breve beso en los labios—. No puedo seguir con el trabajo, Héctor. No me gusta. Esto no es para mí. Yo prefiero trabajar de cajera o donde sea, pero no en un sitio donde parezca una muñeca que todo el mundo maneja a su antojo.

—¿Por qué no me habías dicho cómo te sentías? Si no te gusta, no tienes que hacerlo. No le debes nada a nadie, ¿me estás escuchando bien? A nadie. A la única que te debes algo es a ti misma. —Me cogió por la barbilla para obligarme a mirarlo—. Dios... y yo pensando que te habías dado cuenta de que no soy lo suficientemente bueno para ti.

—Nunca vuelvas a pensar algo así. —Moví un poco las caderas para que entendiera que no había duda alguna—. Héctor, lo eres todo para mí. Mi cansancio ha cambiado mi humor y he terminado pagándolo contigo.

»¿Cómo vamos a formar una familia si no me da tiempo ni a respirar? Quiero tener hijos contigo y no quiero esperar, pero con este trabajo, en el

que la mayoría de los días estoy fuera doce horas, es imposible.

—Dios, nena, me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo. —Me abrazó con fuerza sin dejar de repartir besos por todo mi rostro—. En cuanto acabes con los contratos que tenemos firmados, lo dejas. No voy a coger otro reportaje ni desfile para ti.

Sonreí soltando un gran suspiro. Hablar con él de todo me había venido muy bien.

—¿Quieres que tengamos hijos? —le pregunté para asegurarme.

—Es lo que más deseo en el mundo. Formar una familia contigo, ver cómo crece nuestro hijo en tu interior.

Me hizo tan feliz escuchar esas palabras que terminé emocionándome.

Hicimos el amor en la bañera tal y como estábamos, yo encima de él y mirándonos a los ojos. Lo hicimos lento, entregándonos por completo y demostrando nuestros sentimientos.

—Cásate conmigo —me pidió después de que los dos llegáramos al clímax—. No esperemos más. Casémonos aquí, en España, donde y como tú quieras, pero no esperemos más.

Desde hacía un mes, Héctor era completamente libre; el juez le había concedido el divorcio sin pensarlo mucho después de que su abogado presentara todas las pruebas.

—Pon fecha y di un lugar, y allí estaré yo —le contesté feliz—. Me da igual dónde y cómo sea; lo único que me importa es hacerlo contigo.

—Nunca dejas de sorprenderme —dijo antes de levantarse de la bañera, todavía conmigo en brazos.

Nos secamos y nos metimos en la cama, donde dormimos toda la noche abrazados.

—Despierta, dormilona —me dijo por la mañana despertándome con besos por toda la cara.

—No quiero levantarme. Hoy no quiero ir a trabajar. —Soné como una niña pequeña y malcriada, pero en esos momentos me daba igual.

—No vas a trabajar. He cancelado todo lo que tenías previsto. —Abrí lentamente los ojos—. Hoy nos lo regalamos a nosotros, sin horarios ni obligaciones, para perdernos por Roma y descubrir rincones que aún no conoces.

Lo abracé, feliz de verdad. Después de darle un beso, salté de la cama y corrí hacia el vestidor como una niña pequeña la mañana de Reyes.

—¿Dónde me vas a llevar a desayunar? —pregunté, porque me moría de hambre después de no haber cenado la noche anterior.

—A la cafetería de Lorenzo. Vas a descubrir lo que es el verdadero café —respondió mientras nos vestíamos, cada uno a un lado del vestidor, entre risas y miradas cómplices.

Me puse unos vaqueros ajustados, una camiseta blanca básica de manga corta y me dejé el pelo suelto, ahora un poco más corto desde que, hacía un par de meses, me lo había cortado a la altura de media espalda.

Me calcé unos tacones rojos. Si Lorena me viera pasear un día cualquiera con semejantes taconazos, no tendría piedad conmigo. Yo, que siempre la había criticado por vivir subida a ellos, era ahora la que no sabía salir de casa sin ponérselos.

Un maquillaje sencillo, el perfume como toque final... y estaba lista.

El café del que me había hablado Héctor estaba espectacular. Desde luego, Lorenzo sabía muy bien lo que hacía; aquello sí que era un café de verdad, de los que te despiertan el cuerpo y el ánimo a partes iguales.

No sé en qué momento ni cómo ocurrió, pero pasé de estar sentada disfrutando tranquilamente del desayuno con Héctor a estar, al segundo

siguiente, ayudando a Lorenzo a servir mesas.

De repente, la cafetería se llenó hasta los topes y no daba abasto. Lo mejor de todo fue ver a Héctor arremangarse sin pensarlo dos veces y ponerse a echar una mano como uno más, con naturalidad, como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar.

La mañana se nos fue volando, casi sin darnos cuenta. Y, aun así, me sentí tan bien, tan en mi sitio, que lo disfruté como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

—Héctor, amigo, si algún día tu chica necesita trabajar, aquí tiene un puesto —le dijo Lorenzo con una sonrisa sincera.

—Gracias, Lorenzo, lo tendré en cuenta —respondí yo antes que él, devolviéndole la sonrisa mientras nos despedíamos.

Todavía nos quedaban muchas horas por delante para seguir disfrutando del día, y todo apuntaba a que iba a ser uno de esos momentos que se guardan en la memoria... de los que se recuerdan siempre con una sonrisa.

Capítulo 31



Héctor

Me costó mucho trabajo convencer al cabezota ese de salir de su ciudad, pero no me iba a casar con la mujer de mi vida sin que estuvieran presentes todas las personas que eran importantes para ella. No después de todo lo que había pasado, no cuando por fin podíamos celebrar algo sin miedo, sin sombras y sin cuentas pendientes.

Porque sí, aquel día era nuestro día y, como lo había dejado todo en mis manos, para ella había sido toda una sorpresa hasta apenas dos días antes, cuando le confesé que la boda no sería ni en España ni en Roma. Recuerdo perfectamente su cara en ese momento, entre la incredulidad y la emoción, intentando averiguar qué se me habría pasado por la cabeza.

Sí, nos íbamos a casar en Italia, pero no en la ciudad en la que vivíamos. Quería algo distinto, algo que se sintiera especial desde el primer segundo, un lugar que no estuviera ligado a la rutina ni a los recuerdos cotidianos, sino a un nuevo comienzo.

Me había costado mucho dar con lo que buscaba y, sobre todo, que estuviera disponible en esas fechas, pero al final lo logré. Cuando vi aquel lugar supe que era allí o en ningún sitio más.

Había alquilado un viñado con una villa increíble en Verona y ahí es donde nos íbamos a casar. Un sitio rodeado de viñas, con una luz cálida y tranquila, de esas que parecen abrazarte sin pedir nada a cambio. Nosotros

llevábamos dos días allí ultimando los detalles, revisando que todo estuviera perfecto, pero Carolina no se esperaba, ni de lejos, que Antonio estuviera presente el día de su boda.

Eso sí, él no venía solo. Bea venía con él, y lo que no sabía la chica era la sorpresa que le teníamos preparada para el día siguiente, porque de que Bea venía sí tenía constancia Caro. Lo que no imaginaba era hasta qué punto aquel viaje iba a cambiarle la vida.

La gran sorpresa para mi chica era, en realidad, la llegada del viejo cabezón. Y no, no lo digo de forma despectiva; lo digo porque es verdad. Que era mayor no se podía negar y que era cabezón tampoco. Pero también era una de esas personas que llegan a tu vida para dejar huella, de las que no se olvidan.

¿La sorpresa de la chica? La sorpresa era que pensaba proponerle que hiciera un anuncio para una revista de trajes de baño. Cuando contactaron conmigo para que les proporcionara una modelo, no dudé en hablarles de ella. Les dije que no era demasiado alta, pero que tenía una cara preciosa y un cuerpo con unas curvas perfectas, de esas que no necesitan artificios para destacar.

En cuanto les envié las fotos, no lo pensaron dos veces. Querían que fuese Bea quien se convirtiera en su modelo protagonista, y esa era la sorpresa, porque tanto Caro como yo sabíamos que aquello sería un sueño hecho realidad para la chiquilla.

Así que sí, iba a haber sorpresas. Y no pocas.

Los invitados ya estaban sentados en sus sillas cuando me di cuenta de que todo estaba a punto de empezar. Yo me encontraba al pie del altar, con mi hermana a mi lado, cogida de mi brazo, y con su pequeña barriga de embarazada marcándose bajo el vestido. Sí, estaba esperando un niño que nacería en unos cuatro meses, más o menos, y verla así me llenaba de una emoción difícil de describir.

Estaba preciosa, con ese brillo especial en la mirada que solo tienen las personas que están viviendo un momento feliz de verdad, de los que se

sienten por dentro.

No eran muchos los que iban a asistir a la boda, porque a Carolina nunca le gustaron las bodas grandes y pomposas como la de su hermano y mi hermana. Ella era mucho más sencilla, más de lo íntimo, de lo cercano, de lo que se vive de verdad.

Así que allí estábamos: la familia, los amigos más cercanos, algunos compromisos de la agencia y poco más. Lo justo y necesario. Todo lo demás sobraba.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que todo estaba exactamente donde tenía que estar.

—Como sigas tirando de la corbata, te vas a quedar sin ella —me dijo Sonia a mi lado, riendo al verme nervioso—. Pareces un novato en esto y es la segunda vez que te casas.

—Eres una capulla —le dije sonriendo—. Será la segunda boda, pero para mí es como si fuese la primera. La otra no cuenta, te lo puedo asegurar.

No tenía nada que ver con mi primera boda. Vamos, ni punto de comparación.

—Cuando veas a Caro, vas a caer más rendido de lo que ya estás —me dijo en voz baja para que no lo escuchara nadie.

—No vayas a romper la sorpresa, que te puedo matar —le dije. Como me fastidiara el momento, me la iba a cargar, pero de verdad.

—No te he dicho nada, solo que te va a encantar cuando la veas.

—¿Le quedará mucho? —Sentía cómo el nudo de la corbata me iba apretando por momentos, y eso que estaba acostumbrado a ellas.

—Ni creo, mamá me dijo antes que estaban a punto de bajar. —No había terminado de decir esa frase cuando por el pasillo apareció Lorena.

Lo que significaba que Carolina estaba a punto de entrar cogida del brazo de su hermano.

La música comenzó a sonar por los altavoces que habían colocado los organizadores de la boda y, por el pasillo cubierto con una alfombra blanca inmaculada, apareció la mujer más espectacular que había visto en toda mi vida.

Llevaba un vestido de corte sirena, entero de encaje y con unos tirantes muy finos. Era el último con el que se había hecho las fotos en su primera sesión, aquel que ya entonces me había dejado sin palabras y que, aun así, ahora parecía aún más impresionante.

Sabía perfectamente cómo era la espalda, no necesitaba verla para recordarla; ya la había visto antes y, si aquella vez me quedé completamente fascinado, esta vez fue incluso mejor. Mucho mejor.

El escote descendía casi hasta la cintura, dejando la espalda totalmente libre. No tenía una cola excesivamente larga y eso era una de las cosas que más le gustaban de ese vestido: que fuera elegante, sensual y, al mismo tiempo, cómodo, sin artificios innecesarios.

No llevaba velo, nunca le habían gustado, y el pelo lo llevaba suelto, natural, tal y como era ella, sin adornos ni excesos. Y precisamente por eso estaba aún más espectacular, más auténtica, más irresistible.

Estaba radiante. Sonreía con esa mezcla de dulzura y emoción que solo ella sabía tener y, sin apartar la mirada de la mía ni un solo segundo, fue avanzando despacio, con pasos lentos pero firmes, como si cada uno de ellos estuviera cargado de significado.

Fue cuando estaba a punto de llegar a mi altura cuando giró ligeramente la cabeza hacia las sillas situadas a la derecha. Al principio se quedó completamente quieta, congelada en el sitio, sin dar un solo paso más. Pude ver cómo su mente intentaba procesar lo que estaba viendo, como si necesitara unos segundos para decidir si aquello era real o simplemente un sueño.

Cuando se dio cuenta de que era real, soltó el brazo de su hermano sin pensarlo dos veces y echó a correr hacia la persona que estaba sentada en una de las sillas.

Negué con la cabeza, riendo, al verla hacer eso. No me sorprendió su reacción, la conocía demasiado bien, pero me hizo gracia y, por lo que pude comprobar, también arrancó más de una sonrisa entre los invitados.

—Antonio —casi gritó—, qué alegría más grande que hayas venido.

Se lanzó a abrazar al hombre que tanto significaba para ella y, como el viejo era más puñetero que nadie, no pudo evitar abrir la boca.

—Niño, aprende, que podré ser un viejo, pero todas me prefieren a mí antes que a ti —dijo en voz alta, provocando una carcajada general—. Es que no se puede negar que soy irresistible.

Mira que era puñetero; si lo llego a saber, no lo habría obligado a venir.

—Nena, no te fíes de él, que no quería venir —intervine para pincharle—. Anda, que ya te vale, dejarme esperando por ir en busca del cascarrabias.

Desde luego, el comienzo de una boda convencional no estaba siendo.

—Cariño, a tu lado me queda toda la vida. A él lo veo poco, pero no te preocupes, que no te libras de mí —dijo mientras se hartaba de darle besos a Antonio.

Después volvió a coger el brazo de su hermano y retomaron el camino hacia el altar.

—Como le hagas algo a mi hermana, te corto los huevos y me hago unos pendientes con ellos —me amenazó Rubén, sin perder la sonrisa.

—Madre mía, entre que la novia casi se da a la fuga y ahora el padrino me amenaza, estamos empezando bien —respondí bromeando—. Antes de

hacerle daño a tu hermana me corto un brazo —le aseguré—. Cariño, estás más bonita que nunca.

—No más que tú. Perdona por salir corriendo para saludar a Antonio, me ha podido la emoción —me dijo, cogiéndome la mano.

—No tengo nada que perdonar, has hecho bien. —Le di un beso suave en la frente.

Llegó el momento de los votos, esos en los que nos prometimos cosas que sabíamos que íbamos a cumplir, porque cuando el amor es de verdad, no pesa cumplir promesas, nace hacerlo.

—Te prometo quererte toda mi vida, estar a tu lado en lo bueno y en lo malo, apoyarte en todo momento, caminar contigo en el camino que nos queda por vivir y estar presente en las decisiones que tomes a partir de ahora como padre. —Cogió mi mano y, junto a la suya, la llevó hasta su vientre—. Y apoyarlas. Prometo que este bebé que estamos esperando y que ya viene de camino será amado de la misma manera en la que amo a su padre.

La emoción me cerró la garganta y me encogió el corazón.

Acababa de decirme que iba a ser padre. Que, por fin, uno de mis sueños más profundos se hacía realidad.

—¿Me estás diciendo que voy a ser padre? —pregunté con la voz rota.

Asintió, llorando.

—Dios mío... no te haces una idea de cuánto te amo. Me lo has dado todo. Ya no sabría vivir sin ti.

—No te preocupes, no vas a tener que comprobarlo nunca. —La abracé con todas mis fuerzas, dándole el beso con más sentimientos que le había dado hasta el momento—. Te amo, mi vida, y siempre estaré junto a ti.

Después de esa sorpresa que me dio, nos felicitaron toda la familia y los amigos.

Qué iluso había sido, yo pensando que le iba a dar una gran sorpresa al traerle a su amigo, cuando en realidad el gran sorprendido del día había sido yo.

Ahora que todo había pasado y podía ver a toda mi familia feliz y disfrutando, me detuve un momento a pensar en todo lo que había cambiado mi vida en poco menos de un año.

—Levanta. —Carolina llegó hasta mí, tirando de mi mano para que me pusiera en pie—. Sé que eres un poco mayor, pero si hasta Antonio está bailando, no te vas a quedar aquí sentado.

—¿Me acabas de llamar viejo? —le pregunté con una ceja levantada—. No tienes ni idea de lo que acabas de hacer.

La cogí de pronto, echándomela sobre el hombro como si fuera un saco de patatas.

—Héctor —me dio una palmada en el culo—, eres un bruto.

No paraba de reír, provocando que yo riera con ella.

—Para, se están riendo todos.

—Y tú la que más. —La dejé en el suelo cuando llegamos a la pista que habían puesto—. Ahora te va a enseñar este viejo cómo se baila de verdad.

Se lo demostré igual que le demostré otras muchas cosas esa noche.

Epílogo



Seis años después...

Carolina

—Ni se te ocurra montar al niño ahí —le dije a Lorena, señalándole con el dedo.

—Qué aguafiestas eres, hija —me contestó la descarada, riendo.

—Lore, que todavía es muy pequeño —la reñí, aunque a ella le daba igual que lo hiciera.

—Caro, que es una atracción para niños de su edad, tía, te pasas de protectora. —Tenía razón, pero era mi niño y me daba mucho miedo que pudiera pasarle algo—. Tía, que estamos aquí porque se supone que estamos celebrando su quinto cumpleaños.

—Tienes razón. —Tenía que ceder un poco o mi hijo no iba a disfrutar de su cumpleaños.

Hugo, mi rayito de luz, mi pequeño, el niño de mis ojos. Vale, ya paro... pero es que no puedo evitar babear por mi hijo. ¿Quién no lo hace por los suyos? Creo que todas las madres y padres lo hacemos, salvo en esos momentos concretos en los que te sacan de quicio y deseas que vengan de fábrica con un interruptor para apagarlos cuando lo necesitas, aunque sea solo cinco minutos.

Desde que nació Hugo siempre habíamos celebrado sus cumpleaños junto a toda la familia, menos este año, porque mi hermano no podía viajar; Sonia acababa de tener a su segundo hijo y bastante tenía ya con recuperarse y adaptarse a todo.

Sandro, mi sobrino mayor, el primer hijo de Rubén y Sonia, era siete meses mayor que Hugo. Los primos se llevaban de maravilla, por lo menos cuando se veían, que no era tan a menudo como me gustaría, ya que yo me había quedado a vivir en Roma y ellos seguían en España.

Aun así, siempre que podíamos, viajábamos para visitar a la familia o eran ellos los que venían a vernos. Nunca dejamos que la distancia se convirtiera en una excusa.

Como iba diciendo, Sonia acababa de dar a luz hacía apenas una semana, así que mi segundo sobrino era demasiado pequeño para viajar. Bastante tenían ya con adaptarse a las noches sin dormir, los llantos y ese caos precioso que solo trae un recién nacido.

Mi padre estaba muy liado en la empresa, ya que mi hermano estaba de baja por paternidad, y es que no le quedó otra que cogerla. La pobre de mi cuñada había tenido un parto complicado y no tenía fuerzas para ocuparse de los dos niños, por mucho que le ayudaran mi madre y la suya.

Como habéis podido leer, mi hermano y Sonia seguían casados, felices y con dos niños: Sandro, con cinco años camino de los seis, y Lucas, el pequeñín. De este último os puedo hablar poco; vamos, que de un bebé de una semana hay poco que contar, aparte de comer, hacer sus cosas y dormir... bueno, y llorar, porque por lo que me había dicho Sonia, este niño era lo que más hacía. Los pulmones, desde luego, los tenía sanos.

¿Mis padres? Mi padre seguía llevando la empresa junto con mi hermano, y mi madre... pues ella, como siempre, con sus salidas para comprarse ropa. De vez en cuando se quedaba con mis sobrinos y, cuando no, salía con sus amigas.

En fin, que a mi madre le encantaba pavonearse vistiendo ropa de marca, pero eso no significaba que fuera mala persona. Simplemente le

gustaban las cosas buenas. ¿Y a quién no? El que diga lo contrario, miente, porque a todo el mundo nos gustan, en mayor o menor medida, pero nos gustan.

Mis suegros... bueno, ellos vivían casi dentro de un avión, porque prácticamente cada dos fines de semana venían a visitarnos. Yo se lo agradecía en el alma, sobre todo para que mi hijo tuviera contacto con sus abuelos.

Y es que mi suegra seguía siendo un tesoro que se desvivía por sus nietos y por sus hijos... bueno, y por mi hermano y por mí también.

Ella decía que no iba a disfrutar de sus nietos allí y tener abandonado al que estaba aquí, así que nos amenazaba con que, hasta que no volviéramos a vivir a España, seguiría viniendo continuamente.

Que conste que para nosotros eso no era una amenaza, sino más bien un regalo.

Luego estaban Lorena y Adrián. Ellos seguían juntos. No hubo boda; ninguno de los dos creía en eso. Decían que ya estaban casados y que firmar un papel no iba a cambiar nada, aunque Lorena solía bromear diciendo que no creía que Adrián tardara mucho en hacerlo.

Según ella, Adrián se estaba haciendo mayor y que, si no se casaban y él moría, no le iba a quedar la paga de viudedad. Vamos, que Lorena no iba a cambiar en la vida.

Eso sí, en hijos sí creía, y para muestra un botón: tenía dos niñas y casi seguidas. Vamos, que se quedó embarazada de nuevo casi en la cuarentena, porque si no ya me diréis vosotras cómo una era de enero y la otra de diciembre del mismo año.

Adriana, sí, porque mi amigo dijo que no se iba a quedar con las ganas de que su primer hijo se llamara como él. Como resultó ser una hija, pues eso, Adriana.

Una princesa que, por el camino que llevaba, apuntaba maneras para ser igual de presumida que su madre. Una castaña clara, de ojos marrones y con un pico que nos dejaba a todos con la boca abierta, sobre todo por lo pequeña que era.

Yo creo que la niña ya nació hablando, porque con tres años daba miedo escucharla, os lo juro. Muchas veces pensaba que en el cuerpo de aquella niña se había reencarnado el alma de una mujer adulta.

Y la pequeña... bueno, esta sí que aparentaba la edad que tenía, camino de los tres. La princesa más pequeña de la familia, Olga. Ella se preocupaba más por colorear las páginas de algún libro que por pintarse la cara o las uñas, que era lo que hacía su hermana.

Y también hablaba menos. Vamos, que ni punto de comparación: todo lo que no hablaba ella lo hacía su hermana por las dos.

¿Sabéis quién había triunfado a lo grande? Bea. Sí, mi preciosa Bea. A día de hoy las marcas se la rifaban para que hiciera los catálogos con sus prendas. Ella, que cuando la conocí pensaba que no valía nada, porque le habían bajado tanto la autoestima que casi la habían dejado sin ella.

Y ahí estaba mi reina. Eso sí, nunca permitió que nadie que no fuera Héctor llevara su carrera.

Ahora viene un momento duro para mí, porque hacía tres años mi Antonio nos había dejado para volar por su cuenta y ser libre, como siempre decía que haría el día que muriera.

Le dio un infarto estando solo en su casa, y quizá eso fue lo que más me dolió: que muriera solo. Aunque me consolaba pensando que no había sufrido. Por lo visto fue fulminante y no llegó a darse cuenta, o eso es lo que dijeron los médicos... que vete tú a saber si era cierto o no.

Me dolió muchísimo su muerte, porque aquel hombre se había convertido en parte de mi familia.

Supongo que es ley de vida y, al fin y al cabo, todos tenemos que marcharnos algún día. Por desgracia, nadie es eterno, y aprender a convivir con esa certeza es una de las cosas más difíciles que nos enseña el tiempo.

Y por último llegamos a la familia que había creado junto a Héctor, ese hombre que me seguía volviendo loca a pesar de los años que hacía que lo conocía y de todo el camino que habíamos recorrido juntos.

Como ya os he contado al principio, tenía un hijo, Hugo, y por ahora era el único. Y digo por ahora porque llevábamos cerca de un año intentando que viniera otro, pero, por lo que se veía, nos estaba costando un poco más. Aun así, yo no perdía la esperanza de que, tarde o temprano, volvería a quedarme embarazada.

Mi hijo... ¿qué os puede decir una madre de su hijo? Sobre todo cuando todavía es pequeño. Era un niño como casi todos, con sus ratos buenos y sus momentos difíciles, con días de risas y otros de pataletas, como casi todos los niños. Lo que pasa es que cada uno ve a los suyos especiales, únicos, irrepetibles.

Y volviendo a donde empecé: ese año, para el cumpleaños de mi hijo, habíamos venido a un parque de atracciones que había cerca de Verona, sí, muy cerquita de donde me casé.

Gardaland, así se llama. Era muy famoso y, además, tiene unos hoteles temáticos que son una auténtica pasada; da la sensación de que duermes dentro de unos jardines sacados de un cuento.

Si mi hijo alucinó cuando lo vio, no os digo cómo nos quedamos los adultos. Todo era increíble, con atracciones pensadas para todas las edades, tanto para los más pequeños como para los mayores.

—¿Qué? ¿Dejas o no dejas que el niño se monte? —me preguntó mi amiga por última vez.

—Mami, por favor, yo quiero subir. —Ahí estaba ya usando ese «mami» estratégico para convencerme.

—Y vas a subir, porque la tía Lorena se va a subir contigo. —Miré a mi amiga de reojo, sabiendo que no había marcha atrás.

—Yo me subo con él, pero tú te quedas con las niñas. —No sabía muy bien cómo se las habían apañado Héctor y Adrián, pero se habían ido a montarse en la montaña rusa y nos habían dejado a nosotras con los niños.

—Yo me quedo encantada con mis niñas —dije, cogiendo a Adriana con una mano y a Olga con la otra.

—Puedes subir tranquila, mamá, a mí eso no me gusta, no es de princesas —dijo la mayor con total seriedad.

—Yo sí quiero subir —añadió la pequeña.

—Cariño, tú eres muy pequeña y no puedes subir. Cuando termine mamá y el primo, nos subimos nosotras a una muy chula que he visto antes —le dije antes de darle un beso en su moflete regordete.

—Vale, tita. —Y es que más buena no podía ser.

En cuanto apareció Héctor, se quedó él con los niños, porque yo pensaba ir directa a la montaña rusa de agua. Llevaba un rato echándole el ojo y me había llamado demasiado la atención como para ignorarla.

Y eso hicimos Lorena y yo. En cuanto aparecieron los hombres, les encasquetamos a los niños y nos fuimos nosotras a subirnos a la dichosa atracción.

Ay... qué malita me bajé de allí. Tan mal que, en la primera papelera que encontré, eché hasta la primera papilla.

Pensé que, al vomitar, me encontraría mucho mejor, pero no fue así. Me encontraba tan mal que Héctor tuvo que llevarme al médico. Dejamos al niño con sus tíos y nos fuimos nosotros.

Por una tontería no íbamos a fastidiar el día a los demás.

—Dime que estás mejor —me pidió Héctor, con la preocupación dibujada en la cara.

—Vida, no te asustes, seguro que he pillado algún virus. —Intenté tranquilizarlo, aunque ni yo misma me lo terminaba de creer.

Me hicieron varias pruebas y, para descartar, solo para descartar, decidieron hacerme una prueba de embarazo.

—Enhorabuena, está usted embarazada.

Me quedé sin palabras.

Porque, aunque lo estábamos buscando y nunca había perdido la esperanza, en el fondo de mi ser pensé que eso no podía ser.

—Nena, embarazada —me repitió Héctor, llorando de la emoción—. Que vamos a ser padres de nuevo —siguió diciendo, llenándome la cara de besos—. Te amo, cariño.

Lo miré emocionada, porque en ese preciso instante me di cuenta de que había merecido la pena cada paso que me llevó hasta él.

—Te amo —le dije, más feliz que en toda mi vida.

¿Los sueños se cumplen? Sí. Aunque no siempre sean los mismos con los que soñábamos cuando éramos más jóvenes. A veces cambian, se transforman, toman caminos distintos a los que habíamos imaginado, pero de una forma u otra, acaban encontrándonos.

Porque los sueños no siempre llegan como los pensamos, ni con la forma exacta que les dimos al principio. A veces llegan más tarde, más despacio, envueltos en experiencias, cicatrices y aprendizajes. Y, aun así, llegan.

Por lo menos los míos se cumplieron. Y lo hicieron de la mejor manera posible, superando con creces cualquier cosa que hubiera podido imaginar o soñar alguna vez.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: [Sarah Rusell](#)

Instagram: @sarah_rusell_autora

Página de autora: relinks.me/SarahRusell

Twitter: @ChicasTribu
